



*El amante de
siempre*

A45

BEVERLY
BARTON

eLit

e^{lit}

EL AMANTE DE SIEMPRE
BEVERLY BARTON

A45

 HARLEQUIN™

Índice

[El amante de siempre](#)

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

LO único de lo que estaba seguro era de que aquella mujer tenía que ser suya.

Aquél era el hombre al que una vez Manda Munroe le había ofrecido su inocencia, el hombre que la había rechazado sin piedad con la excusa de que era demasiado joven para él... Y ahora, convertido en guardaespaldas y con un cuerpo hecho para el pecado, Hunter Whitelaw era además el hombre con el que iba a casarse.

Hunter aseguraba que aquel matrimonio era sólo una manera de alejar al acosador de Manda... Pero cuando descubrió que su prometida seguía siendo tan apasionada y tan inocente como siempre, Hunter vio peligrar su corazón.

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2001 Beverly Beaver
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
El amante de siempre, n.º 51 - julio 2018
Título original: Whitelaw's Wedding
Publicada originalmente por Silhouette® Books.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-738-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

MANDA Munroe contemplaba sus curvas en el espejo. Sabía que era una mujer afortunada. Era bella, rica y consentida. Al menos eso era lo que le decía todo el mundo. Su padre, su hermano mayor y su abuela la colmaban de cariño y atenciones. Ella también los quería y por eso nunca les diría que jamás podrían llenar el gran vacío que le había creado la ausencia de su madre. Casi nunca se compadecía de sí misma por ser la única chica en su círculo de amigos que no tenía madre, pero acababa de cumplir dieciséis años y la necesitaba más que nunca. Su abuela era maravillosa, pero a sus sesenta años no estaba muy al día de lo que una adolescente necesitaba saber.

Manda se giraba lentamente ante el espejo. A su abuela no le parecería muy bien ese bikini que llevaba, pero si quería que Hunter Whitelaw se diera cuenta de que ya no era ninguna niña, tenía que hacer algo drástico. Dejarse ver por él sin apenas ropa quizá le abriría los ojos y dejaría de pensar en ella simplemente como la hermana pequeña de Perry. Siempre le había gustado Hunter, desde el momento en que su hermano lo había traído por primera vez a su casa hacía unos seis años, cuando los dos jugaban juntos al fútbol. Entonces sí era tan sólo una niña, pero incluso a los diez años ya había sabido que Hunter era el amor de su vida. Y cada año que pasaba estaba más segura de ello.

Lo único que tenía que hacer era convencerlo, y pasearse delante de él con su bikini le parecía una buena manera de empezar. No tenía mucho tiempo para conseguir sus objetivos. Hunter estaría en Dearborn tan sólo dos semanas y después volvería al Ejército.

Manda se hizo una coleta y agarró una enorme toalla blanca. Abrió la puerta de su dormitorio y se dirigió corriendo hacia las escaleras traseras que la llevaron hasta el patio. Se detuvo sobresaltada cuando vio a Hunter tumbado en una hamaca al lado de la piscina. Estaba solo. Manda respiró profundamente y se dirigió hacia él con decisión. Probablemente tenía menos de veinte minutos. Su padre estaba en el trabajo, su abuela estaría durmiendo su acostumbrada siesta de la tarde y Bobbie Rue, su mayordomo, estaría disfrutando de su día libre en casa de su hermana. Además, Manda sabía que su hermano Perry estaría en el supermercado comprando unas cervezas. Ella misma había escondido las que él había comprado la semana anterior y estaba segura de que él no podría pasar una calurosa tarde de verano sin su bebida favorita.

Hunter estaba totalmente estirado con sus musculosos brazos hacia atrás y con las manos reposando sobre su cabeza. Tan sólo llevaba un bañador negro. Mientras Manda se aproximaba hacia él, observaba su cuerpo casi desnudo de pies a cabeza. Su denso y corto cabello era castaño oscuro. Llevaba unas gafas de sol que le cubrían unos ojos que ella sabía que eran de un claro azul grisáceo. Tenía los hombros anchos, el pecho fuerte, bronceado y musculoso y una estrecha cintura. Y unas piernas larguísimas, manos grandes y pies grandes. Un vello oscuro y rizado le cubría el pecho y salpicaba sus brazos y sus piernas. ¡Eso era un hombre!

Manda se paseaba delante de Hunter, que no parecía advertir su presencia. Ella carraspeó y él alzó la vista sobre la montura de sus gafas.

—¡Hola! —dijo ella mientras ponía su toalla en la hamaca de al lado y echaba los hombros hacia atrás mostrando sus pechos, tan sólo cubiertos por unos pequeños triángulos de tela roja. Hunter gruñó y volvió a ponerse las gafas. ¿Acaso no se daba cuenta de que ella era una mujer bellísima?—. ¿Dónde está Perry? —preguntó.

—Ha ido a por unas cervezas —respondió Hunter.

—¿Os importa si me quedo con vosotros?

—Ésta es tu casa, tu patio y tu piscina.

—Sí, ya lo sé —respondió Manda. Se tumbó en la hamaca que

estaba al lado de Hunter, agarró un bote de bronceador y se aplicó la crema en los brazos y en las piernas. Había visto esa escena de seducción en una película y pensaba que merecía la pena intentarlo —. ¿Te importa darme crema en la espalda?

—¿Eh?

—¿Te importaría ponerme crema en la espalda? Yo no alcanzo y tengo la piel tan clara que me quemó con mucha facilidad.

Hunter no pudo evitar sentir un nudo en la garganta. ¿Qué iba a hacer con Manda? Hacía un par de años, Perry le había contado que a su hermana pequeña le gustaba su mejor amigo... Hunter. En aquel momento, le había parecido algo muy tierno y no le había dado mucha importancia. Pero en esos últimos días Manda lo había estado volviendo loco. Había hecho todo lo posible por atraer su atención y parecía que ese biquini que llevaba era otra de sus tácticas.

Tenía que admitir que si no hubiera sabido que Manda tenía sólo dieciséis años y si no fuera la hermana pequeña de su mejor amigo, tendría tentaciones. Manda era una chica preciosa y ella lo sabía.

Era demasiado guapa, demasiado rica y demasiado mimada. Compadecía al pobre hombre que terminara casándose con ella algún día. Estaba empezando a convertirse en una señorita muy cara de mantener.

—¡Claro! —dijo Hunter—. Date la vuelta.

Ella obedeció inmediatamente y después hizo algo inesperado: se desabrochó la parte de arriba del biquini, se lo quitó y lo dejó encima de la tumbona. Hunter no se había esperado eso, aunque tampoco debería parecerle muy raro si consideraba la manera en que se había comportado Manda en los últimos días.

—Así será más fácil —dijo ella.

—Manda, no creo que sea una buena idea —dijo Hunter suponiendo que ella todavía no sabía la facilidad con la que un hombre se podía excitar.

—¿Por qué no?

—Una señorita no se quita la ropa de esa manera... Tu abuela estaría...

—Mi abuela es una anticuada. Dejó de ser joven y de estar

enamorada hace demasiado tiempo y probablemente ya le habrá olvidado cómo se siente.

—Vamos, Manda, ponte el biquini y compórtate como una persona mayor y no como una niña estúpida —dijo Hunter, sorprendido de las palabras de Manda y sabiendo que él nunca podría mantener una relación con ella.

—¡Una niña estúpida! —exclamó Manda. Se dio la vuelta rápidamente y Hunter no pudo evitar ver sus firmes y grandes pechos.

—¡Por el amor de Dios! ¡Ponte el biquini ahora mismo!

—No soy una niña estúpida —dijo ella sin obedecer la orden de Hunter—. Soy una mujer. ¡Maldita sea! ¿No te das cuenta de que soy algo más que la hermana pequeña de Perry?

Hunter intentaba mantener su atención en el rostro de Manda, pero eso no era una tarea muy fácil mientras tenía ante sí aquel lujurioso cuerpo casi desnudo. Agarró la toalla de la tumbona y empezó a envolverla alrededor de Manda pero, con otro movimiento inesperado, ella se agarró a él con fuerza, presionando sus pechos desnudos contra el cuerpo de Hunter. Él la agarró de los hombros y la apartó.

—¿Qué demonios pasa? —dijo Perry Munroe desde la puerta de atrás.

—Tu mejor amigo estaba intentando seducirme —dijo Manda mirando a Hunter maliciosamente.

—Perry...

—Maldición, Manda. Vístete, ¿de acuerdo? Y deja a Hunter en paz.

—¿No me crees? —le preguntó Manda, ofendida.

—Sube a tu habitación y ponte un bañador decente antes de que te vea la abuela —dijo Perry mientras tapaba a su hermana con una toalla—. Y mientras esté Hunter con nosotros, ¿lo puedes dejar en paz?

—Puede que tú no me creas, pero ya veremos lo que dicen papá y la abuela.

—No te atrevas a repetir esa acusación —dijo Perry mientras

Manda se alejaba—. Lo siento —dijo dirigiéndose a Hunter—. Está demasiado mimada. Siempre le damos lo que quiere y, por desgracia, ahora te quiere a ti.

—La verdad es que me da miedo. Es como una bomba que está a punto de explotar.

—Y sólo tiene dieciséis años —dijo Perry riéndose—. ¿Te puedes imaginar lo que pasará cuando tenga dieciocho? Que Dios nos ayude.

—Que Dios ayude al hombre que se case con ella.

Capítulo 1

PERRY Munroe encontró a su hermana andando de un lado a otro a otro de la sala de espera de las urgencias del Dearborn Memorial Hospital. Cuando la había llamado hacía una hora, estaba al borde de la histeria y no paraba de repetirse las mismas palabras: «Ya ha vuelto a pasar. La maldición de Manda Munroe». Lo que Perry pudo deducir de su breve conversación fue que el hombre con el que había salido esa noche se había puesto enfermo durante la cena y lo había tenido que llevar al hospital. ¿Por qué le tenía que pasar algo así a Manda? Hacía mucho tiempo que no había salido con nadie. Desde la muerte de su prometido, Mike Farrar.

Perry había tenido la esperanza de que el infierno por el que su hermana había pasado se hubiera acabado para siempre y que pudiera llevar una vida normal, encontrara un hombre al que amar, se casara y tuviera niños. Sabía que eso era lo que más deseaba su hermana en el mundo y pensaba que quizá Boyd Gipson, que trabajaba con ella en la misma clínica, también como psicólogo, sería por fin el hombre adecuado. Pero, por alguna razón, Boyd había caído en la maldición de Manda Munroe, la frase que un periodista insensible había acuñado hacía unos años después de que se hubiera encontrado el cadáver de Mike Farrar tras su misteriosa desaparición. En ese momento, el periodista había desenterrado la trágica historia del pasado de Manda y de la muerte de su primer prometido cuando ella tenía veintiún años.

Cuando Manda lo vio, corrió hacia él. Perry la recibió con un abrazo.

—Oh, Perry. Ha vuelto a suceder. Boyd y yo estábamos tomando el postre, cuando de repente se puso enfermo. No sé cómo alguien pudo hacer algo así, pero estoy segura de que han intentado asesinarlo.

—¿Qué dice el médico?

—Dice que ha debido de ser la comida, pero yo no estoy tan segura —dijo Manda mirando a Perry con ojos asustados—. Pensé que algún día podría llegar a tener una amistad con un hombre sin... sin... Sólo hemos salido tres veces. No es nada serio, tan sólo nos hacemos compañía. Pero también era eso lo que tenía con Mike, simplemente éramos dos amigos que habían perdido a la persona a la que amaban en el pasado y... Él no permitirá que esté con nadie más, ¿verdad? Ni siquiera con un amigo.

—Escucha, cariño, sinceramente no creo que el lunático responsable de la muerte de Mike tenga algo que ver con esto. Es tan sólo una coincidencia. Tiene que serlo. La gente se intoxica por la comida con mucha frecuencia. Y tú no tenías ninguna manera de saber lo que le iba a pasar a Boyd, ¿verdad?

—No. Pero tengo que decirle que no nos podemos ver más. No me puedo arriesgar. Si le pasara algo... nunca me lo podría perdonar.

—¿Qué pretendes? ¿Vivir el resto de tu vida como una monja? Te mereces algo mejor. Estás permitiendo que un lunático te controle la vida.

—Perry, han muerto dos hombres a los que yo he querido —dijo Manda—. Primero Rodney y después Mike. Alguien que está obsesionado conmigo y que no quiere que me case con otra persona los mató. Me niego a poner en peligro la vida de otra persona.

Perry sabía que cuando se ponía así, no merecía la pena intentar que razonara. Él estaba seguro de que lo que le había pasado a Mike había sido un accidente, pero Manda estaba decidida a culparse a sí misma. Pobre Manda, cada vez se parecía menos a la niña libre y mimada que había sido. La muerte de Rodney Austin en un accidente de tráfico, justo una semana antes de la boda, la había destrozado. Eso había pasado hacía doce años y a Manda le había

costado mucho superar esa pérdida, pero finalmente se había prometido a su buen amigo, Mike Farrar, que había perdido a su mujer a causa de un cáncer. Cuando se prometieron, Manda había recibido una serie de cartas que le advertían que no se casara con Mike y que si lo hacía, él moriría igual que Rodney. Habían llevado las cartas a la policía, pero las autoridades locales no habían podido encontrar al autor. Sólo unos días antes de la boda, Mike había desaparecido. Su cuerpo fue encontrado en el Poloma River. Le habían disparado en la espalda. Nunca se descubrió al asesino.

Manda no había vuelto a salir con nadie más en los últimos cinco años. Perry había tardado meses en poder convencer a su hermana de que aceptara las insistentes invitaciones de Boyd.

¿Se habría equivocado al animarla a olvidarse de su pasado y a seguir con su vida?

La carta llegó una semana más tarde. Manda fue a la oficina de Perry en el centro de Dearborn y le puso el sobre blanco encima de la mesa.

—Léela —dijo ella.

El autor de la carta le aseguraba a Manda que él no era el responsable de la enfermedad de Boyd, pero añadió que ni siquiera el destino había querido que Manda estuviera con otro hombre. Terminaba la carta con una advertencia: «Ya sabes que nunca te dejaré ser feliz con otro hombre. Lo mataré. Y si eres tan estúpida como para permitir que vuelva a suceder, quizá te mate a ti también». El tono de la carta era parecido al de la que había recibido pocas semanas antes de la boda con Mike. La boda que nunca llegó a celebrarse.

Perry insistió que Manda llevara la carta a la policía. Él fue con ella, por supuesto, y como se había imaginado, las autoridades locales admitieron que no había muchas posibilidades de detener al culpable si la única prueba que tenían eran las cartas.

A Perry lo invadió la rabia. No iba a permitir que su hermana cayera en un pozo sin fondo. Era joven, sólo tenía treinta y tres años, guapa y llena de amor. Pero alguien estaba empeñado en controlar su

vida amorosa. Tenía que haber alguna manera de poner fin a esa locura. Él debería haber hecho algo hacía tiempo, después de la muerte de Mike, pero había dejado pasar los años sin pensar en un plan de acción.

Lo que Manda necesitaba era un hombre que no sólo fuera capaz de superar a un posible asesino, sino que también la protegiera. Perry sonrió maliciosamente. Sabía quién era el hombre perfecto. Lo llamaría sin falta esa misma noche y al día siguiente le diría a Manda que se iba a casar con el hombre de sus sueños de adolescente.

Hunter Whitelaw puso los pies encima de la rústica mesa de madera, posó la espalda sobre el respaldo del sofá y rugió perezosamente. Su compañero de Dundee, Matt O'Brien, y él, habían terminado un encargo de un mes, y los agentes Jack Parker y David Wolfe también habían terminado recientemente un trabajo difícil. El caso de Hunter y Matt le había traído a Hunter unos recuerdos un tanto desagradables. Un multimillonario americano le había regalado a sus hijas gemelas un viaje a Europa, pero quería que estuvieran protegidas día y noche. A simple vista, había parecido un trabajo fácil, un viaje a Europa con todos los gastos pagados. Al menos eso era lo que Matt había pensado, pero Hunter había sabido los problemas que les podrían dar unas jovencitas tan guapas. Ya había aprendido esa lección hacía años.

Jack Parker estaba cocinado para cenar lo que habían pescado esa mañana. Hunter suspiró y cerró los ojos deleitándose en el olor de la cena. Los cuatro habían decidido pasar un fin de semana de pesca. A Jack le gustaba pescar tanto como a Hunter. Era un tipo alegre que adoraba la vida. Wolfe era todo lo contrario, un hombre sombrío y solitario al que la vida parecía pesarle demasiado. Y Matt era el tipo atractivo que siempre tenía a todas las mujeres a sus pies. Incluso las gemelas Rhea y Risa lo habían estado persiguiendo sin parar en el viaje a Europa.

Hunter sonrió. Ninguna adolescente se le había vuelto a insinuar desde aquella vez que la hermana de Perry Munroe había intentado seducirlo al lado de la piscina de su casa. La abuela de Manda se había creído el cuento de que había sido él el culpable y le había

prohibido la entrada en el hogar de los Munroe. Por supuesto, su padre y su hermano Perry habían sabido que Manda mentía y le habían asegurado que siempre sería bien recibido en esa casa.

—La cena está lista —dijo Jack desde la cocina—. Venid antes de que se enfríe.

Los cuatro hombres se sentaron alrededor de la mesa de madera de la cocina. Tres de ellos se reían y hablaban a lo largo de la comida, pero Wolfe simplemente comía. Hunter no entendía muy bien a Wolfe. Había algo en él que lo inquietaba, pero no sabía qué. Tenía que ser un buen tipo o no estaría trabajando en la oficina de Dundee. Sam Dundee, el dueño de la agencia, lo había contratado personalmente. Pero nadie sabía nada de su vida anterior.

Después de cenar, la natural camaradería entre Hunter, Jack y Matt siguió mientras se tomaban unas cervezas y veían la televisión. Wolfe se excusó y se fue a dar un largo paseo. Volvió después de que se hiciera de noche, se despidió y se fue al dormitorio que compartía con Matt.

—¿Por qué será Wolfe tan misterioso? —preguntó Matt—. ¿Cuál será su historia?

—¿Quién sabe? —dijo Jack encogiéndose de hombros.

—Sea lo que sea no es asunto nuestro —les dijo Hunter—. Es obvio que le pasa algo, y si quisiera que lo supiéramos nos lo contaría.

—Bueno, yo creo que me voy a dar un baño en el río—dijo Jack estirándose—. He quedado con las chicas de la cabaña de al lado. ¿Os queréis venir?

—¿Cuántas chicas son?

—Dos —contestó Jack—. Una castaña y una pelirroja.

—Yo voy —dijo Matt—. No te importa, ¿verdad, Hunter? Ya sé que a ti te gustan las rubias, así que...

—No te preocupes. Me voy a tomar otra cerveza y voy a leer un rato.

Y eso fue exactamente lo que hizo. Se tomó otra cerveza, se tumbó en el sofá y se puso a leer. Pero, por alguna razón, no podía concentrarse. Veía las palabras borrosas. Quizá necesitara gafas y eso

fuera una parte de su futuro inmediato.

Iba a cumplir cuarenta años dentro de seis meses. ¿Dónde se habían ido todos esos años? ¿Y qué había hecho él en su vida? Un matrimonio fracasado que había terminado en divorcio hacía diez años. No tenía hijos. Pero tenía un trabajo que le gustaba y bastante dinero en el banco. No estaba mal para un pobre chico de Georgia que había crecido en la granja de sus abuelos. Desde los dieciséis años, cuando había conocido a Perry Munroe, había sabido que algún día él llegaría a formar parte de ese mundo privilegiado al que pertenecían los Munroe. Pero lo que más deseaba era casarse con una mujer de ese mundo, que le diera el pedigrí que él no tenía.

Había conseguido todo lo que había querido. Como miembro del servicio secreto Delta Force, había llevado una vida llena de emociones y peligros. Había conseguido el dinero suficiente para comprarse una casa grande y un coche deportivo. Y se había casado con Selina Lewis, una mimada heredera para la que los votos del matrimonio no significaban nada. Tuvo una aventura con un compañero de Hunter que dio fin a los intentos por salvar esa desafortunada unión.

Sonó el teléfono. Hunter se levantó del sofá, evidentemente molesto, cruzó la habitación y contestó.

—Aquí Whitelaw. Espero que sea importante.

—Hunter. Soy Perry Munroe. Y esto es muy importante.

—Perry, ¿cómo has sabido dónde encontrarme?

—Llamé a la agencia de Dundee y les dije que se trataba de una emergencia en la familia.

—No tengo familia desde que se murió mi abuela hace dos años, así que debe de ser una emergencia en tu familia, no en la mía.

—Escucha. Tengo que pedirte un favor enorme.

—Puedes pedirme lo que quieras —dijo Hunter.

Aunque él y Perry no se había visto desde hacía un par de años, Hunter todavía lo consideraba uno de sus mejores amigos. Siempre estaría ahí cuando lo necesitara.

—Tengo una oferta de trabajo para ti —dijo Perry—. Un trabajo de guardaespaldas.

- ¿Necesitas un guardaespaldas? —preguntó.
- Yo no.
- ¿Tu mujer?
- No, Gwen no.
- Entonces, ¿quién?
- Manda.
- ¿Quieres contratarme como guardaespaldas de Manda?
- En cierto modo —dijo Perry—. En realidad, serías algo más que su guardaespaldas.
- ¿Qué es lo que quieres que haga exactamente?
- Quiero que te cases con mi hermana.

Capítulo 1

MANDA no tenía elección. Tenía que asistir a la celebración de gala de aquella noche. ¿Qué pensaría la sociedad de Dearborn si no apareciera en la fiesta de cumpleaños de su cuñada? Durante su época de estudiante le habían encantado las fiestas. Pero eso había sido antes de la muerte de Rodney. Antes de que Mike fuera asesinado. Ya ni siquiera se acordaba de la persona que era antes de que la tragedia la golpeará. Todo había sido diversión despreocupada, novios, fiestas y alegría. Ella sabía que tarde o temprano llegarían las responsabilidades de una persona adulta y el día en que se convertiría en esposa y madre. Pero esos sueños se habían convertido en algo tan inalcanzable como su fantasía adolescente de que Hunter Whitelaw la quisiera tanto como ella lo había amado a él.

—Gwen está radiante, ¿verdad? —le dijo Chris Austin a Manda rodeándole la cintura con el brazo—. No parece que haya cumplido cuarenta años.

Manda sonrió a Chris, el hermano pequeño de Rodney, con el que había intentado mantener la amistad después de la muerte de éste. Chris se había convertido en el único hijo de Claire Austin y ella lo colmaba de mimos y atenciones, a pesar de que su comportamiento con ella dejaba mucho que desear. Aunque se parecía físicamente a Rodney, Chris no tenía el mismo encanto de su hermano. Quizá el hecho de haber crecido a la sombra de los triunfos de Rodney le había dado la excusa para no hacer absolutamente nada con su vida.

—Está preciosa —dijo Manda—. No parece que tenga más de

treinta.

—La buena vida evita las arrugas —dijo Chris acercándose más a Manda. Llevaba muchos años intentando seducirla, pero ella siempre lo había rechazado—. ¿Qué te parece si dejamos a estos aburridos y nos vamos a pasárnoslo bien de verdad?

—Yo no voy a ninguna parte contigo —dijo ella—. Esta noche no. Ni nunca. Ve a buscar a otra compañera de juegos mientras yo voy a felicitar mi cuñada.

—¿Durante cuánto tiempo te vas a resistir, cariño? —dijo Chris soltando a Manda—. Ya sabes que mi madre estaría encantada de vernos juntos.

—Tu madre pensaría que me he vuelto loca —dijo Manda riéndose—. Ella sabe mejor que nadie el tipo de hombre que eres.

—Si tú fueras mía, yo...

Grady Alder, un abogado compañero de Perry, se acercó a Chris y le rodeó los hombros con el brazo.

—Austin, ¿por qué no dejas a Manda en paz? Lleva diez años diciéndote que no, ¿verdad?

—Pues parece que te llevo unos años, ¿no, Grady? A ti lleva rechazándote, ¿cuánto? ¿Tres, cuatro años?

—Creo que te está llamando tu madre. Será mejor que vayas a ver lo que quiere —dijo Grady, incómodo—, o ya no te dará más dinero y, entonces, ¿qué será de ti?

—No me sorprende que te niegues a salir con este imbécil —le dijo Chris a Manda.

—¿Podéis dejarlo ya? —dijo Manda—. Hay muchas otras mujeres en la fiesta a las que podéis perseguir. ¿Por qué no me dejáis en paz?

Lo único que quería Manda era que los dos hombres la dejaran sola. Toleraba a Chris porque adoraba a su madre y, aunque le caía bien Grady, también había llegado a un límite de tolerancia con él. Él la había estado persiguiendo desde su divorcio hacía varios años.

—Perdona, Manda, cariño —se disculpó Grady educadamente.

De repente, Manda vio que Boyd Gipson se dirigía hacia ella. Era lo último que necesitaba en ese momento. Después de la intoxicación de Boyd, ella había rechazado salir con él, pero parecía que él

también tenía dificultades en aceptar sus negativas. La había llamado casi todos los días. Se sentía atrapada, rodeada por los tres hombres.

—Manda, tesoro, estás guapísima esta noche —dijo Boyd—. ¿Quieres bailar?

—Oye, yo estaba aquí primero —dijo Chris.

—Austin, creo que Manda ya te ha dicho que te pierdas —dijo Grady.

—Me parece que eso iba dirigido a los dos —le recordó Chris.

—Si prometo bailar con cada uno de vosotros, ¿vais a dejar este espectáculo? —preguntó Manda con las manos en la cintura.

—Perdona, cielo —dijo Grady de nuevo.

—Cariño, lo siento si te he avergonzado —le dijo Boyd.

—Entonces, ¿con quién vas a bailar primero? —preguntó Chris.

En realidad, lo que Manda quería era que la dejaran en paz. Esos hombres eran estúpidos. ¿No entendían que ella era una mujer peligrosa?

Hunter entró en la casa en la que había pasado muchos momentos felices durante su adolescencia. Hacía once años que no había vuelto allí, desde la boda de Perry y Gwen Richman. Y ésa había sido la última vez que había visto a Manda. Nunca la había visto tan guapa, pero también había percibido una enorme tristeza en la hermana pequeña de Perry. Sólo hacía unos días que su prometido había muerto en un accidente de coche.

Hunter se abría paso entre la élite de Dearborn mientras intentaba encontrar a Perry, pero fue a su hermana a quien vio primero. Manda estaba en el otro lado de la habitación, con una sonrisa forzada y rodeada de tres hombres que parecían esperar el privilegio de bailar con ella. Algunas cosas nunca cambiaban. En ese momento, como en el pasado, Manda Munroe estaba rodeada de admiradores. Y no era de extrañar. Manda estaba más bella que nunca, tan bella que podría dejar a cualquier hombre sin respiración.

Sin embargo, Hunter se dio cuenta de que ella no hacía nada especial para acentuar esa belleza. Su peinado era sencillo, apenas se había puesto maquillaje y llevaba un discreto vestido negro. Pero una perfección como la suya no se podía esconder. Tenía un cuerpo

inigualable y una cara de ángel. Un hombre se podía excitar tan sólo mirándola. ¡Y ésa era la mujer con la que Perry pretendía que se casara!

Perry le había explicado a grandes rasgos cuál era el problema. Le había dicho que Manda estaba convencida de que todos los hombres que se acercaban a ella estaban destinados a morir. Pero eso no parecía importarle mucho a ninguno de los admiradores que en ese momento rodeaban a Manda.

Al aproximarse hacia ellos, Hunter se dio cuenta de que realmente estaban discutiendo sobre quién iba a bailar con Manda primero. ¿Es que no conocían a esa mujer? Él no la había visto desde hacía once años, pero estaba seguro de que Manda seguía siendo la mujer de carácter a la que no se le podía rogar. Ella respetaba la fuerza y la seguridad... y siempre quería lo que no podía tener.

Manda lo vio. No se lo podía creer. Era él: Hunter Whitelaw. Su cuerpo alto y poderoso destacaba sobre el de los otros hombres de la fiesta. Le habían salido algunas arrugas alrededor de los ojos y su pelo, extremadamente corto, mostraba algunas canas, pero, aparte de eso, no había cambiado mucho. La madurez lo había convertido en un hombre absolutamente irresistible.

Manda había estado loca por él durante su adolescencia y había intentado seducirlo en muchas ocasiones, pero él siempre la había rechazado. El estúpido episodio de la piscina había interrumpido las visitas de Hunter a su casa. Ella había mentido a su abuela y le había dicho que él había sido quien había intentado seducirla. Su abuela la había creído y, aunque ella había confesado la verdad meses más tarde, el daño ya estaba hecho y Hunter apenas había vuelto a visitar la casa.

De repente, se dio cuenta de que Hunter se dirigía hacia ella. Sintió un estremecimiento incontrolable en el estómago y, cuanto más se acercaba, más crecía esa sensación. No había sentido esa loca sensación de deseo desde la última vez que había visto a Hunter. Su presencia siempre le había provocado un torbellino en su interior. Ni siquiera con Rodney, a quien había amado con todo su corazón, había experimentado un deseo sexual tan excitante. Era como si su relación

con Hunter fuera puramente sexual, de mujer a hombre.

Permaneció allí mirando cómo se aproximaba hacia ella, se abrió paso entre los tres hombres y la agarraba de la mano.

—Creo que éste es nuestro baile —le dijo Hunter.

Ella lo siguió. Hunter la rodeó con sus brazos y empezó a bailar con una ligereza asombrosa para su enorme tamaño. La mantenía cerca de él, pero no demasiado. No hablaba, tan sólo la miraba a los ojos, como si esperara encontrar una verdad absoluta en ellos.

—No pueden evitarlo —dijo finalmente con un tono de humor en su voz.

—¿Qué?

—Tus hombres. No pueden evitar estar fascinados por ti. Un hombre no se puede resistir ante una mujer como tú.

—Pues a ti nunca te pareció muy difícil resistirte —dijo Manda mientras Hunter la acercaba más hacia su pecho.

—Eso es lo que tú piensas —respondió él.

—Pero si tú huías de mí como si yo fuera veneno.

—Es que eras veneno, cariño.

—No me quedé en los dieciséis años para siempre —dijo ella, sintiendo la mano de Hunter extendida sobre su espalda—. Si hubieras estado interesado podrías haber hecho algo cuando cumplí los dieciocho.

—Sí, lo podría haber hecho, pero tenías muchos admiradores que eran mejor partido para ti que yo. Los dos sabemos que a tu abuela nunca le hubiera gustado que saliéramos.

—Bueno —dijo Manda cambiando repentinamente de tema—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Perry me ha invitado a la fiesta de cumpleaños de Gwen.

—¿Y por qué has aceptado esta invitación precisamente? Te ha estado invitando a acontecimientos familiares durante años y nunca has querido venir.

—Bueno, digamos que la invitación de Perry me intrigaba.

—¿Por qué? —preguntó Manda.

—Me hizo una propuesta de negocios que me interesó. Me sugirió que viniera a la fiesta para hablar con la otra persona que formaría

parte del trato y que los tres llegáramos a un acuerdo.

—Ahora soy yo la que está intrigada.

—Es una cuestión personal.

—¿Ah sí? ¿Y te importaría decirme quién es la tercera persona? —preguntó Manda. Terminó la música y dejaron de bailar, pero él la mantenía agarrada.

—Tú eres la otra persona.

—¿Qué?

—Me parece que Perry no ha hablado de esto contigo.

—No, no lo ha hecho, pero, ya que tiene que ver conmigo, ¿por qué no me informas tú? —preguntó Manda. Hunter la dirigió hacia el patio de atrás. Ella se estremeció al verse a solas con Hunter en la penumbra de la noche, alejados del resto de los invitados.

—Perry me ha contado que no quieres salir con nadie —dijo Hunter mirándola fijamente.

—¿Cómo os atrevéis a hablar de mis asuntos personales? —Manda estaba enfadada—. ¡Ah, ya entiendo! Te ha dicho que vengas para que seas mi protector personal, ¿verdad? No pensé que estuviera hablando en serio cuando me dijo que lo que yo necesitaba era un hombre que me protegiera del loco que asesinó a Rodney y a Mike.

—Nunca hubo nada que probara que Rodney fuera asesinado —dijo Hunter—. Perry me dijo que antes de que Rodney muriera en el accidente de coche, no habías recibido ninguna carta de amenaza como las que recibiste después de tu compromiso con Mike.

—¿Y qué importa? Los dos hombres con los que me iba a casar murieron por mi causa.

—Manda —dijo Hunter agarrándola con fuerza de los hombros—. Lo que te ha pasado es una tragedia, pero no puedes ceder ante este lunático que está intentando controlarte la vida. Tienes que volver a ser la chica decidida y fuerte que una vez conocí.

—Esa chica ya no existe. Era una estúpida y una mimada y no tenía ni idea de lo cruel que podía llegar a ser la vida. Esa Manda Munroe murió, lenta y dolorosamente, después de haber sido la responsable de la muerte de dos hombres buenos.

—¡Maldita sea! Tú no eres la responsable de esas muertes — exclamó Hunter—. Perry tenía razón. Ya va siendo hora de que pongamos fin a esta situación. Vamos a averiguar quién es ese monstruo.

—No quiero que arriesgues tu vida... —dijo Manda con un nudo en la garganta.

Hunter se inclinó hacia ella, bajó la cabeza y acercó sus labios hacia los de Manda. Sorprendida, ella no tuvo tiempo de reaccionar antes de que él la sumergiera en un beso, suave al principio pero cada vez más violentamente apasionado. El deseo le recorrió todo su cuerpo. La habían besado muchas veces antes, pero nunca así.

Se vio incapaz de resistirse. La pasión se había convertido en una palabra negativa en su vocabulario y se había decidido a no sucumbir a ningún hombre, pero con Hunter no tenía control. De repente, se sintió como si volviera a tener dieciséis años y el amigo de su hermano mayor estuviera haciendo realidad sus sueños. Suspiró mientras su cuerpo languidecía al sentir cómo los labios húmedos de Hunter se separaban finalmente de los suyos.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Para empezar el espectáculo —dijo él—. Éste es el primer acto para nuestro público.

—¿Qué público? —preguntó Manda girando la cabeza y viendo a Chris, Boyd y Grady en el otro lado del patio. ¿La habría besado Hunter simplemente para mostrar su superioridad sobre los otros hombres?—. Espero que te lo hayas pasado bien —dijo furiosa—, por que ésta va a ser la última que vez que me utilices para... —él la volvió a besar, como maniobra para silenciarla.

—¿No te das cuenta de que uno de esos tres podría ser el que te escribe las cartas? Vamos a hacer que el culpable salga a la luz y para eso tenemos que hacerle creer que lo nuestro va en serio.

—¿Por eso me has besado? ¿Qué es lo que Perry y tú habéis estado planeando a mis espaldas?

—Un buen plan —respondió él—, pero deberíamos esperar a que Perry tenga un minuto libre para pensar esto entre los tres.

—Estoy de acuerdo. Perry no tenía derecho a pedirte esto sin mi

consentimiento.

—Estoy seguro de que pensaba que nunca lo consentirías. Sigues siendo igual de cabezota que antes.

—¿Hunter?

—¿Sí, cariño?

—Vete al infierno.

Se apartó de él y se dirigió con determinación hacia el interior de la casa. Si Hunter Whitelaw creía que iba a hacer el papel de héroe para ella, debería pensárselo dos veces. Quizá fuera un tipo duro, pero no era invencible. Lo podrían matar, igual que a cualquier otro hombre, igual que a Rodney y Mike.

Hunter observaba a Manda en el estudio de Perry. Seguía furiosa después de una hora de haber hablado con él en el patio.

—No tenías derecho a llamar a Hunter y pedirle que fingiera ser mi novio —le dijo Manda a Perry—. Le estás pidiendo que arriesgue su vida y ¿para qué? Dime, ¿para qué?

—¿Cómo me puedes hacer esa pregunta? —respondió Perry—. No he hecho nada en los últimos doce años. Tan sólo te he visto sufrir y ya no quiero que todas estas tragedias te determinen la vida.

—Es mi vida, ¿no? Y tengo derecho a decidir cómo vivirla. Si he elegido pasar sola el resto de mi vida...

—Creo que no te estás dando cuenta de algo —le dijo Hunter.

—¿De qué?

—De que, decidas lo que decidas, los hombres no van a dejar de acercarse a ti. Una mujer como tú siempre vas a tener hombres que la persigan y ese loco también puede matar a un hombre simplemente por estar interesado por ti.

—¿De verdad crees...? De acuerdo —dijo ella por fin cediendo—. Contadme vuestro plan pero, si no estoy de acuerdo, lo dejamos. ¿Entendido?

—Está bien —dijo Perry—. Llamé a Hunter no sólo porque es un buen amigo y alguien a quien tú conoces desde hace mucho tiempo, si no por lo que él es. Durante muchos años, Hunter ha sido miembro de Delta Force, una unidad militar de operaciones especiales y ahora es agente de una agencia de investigación y de alta

seguridad del país. No sólo está cualificado para protegerte, sino también para cuidar de sí mismo.

—Muy bien. Estoy de acuerdo en que Hunter está altamente cualificado, pero no me has dicho exactamente qué es lo que quieres que él haga. ¿Se supone que tenemos que salir y ver lo que pasa?

—Sí, vais a salir —dijo Perry—. Os vais a enamorar perdidamente y dentro de una semana asistiremos a la boda más rápida de la historia.

—¿Una boda? —preguntó Manda palideciendo.

—Sí. Os vais a casar.

—No estarás hablando en serio —dijo Manda—. Hunter, no voy a permitir que arriesgues tu vida por mí. ¿Tan seguro estás de que cuando anunciemos nuestro compromiso podrás protegerme y además atrapar a ese lunático? Pues entonces, adelante y al infierno con las consecuencias.

—No tiene que saber nadie que sólo estamos fingiendo —Hunter clavó la mirada en los ojos de Manda—. Todo el mundo, incluso tu abuela o Gwen, tiene que pensar que lo nuestro es real.

—No estoy segura de que sea una buena actriz.

—Simplemente tienes que pensar en que tienes dieciséis años y te estás quitando el biquini delante de mí al lado de la piscina.

—¿Y tú en qué vas a pensar? —le dijo Manda enrojeciendo de vergüenza.

—Yo soy un hombre, cariño. Con una mujer como tú no tendré que fingir.

Capítulo 3

BARBARA Finch Munroe no se molestó en llamar antes de entrar en el estudio de su nieto. Entró en la habitación como la gran dama que era. Aunque ya tenía casi ochenta años, seguía siendo un pilar en la vida social de Dearborn. Sus ojos reflejaban viveza y determinación y eran igual de azules que los de Manda.

—¿Qué estáis haciendo todos aquí? Ya van a sacar la tarta de cumpleaños de Gwen.

—Abuela, ¿te acuerdas de Hunter Whitelaw? —le dijo Perry.

—Señor Whitelaw —lo saludó con una agradable sonrisa—. Hace años que no lo vemos por aquí. ¿Ha venido a visitar a su familia?

—No, me temo que ya no me queda familia en Dearborn. He venido desde Atlanta a la fiesta de cumpleaños de Gwen y me alegro de haberlo hecho.

—Siento que hayas tenido que venir a buscarnos, abuela —dijo Manda—. Hunter, Perry y yo estábamos hablando de los viejos tiempos. ¿Te acuerdas del episodio de la piscina? Os conté una mentira terrible sobre Hunter.

—No se preocupe, señora. Si Manda le vuelve a contar lo mismo, probablemente esta vez sea verdad —le dijo Hunter mientras todos volvían hacia la fiesta.

—¿Es ésa una manera de decirme que está usted interesado en mi nieta?

—Pues sí —afirmó Hunter—. Y lo siento mucho si mi comentario la ha ofendido. Me temo que va a tener que acostumbrarse a verme con Manda. Le he pedido que salga conmigo mañana por la noche y

ha aceptado.

—Manda, ¿es eso verdad?

—Abuela, ¿no crees que es maravilloso que por fin estos dos hayan conectado? —le preguntó Perry—. Creo que esta noche lo que han sentido ha sido amor a primera vista.

—Pero si Manda y Hunter se conocen desde hace años —dijo su abuela.

—Lo que Perry quiere decir es que, después de habernos vuelto a ver esta noche, Hunter y yo nos hemos dado cuenta de que nos atraemos mutuamente, así que vamos a ver qué pasa, ¿verdad, Hunter?

—Exactamente. Tengo pensado quedarme en Dearborn unos días de vacaciones para poder pasar más tiempo con Manda.

—¿Crees que estáis haciendo lo correcto, querida? —le preguntó Barbara a Manda—. ¿Sabe Hunter...?

—Sí, lo sabe —dijo Perry.

—Entonces, muy bien —concluyó finalmente la abuela—. No veo nada de malo en que salgáis. Manda, te hará bien volver a tener vida social. Para ser sincera, en otras circunstancias no me gustaría que salieras con Hunter, pero si él te devuelve a la vida y te puede hacer feliz, tenéis mi bendición.

—Muchas gracias —dijo Hunter—. Prometo que haré todo lo que pueda para hacerla feliz... —añadió, con una pícaro sonrisa.

Barbara y Perry se dirigieron a la fiesta mientras Hunter y Manda se quedaron atrás unos instantes mirándose a los ojos. Manda esperaba que su abuela no se hubiera dado cuenta del sentido sexual del comentario de Hunter.

—Vamos, daos prisa —los llamó Perry—. Os vais a perder la tarta de cumpleaños.

Manda empezó a caminar, pero Hunter la detuvo agarrándola del brazo.

—Espera un momento.

—¿Qué?

—Deberíamos volver a la fiesta juntos e intentar que la gente nos vea enormemente enamorados.

—Antes de que empecemos con esta farsa, necesito saber si estás...

—Sí, estoy seguro —dijo Hunter—. Nadie debería vivir de la forma que tú estás viviendo.

—No estoy segura de que estemos haciendo las cosas bien —Manda respiró profundamente—. Dos hombres han muerto por mi causa. Si algo te pasara a ti, no lo soportaría.

—No me va a pasar nada. Ni a ti tampoco. Yo me ocuparé de eso —afirmó Hunter, con una seguridad que cautivó a Manda—. ¿Estás preparada?

—Sí.

—Haz lo que yo te diga. Y recuerda que todo lo que hagamos forma parte de una actuación para provocar a tu admirador secreto.

—Haré todo lo que pueda.

Llegaron justo en el momento en que cantaban Cumpleaños Feliz. Manda no protestó cuando Hunter le rodeó la cintura con su musculoso brazo, y sonreía cada vez que él la besaba. Mientras se servía la tarta, Hunter y Manda pasaron al lado de los tres admiradores. La expresión de sus caras demostraba claramente que no estaban muy contentos con lo que estaban viendo.

—Si las miradas mataran, yo ya estaría muerto —murmuró Hunter—. Creo que deberíamos poner a esos tres al principio de nuestra lista de sospechosos.

—¿Estás de broma? —dijo Manda—. Esos tipos son inofensivos.

—Nunca asumas nada de nadie. La gente no parece lo que en realidad es. Y si confías en la persona equivocada, te pueden romper el corazón.

—¿Hablas por propia experiencia?

—Desde luego —afirmó Hunter rodeándola con sus brazos y llevándola hacia donde las demás parejas estaban bailando.

Manda se dio cuenta de que le gustaba sentir cómo la agarraban los fuertes brazos de Hunter. Hacía tanto tiempo que un hombre no la abrazaba, aunque sólo fuera para bailar... Con Hunter se sentía protegida y reconfortada. Era un actor magnífico.

—Cuéntame —le pidió ella—. ¿En quién confiaste y te rompió el

corazón? —lo preguntó mirándole sus profundos ojos grises, que reflejaban una sombra de tristeza.

—No tengo la costumbre de hablar de mi vida privada.

—No es justo. Si tú sabes los detalles más íntimos de mi vida, al menos me deberías contar algo de la tuya.

—¿Recuerdas a mi ex mujer, Selina, a la que conociste en la boda de Perry y Gwen? —preguntó Hunter acercando más a Manda hacia él.

—Sí, era una mujer encantadora.

—Pues te equivocas. Era mimada, egoísta y promiscua.

Manda pensó que seguramente Hunter la había definido igual en algún momento. Por lo menos que era una egoísta. A los dieciséis años, había sido atrevida y decidida, pero no promiscua. De hecho, a esa edad aún era virgen. ¡Y todavía lo era! Pero nadie la creería. A veces a Manda le resultaba difícil explicarse a sí misma cómo una mujer de treinta y tres años podía ser todavía virgen. Rodney y ella habían estado muy enamorados, pero habían decidido esperar a la noche de bodas. Y esa noche de bodas nunca llegó. Después, su relación con Mike tampoco fue sexual. Sólo eran unos amigos a los que los unían intereses comunes. Si se hubieran casado, no habría habido duda de que habrían sido compatibles sexualmente... Pero nunca llegaron a casarse.

—Deduzco que Selina te era infiel.

—La sorprendí en la cama con un amigo mío. Más tarde me enteré de que él no había sido el primero.

—Y ya no has vuelto a confiar en ninguna otra mujer. Probablemente tengas miedo a empezar una nueva relación, igual que yo.

—Hay una diferencia. Tú quieres y necesitas un marido y una casa llena de niños...

Al menos eso es lo que me dijo Perry. Yo, en cambio, no tengo deseos de volver a casarme. Salgo con las mujeres que quiero y tengo todas las que necesito.

—¿Te refieres a necesidad física? Tienes miedo a una relación emocional, pero no tienes problemas con las relaciones puramente

físicas, ¿no? ¿Y qué... qué...?

—Si lo que te estás preguntando es si estaría dispuesto a acostarme contigo aunque no sintiéramos nada el uno por el otro, la respuesta es «sí».

—Mi abuela tiene razón. Puedes ser muy vulgar —dijo Manda. Intentó soltarse de él, pero él lo impidió.

—Si no quieres bailar más, ¿por qué no vamos a comer algo? No queremos que nadie piense que estamos discutiendo. Se supone que estamos enamorados.

Manda se resignó y aceptó todas sus atenciones. Tenía que ser así si quería seguir adelante con la peligrosa farsa. De todos modos, se dio cuenta de que Hunter la atraía tanto como cuando tenía dieciséis años. Debería tener cuidado y no perder la cabeza por él.

Cuando se dirigían hacia la mesa donde estaba la comida, Manda se dio cuenta de que Gwen caminaba hacia ellos con una expresión de curiosidad inconfundible. Las dos mujeres se conocían desde casi toda la vida y en algún momento habían sido amigas. Pero eso había sido antes de que las dos se enamoraran de Rodney Austin. Manda pensaba que su cuñada todavía no la había perdonado por ser ella la elegida de Rodney y se preguntaba si Gwen realmente amaba a Perry. Parecían ser un matrimonio estable. Ella era la esposa ideal para un abogado con aspiraciones políticas y Perry parecía ser feliz. Él adoraba a Gwen, le daba todo lo que ella deseaba e incluso aceptó su decisión de no adoptar un niño después de descubrir que no podía tener hijos.

—Manda —dijo Gwen—. No he tenido oportunidad de venir a saludarte —añadió, mirando a Hunter de arriba a abajo—. Hunter Whitelaw, hace siglos que no te vemos. Estoy encantada de que hayas venido desde Atlanta para mi fiesta de cumpleaños.

—Feliz cumpleaños, Gwen —dijo Hunter—. No sabes lo que me alegro de haber aceptado la invitación de Perry. Manda y yo nos estamos empezando a conocer de nuevo y debo decirte que estoy realmente interesado en tu preciosa cuñada. Incluso he pensado quedarme unos días más. He convencido a Manda para que vayamos a cenar mañana por la noche.

—¡Fantástico! —exclamó Gwen con una sonrisa—. Manda, me alegro de que no te haya afectado el incidente con Boyd Gipson y que hayas aceptado la invitación de Hunter.

—Yo también me alegro —dijo Hunter—. Manda y yo íbamos hacia el patio a buscar una mesa. ¿Vienes con nosotros?

—No, os dejo solos. Tendréis que hablar... —dijo Gwen.

Hunter siguió a Manda, que se dirigía hacia las puertas del patio. La única mesa vacía estaba en el jardín, al lado de la piscina. Ella se detuvo inmediatamente.

—Sigue andando —le dijo Hunter—. Allí no nos podrá oír nadie, pero sí nos verán.

—¿Hay alguna cosa más que tengamos que discutir en privado?

—Tenemos muchas más cosas de las que hablar. Si vamos a ir hacia el altar en un par de semanas, tenemos que hacer planes cuanto antes.

—¿Un par de semanas? ¿Estás de broma?

—Sigue andando —le ordenó Hunter—. Mi papel de pretendiente enamorado tiene que durar dos semanas. Si nuestro compromiso no hace salir a ese lunático, tendremos que esperar al día de la boda. Eso sí que lo hará salir de su escondite. No va a permitir que te cases con otro hombre —añadió, mientras se sentaban a la mesa. Sus brazos se rozaron produciendo en Manda una inusual excitación—. Tenemos que estar siempre juntos. Mañana vamos a cenar y después tú me vas a invitar a pasar a tu casa y me quedaré una hora por si el loco nos está observando. Después, comeremos y cenaremos juntos todos los días.

—Muy bien. Y tras haberle enseñado a todo el mundo lo enamorados que estamos, ¿qué hacemos?

—Yo me voy a vivir contigo.

—De eso nada.

—Manda, eso es lo que hace la gente cuando se enamora locamente —dijo mientras le daba a Manda un trozo de tarta con su tenedor.

—Asumo que sabes que no vamos a compartir la cama, ni siquiera la habitación.

—Ya hablaremos de los detalles más tarde. Mientras parezca que somos amantes, no tenemos que serlo en realidad. A no ser que tú quieras, claro.

—No creo que yo quiera —le dijo ella.

—¿Cómo lo sabes si no lo intentas?

—Me parece que me estás confundiendo con tu ex mujer. Yo no voy acostándome con todo el mundo. Creo que no puede haber sexo sin amor. Las relaciones sexuales son parte de un compromiso para toda la vida entre dos personas.

—Tu abuela te ha aleccionado bien, ¿no?

—Creo que mucha gente hoy en día está viendo que merece la pena esperar hasta...

—De acuerdo —dijo él besándole la mano—. Yo podré esperar hasta que nos hayamos casado. Sera una noche de bodas interesante.

—Hunter Whitelaw. Si piensas que voy a...

Hunter la silenció con un beso. Ella se resistió al principio y después se rindió, pero se negó a participar en el beso.

—Muñeca —dijo Hunter sonriendo—, si vamos a convencer a la gente de que estamos enamorados, vas a tener que poner un poco más de tu parte. No estás haciendo muy bien tu papel.

—No me vuelvas a llamar «muñeca», Hunter. ¿Está claro?

—Entonces, ¿cómo quieres que te llame?

—Simplemente me puedes llamar por mi nombre. Yo, desde luego, pienso llamarte Hunter.

—Manda Munroe, sigues siendo una niñata testaruda. Quieres que todo se haga a tu manera. ¡Ya lo tengo! Te llamaré «niñata».

—Vete al infierno.

—Me parece que es al infierno adonde me estoy dirigiendo. Cuando le dije a Perry hace años que compadecía al tipo que se casara contigo, no tenía ni idea de que ese tipo iba a ser yo. Pero no te preocupes; cuando hayamos atrapado al lunático y anulemos nuestro matrimonio, podrás encontrar a un novio verdadero.

—Estoy segura de que tienes razón.

Manda apartó su mirada de la de Hunter. Durante las siguientes semanas tendría que fingir estar locamente enamorada de él, sin que

Hunter se diera cuenta del poder sexual y emocional que ejercía sobre ella.

Capítulo 4

MANDA se alegraba de que fuera sábado por la mañana y de que no tuviera que ir a trabajar. No había dormido muy bien, había tenido sueños eróticos con Hunter y con un lunático sin rostro que los perseguía. Se preguntaba si estaba haciendo lo correcto al aceptar el plan de Perry. ¿Qué pasaría si Hunter fuera asesinado? No podría soportar otra pérdida. Había tardado años en recuperarse de la muerte de Rodney en el accidente de coche. En ese momento nadie había sospechado que podía tratarse de un asesinato. Nunca lo podría olvidar. Aparte de su fascinación adolescente por Hunter, Rodney había sido su primer amor verdadero, y además todo el mundo los había visto como la pareja ideal. Después de ocho meses de noviazgo, Rodney le había propuesto matrimonio y las dos familias habían combinado todos sus esfuerzos para preparar la boda. Una boda que habría sido el principio de una vida perfecta juntos.

Aunque habían estado a punto de caer en la tentación, Rodney y Manda nunca habían llegado a hacer el amor. Habían acordado esperar hasta la noche de bodas.

Manda había pensado en alguna ocasión que el día que Rodney murió había sido el peor día de su vida y la muerte de su padre seis meses más tarde a causa de un cáncer había incrementado enormemente la tristeza en su vida. Pero realmente no había sabido lo que era el verdadero sufrimiento hasta que un desaprensivo mató a Mike Farrar, un hombre que la quería y que le había pedido que se casara con él. El hecho de darse cuenta de que ella podía haber sido

la causa de la muerte de dos hombres la había destrozado. Si no hubiera sido por Perry, por el consuelo de su abuela y por el apoyo de algunos consejeros de la clínica en la que trabajaba, podría haber cometido alguna estupidez. Durante algunas semanas después del asesinato de Mike, incluso había llegado a contemplar la idea del suicidio.

¿Qué tenía ella que traía la muerte a aquéllos a los que amaba? Exceptuando a su abuela y a Perry, había perdido a todas las personas que habían sido importantes para ella. Su madre había muerto en el parto, Hunter la había rechazado y le había roto el corazón. Después perdió a Rodney, a su padre y finalmente a Mike. No podía arriesgarse y amar otra persona.

En los últimos cinco años había tratado sus relaciones personales, tanto con hombres como con mujeres, de un modo superficial, para mantener la maldición inactiva. Pero en ese momento de su vida iba a tentar al destino al anunciar a todo el mundo que en dos semanas se iba a casar con Hunter Whitelaw.

Aunque Perry había intentado convencer a Hunter de que se alojara en el hogar de los Munroe, Hunter había preferido quedarse en la vieja casa de su abuela. En algún momento había pensado venderla, pero nunca había reunido las fuerzas suficientes para deshacerse de la propiedad que había pertenecido a su familia durante varias generaciones.

Cuando había sido joven y desconsiderado, lo único que había querido era salir de esa granja y formar parte del mundo al que su amigo Perry pertenecía. Pero ya no pensaba así. Si pudiera, volvería a su hogar, reformaría la vieja casa, criaría ganado y crearía de nuevo el huerto que una vez existió. En su mundo de fantasía había una mujer y un par de niños, y vivirían felices en la granja. Pero después de su experiencia con Selina, no había encontrado una mujer a la que él quisiera como esposa. En realidad, tampoco había estado buscando. Había estado haciendo justo lo contrario. Se había mantenido alejado de cualquier mujer que poseyera las cualidades que él quería en una compañera: lealtad, comprensión y el deseo de llevar una vida sencilla, construir un hogar y tener hijos.

Más de una vez había pensado que cuando dejara la agencia de Dundee volvería a Dearborn. Ahora, mientras estuviera allí, podría contratar a alguien que reformara la casa. Además, así haría pensar a la gente que Manda y él se irían a vivir allí después de la boda.

Hunter rió. Después de que se casaran, quizá debería llevar a Manda a la granja durante un tiempo, aunque seguro que a ella no le gustaría nada. La casa todavía estaba decorada con los muebles de su abuela y todo estaba muy viejo y anticuado. Se sirvió una taza de café y percibió una sensación de hogar, que lo reconfortó.

En ese momento deseaba que estuvieran allí sus abuelos para poder decirles lo equivocado que había estado al querer escapar de la paz de la granja y vivir en una gran ciudad.

¿Habría sentido lo mismo su madre cuando se había ido a los diecisiete años? ¿También había querido ella escapar? Pero lo que había hecho había sido quedarse embarazada. Soltera y abandonada por su novio, Tina Whitelaw se había visto obligada a volver a casa de sus padres. Hunter nunca había sabido quién era su padre, ni siquiera cómo se llamaba. Su madre volvió a la granja, pero antes de que él cumpliera un año, se había vuelto a ir. No habían vuelto a saber nada de ella hasta que diez años más tarde recibieron una llamada de teléfono que los informaba de que había muerto como consecuencia de una sobredosis de drogas. Había estado viviendo con su cuarto marido en Los Ángeles.

Hunter respiró profundamente, recreándose con el olor de la naturaleza a su alrededor. ¿Se habría dado cuenta su madre alguna vez de lo valioso que era lo que ella había dejado?

Manda desayunaba en el patio de la casa que había comprado hacía ocho años, poco después de haber realizado el máster en servicios a la comunidad. Después de la muerte de Rodney y de su padre, su abuela y ella se habían ido de viaje a Europa durante un año y Manda había tenido mucho tiempo para reflexionar. Había vuelto con una decisión: quería dedicar su vida a ayudar a los demás. Después de graduarse, había empezado a trabajar como consejera en la clínica Hickory Hills, donde había conocido a Boyd.

Cuando sonó el teléfono, se dirigió rápidamente a la cocina y su

perro, Oxford, la siguió. ¿Quién la estaría llamando un sábado a las siete de la mañana?

—¿Dígame?

—Manda, querida, soy Claire. Espero no haberte despertado.

—Ya llevo levantada una hora —dijo Manda—. Oxford y yo estábamos en el patio disfrutando de este sol primaveral.

—Te llamo para saber si te apetece ir de compras esta mañana.

—No lo había pensado, pero si tú quieres ir, yo te acompaño.

—Pensaba que quizá querrías comprarte un vestido nuevo para esta noche. Después de todo, una cita con un antiguo novio es una ocasión especial.

—La verdad es que tengo bastante ropa. Estoy segura de que encontraré algo adecuado para esta noche. Agradezco tu interés, Claire.

—Tonterías —dijo Claire—. Una mujer nunca tiene la ropa suficiente. Además, todo lo que tienes es oscuro y no resalta tu maravillosa figura. Prepárate —insistió—, a las nueve y media te voy a buscar y nos vamos directamente al centro comercial.

Manda suspiró. Sabía que Claire deseaba que ella fuera feliz. Estaba segura de que intentaría convencerla para comprarse algo muy sexy para su cita con Hunter. Hacía años que no se vestía para atraer la atención de los hombres y no tenía ninguna intención de cambiar su estilo por Hunter Whitelaw.

Al final, Claire se había salido con la suya. Manda se había comprado un vestido sencillo ligeramente ajustado, de manga corta y de color claro, de un azul luminoso que combinaba perfectamente con sus ojos. También se había comprado un par de zapatos y un bolso. Todo el conjunto se veía resaltado con un collar de perlas que su abuela le había regalado el día que cumplió dieciocho años.

Hunter la miró con atención cuando llegó a las siete, mostró una amplia sonrisa y dejó escapar un leve silbido de admiración. Manda se odió a sí misma por alegrarse de que Hunter apreciara su apariencia física. No debería importarle lo que Hunter pensara de ella.

Antes de llegar al restaurante, Hunter se puso una corbata,

aunque ése no era su estilo. Era más el tipo de hombre que lleva vaqueros y camisas y al que nunca parece hacerle falta una corbata. Después de cenar, la llevó a un club de blues al que ella nunca se había atrevido a ir sola.

Cuando entraron en la penumbra del local, Hunter puso su mano en la espalda de Manda, como un gesto de protección que a ella le dio seguridad. Se vieron envueltos en la triste y densa melodía del saxofón. Se sentaron a una mesa y pidieron algo de beber.

—No he estado aquí nunca —admitió Manda.

—No es exactamente un sitio elegante —dijo Hunter—, pero, como aquí viene gente de todo tipo, pensé que éste sería el sitio ideal para que nos vieran juntos —añadió, ofendiendo ligeramente a Manda, que se tuvo que recordar a sí misma que todo aquello era parte de una actuación—. Vamos a bailar, así nos verán mejor.

Hunter extendió la mano. Manda retiró la silla y se levantó. Reconoció que parte de su corazón deseaba que aquélla fuera una cita real. Agarró la mano de Hunter y se dirigió con él a la pista de baile. Él la acercó hacia su cuerpo. Estaban muy cerca. Manda se sentía vulnerable al lado de un hombre tan grande y al mismo tiempo no podía negar el placer de verse envuelta por esa fuerza masculina. Por alguna jugada del destino, era una mujer a la que le encantaban los hombres, pero que poseía el beso de la muerte para todo aquél que se atreviera a quererla.

Se movían suavemente al compás de la música y sus cuerpos se rozaban, se tocaban. Manda le rodeaba el cuello con sus brazos y apoyaba la cabeza sobre el pecho de Hunter.

Cuando él apoyó sus grandes manos sobre su espalda, Manda sintió una excitación que hacía años que no experimentaba. Sus pechos se endurecieron y notó cómo se humedecían sus partes más íntimas. Hunter tampoco era inmune a esa seducción. Manda sintió su miembro endurecido y se acercó a él todavía más.

—Un sospechoso a nuestra derecha —murmuró Hunter.

—¿Qué?

—Chris Austin está bailando con una mujer un poco más allá. Mira hacia ellos y, si él te ve, sonrío.

Ella obedeció sus instrucciones. Cuando se encontró con los ojos de Chris, él la miró fijamente. Ella sonrió, pero él no.

—¿Nos podemos ir ya? —dijo Manda—. Creo que ya no puedo fingir más esta noche.

—Todavía no. Acaba de entrar el sospechoso número dos.

—¿Quién?

—Boyd Gipson.

—¿Está con alguien?

—No. Parece que se dirige al bar. A lo mejor tiene suerte.

—Boyd no es ese tipo de hombre.

—Todos los hombres son iguales — dijo Hunter.

—¿Quieres que también sonría a Boyd cuando salgamos?

—¿Por qué no vamos a saludarlo a la barra? Después, tú me miras con pasión y me sugieres que nos vayamos a casa. Si muestras la emoción suficiente, Gipson creerá que estás impaciente por llegar a casa para...

—De acuerdo. Vamos a ver qué pasa —dijo Manda con decisión mientras iban hacia la barra—. Hola, Boyd. Te acuerdas de Hunter Whitelaw, ¿verdad?

—Desde luego. Encantado de verlo otra vez, señor Whitelaw.

—Llámame Hunter. Los amigos de Manda son mis amigos.

—¡Claro! —dijo Boyd con una sonrisa.

—Nos vemos en la clínica el lunes —dijo Manda.

Antes de que Boyd pudiera responder, Chris se acercó a ellos acompañado de una pelirroja. Estaba borracho.

—Tú nunca habrías venido aquí conmigo, ¿verdad, Manda? Lo que quiero saber es por qué con él sí. ¿Tú no tienes curiosidad, Boyd?

—Estás borracho, Austin —dijo Boyd—. Le tendrás que pedir disculpas a Manda.

—¿Disculpas? De acuerdo, Manda permíteme que me disculpe por preguntarte si tu gusto ha cambiado radicalmente. Mi hermano era un caballero, pero este... granjero no es muy recomendable para una señorita.

—Agarra a tu novia y vete de aquí —le dijo Hunter con expresión amenazante—, o me veré obligado a hacer algo que no quiero hacer.

Los ojos de Chris reflejaron una sensación de miedo. Se alejó de la barra tambaleándose con su acompañante pelirroja. Manda respiró aliviada. No sabía lo que debía decir.

—Ese hombre es un idiota —dijo Boyd.

—En eso estamos de acuerdo —respondió Hunter—. ¿Nos vamos de aquí, pequeña?

—Vamos a mi casa —respondió ella con una sonrisa forzada.

Se despidieron de Boyd y se dirigieron al aparcamiento como una pareja enamorada que se va a casa... y a la cama.

—¡Maldita sea! —dijo Hunter cuando llegaron al coche—. ¡Hijo de perra!

Al principio Manda no se dio cuenta de lo que pasaba, pero luego siguió la mirada de Hunter y se quedó paralizada al descubrirlo. Ya había empezado, y tan sólo era su primera cita con Hunter. Alguien le había rajado las cuatro ruedas del coche.

Capítulo 5

HUNTER llamó a la policía y a la grúa. El oficial McDowell le dijo que ésa era la tercera vez en dos semanas que una cosa así pasaba en el aparcamiento del club. Los sospechosos eran un grupo de adolescentes que parecían ser miembros de una banda. La policía no había podido probar la culpabilidad de los chicos y no había podido detenerlos.

Mientras Hunter resolvía la situación, Manda permanecía callada. Cuando había visto que las ruedas estaban rajadas se había quedado aterrorizada y le había dicho a Hunter que aquél era un primer aviso. Él no había podido convencerla de que estaba equivocada, ni siquiera después de que la policía les dijera que ya había ocurrido más veces.

Más tarde, en el taxi que los llevó a casa, el rostro de Manda reflejaba una expresión sombría aunque Hunter se dio cuenta de que estaba intentando controlar sus emociones para demostrar que podía ser fuerte. El taxi paró delante de la casa de Manda. Hunter pagó al taxista y ayudó a Manda a salir. La acompañó a la casa y cuando llegaron al porche ella abrió la puerta y se giró hacia él.

—¿Por qué no le has dicho al taxista que te esperara? Estoy bien. No necesito una niñera.

—No me voy a quedar para cuidarte. Me quedo porque un hombre que quiere a una mujer siempre la acompaña a su puerta, especialmente cuando ella está a punto de ponerse a llorar.

—Yo no estoy a punto de ponerme a llorar —afirmó ella, enfadada.

—No vamos a discutir —dijo él—. Sé buena y déjame entrar un

rato.

Manda finalmente cedió. Abrió la puerta y su perro Oxford fue hacia ella moviendo la cola.

—¿Me has echado de menos, grandullón? ¿Has sido bueno? —le preguntó Manda cariñosamente. El perro olió a Hunter y empezó a gruñir y a ponerse nervioso—. No, no, Oxford, éste es Hunter, es amigo nuestro. Hunter, dile algo.

—Hola, amiguito. Así que eres un buen vigilante para tu ama, ¿eh? —dijo Hunter y el perro movió la cola alegremente—. ¿Somos amigos ahora?

—Me parece que le caes bien —Manda sonrió—. Pasa y ponte cómodo mientras saco al perro un momento. Lo llevó a una habitación grande con varios ambientes—. Si tienes pensado quedarte, voy a hacer café.

—No te preocupes, no hagas nada.

—Si no hago algo, voy a empezar a gritar —admitió ella—. Siéntate. No tardaré mucho.

—¿Quieres que te ayude? Podemos hablar mientras haces el café.

—¿De qué tenemos que hablar? Tu primera cita conmigo ha terminado un poco mal, ¿no? Seguro que estás deseando saber qué pasará la segunda vez que salgamos —dijo Manda llena de un dolor que intentaba ocultar.

—Si quieres gritar, adelante —le aconsejó Hunter—. Puede que te sientas mejor.

—No, no creo que me ayude mucho. Dime una cosa, ¿estás realmente convencido de que lo que ha pasado con tus ruedas no tiene nada que ver con nuestra cita?

—No estoy seguro al cien por cien. Siempre existe una posibilidad de que haya sido nuestro lunático.

—Gracias por admitir que existe una posibilidad —ella respiró profundamente—. Ven conmigo a la cocina si quieres.

Abrió la puerta de atrás de la cocina y Oxford salió. Se dirigió hacia el frigorífico y sacó un tarro en el que guardaba los granos de café, pero le temblaban tanto las manos que casi se le cayó al suelo. Hunter agarró el tarro a tiempo y lo puso sobre la encimera.

—¿Por qué no te sientas y me dejas que prepare yo el café? —le preguntó, envolviendo las manos de Manda con las suyas.

—No quiero café —contestó ella, alejándose de repente de él y dándole la espalda—. No sé si puedo seguir con esto, preguntándome constantemente qué es lo próximo que va a pasar, cuándo actuará de nuevo... temiendo que te hiera, o que te mate.

—Confía en mí, Manda —le pidió Hunter rodeándola con sus brazos—. A mí no me va a matar nadie, ni a ti tampoco.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —dijo ella apoyándose en él. Hunter la besó ligeramente en la sien.

—Con toda la información que ha dado Perry, le pedí a unos expertos de la agencia de Dundee que elaboraran un perfil de nuestro lunático. No va a actuar hasta que anunciemos nuestro compromiso.

Él no se ve amenazado porque salgas con otros hombres; simplemente está decidido a no dejar que te cases con nadie.

—Entonces, ¿estás diciendo que estamos a salvo hasta que le digamos a todo el mundo que nos vamos a casar?

—Sí. Y eso va a ser el fin de semana que viene. Dentro de unos días, haré que me vean en una joyería eligiendo un anillo, pero no te haré la pregunta hasta el sábado por la noche.

—Me empezarán a llegar cartas de felicitación, como pasó con Mike.

—Siento no haber venido a su funeral —dijo Hunter acercándola más hacia él—. Estaba fuera del país.

—Ya lo sé. Recibí tu nota y las flores.

—No tendrás que volver a pasar por eso —le aseguró Hunter, girándola hacia él—. Cuando pienses que esto es muy arriesgado, tienes que recordar la razón por la que lo estamos haciendo.

—¿Para que pueda vivir feliz con el hombre de mis sueños?

—Exactamente —dijo Hunter con una sonrisa—. Por cierto, ¿te he dicho que vamos a comer juntos mañana?

—Pero voy a comer con Perry y... ¿vas a venir a comer con mi familia?

—Perry se lo ha dicho hoy a Gwen. Toda la familia unida: Perry,

Gwen, tú y yo, tu abuela...

—Supongo que sabrás que mi abuela no se va a poner muy contenta cuando le digamos que nos vamos a casar. Va a pensar que me he vuelto loca.

—Recuerda que, aunque quieras, no debes decirle la verdad. No es que no confíe en ella, pero, cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—Lo entiendo, pero no me gusta tener que mentirle. Sólo le he mentido una vez, por eso me creyó. Fue cuando le dije que estabas intentando seducirme al lado de la piscina. Seguro que te reíste de mí.

—Yo no me reí —dijo Hunter—. La verdad, es que eras una tentación, pero eras la hermana pequeña de Perry y yo no podía hacer nada.

—¿Estás diciendo que te sentías atraído por mí?

—¿Quieres que sea sincero contigo? —le preguntó, y Manda asintió—. Nunca he podido olvidar lo preciosa que estabas sólo con la parte de abajo de tu biquini. Nunca había visto algo tan bello. Y si hubieras tenido dieciocho años, no me habría importado mucho que fueras la hermana de mi mejor amigo.

—Y todo este tiempo yo pensaba... —dijo ella mirándolo fijamente.

Sin pensar en las consecuencias, él le rodeó la cara con sus manos y la besó. Sus labios eran suaves, cálidos y húmedos. Manda recibió cada movimiento de su boca y respondió lo mejor que pudo. Posó sus manos abiertas sobre su robusto pecho y el beso se hizo más intenso y profundo. Hunter se excitó y sintió un afilado deseo por poseerla. Tenía que parar. Si no lo hacía en ese momento, no le sería muy fácil irse a casa esa noche. Él estaba preparado, pero ella, a pesar de la manera en que respondía, no lo estaba. Su reacción simplemente se debía a un recuerdo de adolescencia.

—Bueno —dijo Manda cuando él dejó de besarla—. Hemos perdido un poco el control, ¿no?

—Sí. Eso demuestra que no nos será muy difícil fingir que estamos enamorados. Después de todo, al principio de una relación hay mucha pasión, y parece que tú y yo tenemos la suficiente.

—¿Fue así con tu ex mujer? ¿Primero pasión y luego amor?

—No creo que nunca hubiera amor, por lo menos por su parte. Y probablemente tampoco en la mía. Cometí un gran error con Selina. Me casé con un tipo de mujer, no con la mujer en sí. Pensaba que ella era exactamente lo que yo quería. Me equivoqué.

—Entonces, ¿no te rompió el corazón?

—Mi corazón está intacto, pero me hirió el orgullo. No me será fácil volver a confiar en otra mujer —dijo, ocultándole a Manda que la primera vez que había visto a Selina le había recordado a ella—. ¿Y tú? ¿Tienes miedo de volverte a enamorar otra vez después de todo lo que ha pasado?

—Conocí a Rodney cuando mi padre estaba en el hospital —explicó ella, mientras se dirigían hacia el porche y se sentaban en uno de los escalones—. Era estudiante de Medicina y todas las enfermeras estaban locas por él. Nos lo pasamos muy bien. Teníamos mucho en común. Supongo que era inevitable que nos enamoráramos. Su madre y mi abuela estaban encantadas con la relación.

—Lo siento mucho, Manda. No me puedo imaginar lo que sufrirías cuando murió.

—Pensé que me iba a volver loca. Tardé al menos dos años en empezar a vivir de nuevo. Seis años después, conocí a Mike. En realidad, nos presentó Boyd. La mujer de Mike había muerto el año anterior y él no había podido superar esa pérdida. Con Mike yo podía hablar de Rodney y él podía hablar de su mujer. Nos hicimos muy amigos y, después de estar saliendo durante un año, decidimos casarnos. No estábamos enamorados, pero nos queríamos y los dos deseábamos tener hijos y un hogar. Si hubiera sabido que alguien lo iba a matar por mi causa...

Hunter la rodeó con sus brazos. Permanecieron sentados durante un tiempo, en silencio. Las palabras no eran necesarias. Una extraña sensación de calma se produjo entre ellos y Hunter pensó en lo bueno que era compartir la soledad con otra persona.

Todo el mundo en Dearborn, Georgia, hablaba de Hunter y Manda. Se los veía juntos en todas partes. Comían y cenaban juntos

todos los días. Ante la gente siempre se mostraban cariñosos, se acariciaban, se besaban, se reían y se miraban a los ojos como dos enamorados. Corría el rumor de que habían visto a Hunter en una joyería mirando anillos de compromiso.

Manda sabía que esa noche era la noche en que la que Hunter le iba a proponer matrimonio y en la que ella iba a aceptar. Había preparado la cena ella misma y le había dicho a todo el mundo que esa noche iba a ser especial. Todos le habían dicho que quizá se estuviera precipitando; incluso Claire le había sugerido que fuera un poco más despacio en caso de que se equivocara. Boyd le había preguntado en la clínica si estaba segura de lo que estaba haciendo y su abuela la había llamado para preguntarle sobre los rumores que había oído. Y Chris había estado esperándola en el porche la noche anterior. Habían tenido una discusión y Chris le había dicho que la compadecía si se casaba con Hunter. Había sido la primera vez que Manda se había preguntado si Chris sería capaz de cometer un asesinato.

Manda hizo desaparecer todas sus dudas y preocupaciones. Después de todo, no se trataba de una proposición real; Hunter y ella no estaban realmente enamorados, aunque a veces tenía que recordarse a sí misma que todo eso formaba parte de una farsa. No podía negar la atracción que sentía por Hunter. Se atraían el uno al otro de una forma muy primitiva que no tenía nada que ver con sueños compartidos.

Hunter había tenido razón al decir que no les sería muy difícil fingir que estaban enamorados. Cada vez que la tocaba, todo su cuerpo se estremecía de deseo. Y cada vez que ella lo miraba, él no podía evitar tocarla. Era como si se estuvieran enamorando, pero ella se recordaba a sí misma que la lujuria no se podía confundir con el amor.

La cena estaba lista. Se había pasado horas preparándola. Le encantaba cocinar, pero rara vez tenía la oportunidad de hacerlo. Sonó el timbre. Cuando abrió la puerta, un gran ramo de flores le impedía ver a Hunter.

—¿Has comprado toda la floristería? —le preguntó ella.

—Le dije a la florista, la señora Brownfield, que quería algo que impresionara, porque te iba a proponer matrimonio esta noche.

—Pues si lo sabe la señora Brownfield, no tardará mucho en saberlo todo el mundo —Manda rió mientras llevaba las flores a la cocina.

—Lo sabrán incluso antes de que se anuncie nuestro compromiso mañana en la iglesia.

—No olvides venir a buscarme a las diez y media.

—Supongo que sabes que hace siglos que no entro en una iglesia... —dijo Hunter—. Bueno, ¿te gustaría que encendiera las velas? —añadió, cambiando de tema.

Una hora más tarde, después de haber comido y haber recogido la cocina, Hunter llevó a Manda a la habitación principal. Oxford estaba durmiendo delante de la chimenea. Cuando Manda se sentó en el sofá como Hunter le había ordenado, él se arrodillo ante ella, sacó una pequeña caja del bolsillo de sus pantalones y sonrió mientras la miraba directamente a los ojos.

—¿Qué demonios estás haciendo? —preguntó ella.

—Me estoy poniendo en la posición correcta —replicó él con una sonrisa traviesa—. Manda Munroe, ¿me haría el grandísimo honor de darme su mano en matrimonio? Deseo profundamente que sea mi mujer —añadió con solemnidad. De repente, Manda no se pudo controlar y se puso a llorar—. Por favor, muñeca, no...

—Estoy bien —dijo ella de repente, evitando una caricia de Hunter.

—Claro que sí —Hunter abrió la pequeña caja y le mostró el maravilloso anillo de zafiros.

¿Cómo sabía Hunter que el zafiro era su piedra favorita?

—Es perfecto —dijo Manda asombrada.

—Pruébatelo a ver qué tal te queda.

—Me queda bien —afirmó, contemplando el anillo que ya lucía en su mano.

—No pienses en las otras veces —dijo Hunter—. No quiero que estés triste, ¿de acuerdo?

—No lo estoy, pero...

—Lo que estamos haciendo —explicó Hunter poniéndole un dedo sobre los labios—, lo que vamos a conseguir, es dejar atrás el pasado. Vamos a destruir la maldición de Manda Munroe para siempre.

—Eso es lo que más quiero en la vida. Ser libre y poder volver a amar. Cuando esto se acabe, nunca te podré pagar lo que estás haciendo por mí.

—Pasemos al siguiente acto —dijo Hunter levantándose del suelo—. Tenemos que ir a contarles las buenas noticias a tu hermano, a tu cuñada y a tu abuela.

—Me parece que mi abuela se va desmayar.

Capítulo 6

ESA mañana todo el personal y los clientes de la clínica habían admirado el anillo de Manda. Las felicitaciones eran difíciles de aceptar con sinceridad. Ella sabía que el compromiso era una farsa y que la boda que Gwen y Perry estaban preparando también sería una actuación. Su cuñada se había mostrado sorprendida por la noticia del compromiso, pero inmediatamente les había ofrecido los mejores deseos. Claire no había podido evitar unas lágrimas, aunque su sonrisa claramente les deseaba mucha felicidad. Su abuela no se había reservado su opinión y había expresado las causas por las que pensaba que Manda se arrepentiría de un matrimonio tan rápido, especialmente si se casaba con Hunter Whitelaw.

A pesar de las objeciones de su abuela, la boda se fijó para el sábado siguiente. Se trataría de una ceremonia íntima a las seis de la tarde. Mientras Barbara se quejaba, Gwen y Claire se pusieron en acción y se ofrecieron para ayudar a Manda con todo lo que necesitara.

—Déjanoslo a nosotras, querida —había dicho Claire—. Barbara, Gwen y yo nos aseguraremos de que todo esté perfecto.

En el descanso de la mañana, Manda fue directamente a la oficina de Boyd. Él había conseguido recientemente el cargo de supervisor en la clínica, así que era el encargado de darle unos días de vacaciones para la luna de miel. Aunque no parecía estar muy contento con la boda, Boyd mantuvo una expresión cordial.

—Desde luego que te deseo lo mejor, Manda. Aunque debo admitir que estoy bastante sorprendido. Nunca pensé que fueras una

mujer impulsiva. Después de todo, casi no conoces a Hunter Whitelaw.

—Conozco a Hunter desde que tenía diez años. Ha sido el mejor amigo de Perry desde el colegio.

—De eso hace mucho tiempo. ¿Qué sabes de él ahora?

—Sé que nos queremos —mintió Manda—. Y Hunter no tiene miedo de ningún loco que intente impedir que nos casemos. Tengo mucha confianza en él. Sabes que fue miembro de Delta Force, ¿verdad? —explicó Manda. Hunter le había dicho que contara algo sobre él a los tres sospechosos, aunque ella no creía que Boyd fuera el culpable.

—Al menos espero que me incluyas en la lista de invitados —dijo Boyd.

—Desde luego que te invitaré. Gwen va a mandar las invitaciones el miércoles. Sólo vamos a invitar a unos cuantos amigos y a la familia más cercana.

—Sí, lo entiendo. Supongo que quieres que esta boda sea más discreta que las otras dos que planeaste; así la gente hablará menos.

—Exacto —dijo Manda. Se preguntó a sí misma por qué nunca se había dado cuenta de lo arrogante que era Boyd—. Por cierto, necesito la tarde para ir a comprarme un vestido de novia y la semana que viene me harán falta algunos días libre para la luna de miel.

—Por supuesto. ¿Puedo saber adónde pensáis ir?

—No lo sé. Hunter quiere que sea una sorpresa —mintió Manda. Se levantó y se dirigió a la puerta. Cuando se alejaba, Boyd la agarró de la muñeca y la miró con una intensidad que le produjo un escalofrío—. ¿Pasa algo, Boyd?

—No, sólo que me hubiera gustado que las cosas hubieran funcionado entre nosotros. Si alguna vez hay algo que... Bueno, ya sabes que yo haría cualquier cosa por ti. Lo único que tienes que hacer es pedírmelo.

—Eres muy amable, Boyd —dijo Manda con una sonrisa aunque en realidad se sentía asustada.

Salió del despacho lo más rápido posible y se dirigió a su

consulta. El corazón le latía con fuerza.

—¿Qué te pasa, Manda? —le preguntó su ayudante, Lisa—. Parece como si hubieras visto un fantasma.

—Estoy bien. No te preocupes. ¿Qué es eso? —dijo, refiriéndose a una caja que había encima de la mesa de Lisa.

—Debe de ser un regalo de boda —dijo Lisa.

—¿De quién?

—No lo sé. Lo han dejado aquí mientras me estaba tomando un café. Mira, aquí hay una tarjeta. Léela. Manda abrió el sobre, sacó la tarjeta y leyó el mensaje en alto:

—A la tercera va la vencida.

Sin más. No estaba firmado. A Manda le sobrevino una náusea y sintió un vuelco en el corazón.

—¿Qué tipo de persona puede decir algo así? —preguntó Lisa.

—No lo sé —dijo Manda, aunque sospechaba quién le había mandado el regalo de boda. Se decidió a abrir el regalo y descubrió que era un álbum de fotos que decía: Recuerdos de nuestra boda.

—Al menos el regalo es bonito —dijo Lisa.

Con manos temblorosas, Manda sacó el álbum de la caja y lo puso en la mesa de Lisa. Finalmente reunió todas su fuerzas para abrirlo. Miró la primera página. Nombre de la novia: Manda Munroe. Nombre del novio: Rodney Austin, Michael Farrar y Hunter Whitelaw. Los nombres de Rodney de Mike habían sido tachados con una cruz. En la siguiente página había recortes del periódico local de Dearborn sobre la muerte de Rodney y de Mike.

—¡Oh, Manda! Lo siento muchísimo —dijo Lisa—. Deberías llamar a la policía ahora mismo.

—No —dijo Manda—. Llamaré a Hunter. Él sabrá lo que hay que hacer —añadió mientras cerraba el álbum—. Cuando llegue Hunter, avísame.

—No te preocupes.

—Gracias.

Dos horas más tarde, la caja con el regalo yacía en el asiento de atrás del coche de Hunter. Aparcó el coche delante de una tienda de vestidos de novia y acompañó a Manda hacia la boutique mientras

ella trataba de olvidarse del desagradable incidente.

—Buenas tardes, soy Sylvie, ¿qué desean?

—Estoy buscando un vestido de novia —dijo Manda.

—Desde luego, querida. Pero —añadió, mirando a Hunter—, si usted es el novio, no es muy apropiado que esté aquí. Da mala suerte ver el vestido de la novia antes de la boda.

—Nos arriesgaremos —dijo Hunter.

—Bueno... está bien —la mujer miró a Manda y preguntó—: ¿Ha pensado en algo en particular?

—No, la verdad. Algo simple.

—¿Es ésta su segunda boda? Porque en ese caso, tenemos unos vestidos de colores pastel muy adecuados.

—No, es su primera boda —informó Hunter—. Quiere algo blanco. Algo elegante, como ella misma.

—Tengo varios vestidos de ese estilo, pero debería advertirles que son bastante caros.

—El dinero no es problema —dijo Manda—, pero necesito encontrar algo hoy y tenerlo preparado para el sábado. Para este sábado —añadió, provocando una expresión de sorpresa en la mujer.

—Muy bien —dijo ésta finalmente—. Síganme. Si lo desea se puede sentar a esperar aquí —le ofreció a Hunter.

—De acuerdo —respondió él.

Manda siguió a la dependienta a la parte de atrás de la tienda. Sylvie sacó un vestido que parecía responder a la descripción de Hunter.

—¿Por qué no se prueba éste? Y mientras tanto, iré a buscar un velo.

—No quiero velo —dijo Manda.

—¿No quiere velo? ¿Flores, entonces? ¿O quizá una diadema?

—Una diadema.

Manda entró en el probador y, mientras se probaba el vestido, deseaba con todas sus fuerzas que esa pesadilla acabara pronto.

Hunter esperaba pacientemente mientras Manda estaba en el probador. Pensaba en el incidente del álbum. Tenía que estar siempre en alerta. No podía bajar la guardia. Le había hablado a Manda sólo

de tres sospechosos, pero secretamente él había añadido dos a la lista. Uno de ellos era Gwen Munroe, porque también había estado enamorada de Rodney Austin y siempre se mostraba tensa cuando estaba cerca de ellos. Hunter pensaba que amaba y odiaba a Manda al mismo tiempo. La otra sospechosa era Claire Austin. A pesar de que mostraba un cariño maternal por Manda, era posible que no quisiera ver a la prometida de su hijo Rodney con otro hombre. Desde luego también era posible que el lunático fuera alguien totalmente desconocido para Manda, un admirador secreto que se hubiera mantenido en la penumbra durante doce años.

Se abrió la puerta del probador y apareció Manda. Estaba impresionante. Se contemplaba en el espejo mientras él la observaba con interés, disfrutando claramente de lo que estaba viendo. De repente le vino a la cabeza el pensamiento de que en realidad deseaba que esa mujer se convirtiera en su esposa. Pero la idea le desapareció inmediatamente. Estaba seguro de que él nunca podría llegar a tener una relación emocional con Manda.

—Está preciosa —dijo Sylvie.

—Desde luego —afirmó Hunter.

—Me gusta éste —dijo Manda—. Hunter, no creo que tenga que mirar más. ¿Tú que opinas?

—Ése es perfecto.

—Sólo habrá que hacerle unos pequeños arreglos —dijo Sylvie.

—De acuerdo. Quiero que lo lleven a casa de mi hermano el sábado por la mañana. Le daré la dirección.

Quince minutos más tarde, Manda y Hunter estaban de nuevo en el coche.

—¿Quieres que paremos en algún sitio a comer algo? —preguntó Hunter.

—¿Por qué no vamos a casa? No me apetece mucho sentarme en un restaurante y fingir que soy feliz.

Hunter gruñó. ¿Realmente era necesario que ella le recordara constantemente lo difícil que le resultaba fingir que lo amaba? Si fueran amantes de verdad, ella se sentiría más cómoda con la farsa. ¿Qué diría si él le sugiriera compartir la cama esa noche? Después de

todo, los dos eran adultos y perfectamente capaces de mantener una relación sexual sin amor. Y no había duda de que los dos se deseaban...

Antes de entrar a la casa, Manda sacó el correo del buzón. La correspondencia era la que normalmente recibía: cartas del banco, facturas, solicitudes para donaciones de caridad... pero había una... Se le aceleró el corazón al ver un sobre blanco con su nombre pero sin remite. Fue enviado el día anterior. En Dearborn.

—¿Qué es? —le preguntó Hunter.

—Creo que es nuestro primer aviso —respondió Manda mientras entraba a la casa.

—Sólo he traído lo que necesito para un par de días —dijo Hunter dejando una bolsa en el suelo—. He dejado mis otras cosas en la granja.

—Casi se me había olvidado que te ibas a mudar aquí esta tarde —Manda se dirigió hacia él—. ¿Por qué no abres la carta y la lees? Yo ya he tenido bastante por hoy.

—Vamos a ver —Hunter abrió el sobre y sacó una hoja de papel. La leyó rápidamente y no pudo evitar mostrar una expresión de furia.

—Es de él, ¿verdad?

—Sí, lo es —respondió Hunter.

—Quiero saber lo que dice.

—Pues lo que estábamos esperando, algo así como que si no cancelas tu compromiso conmigo, soy hombre muerto. Y que si vas a seguir adelante con la boda, nos matará a los dos.

—¡Dios mío! —exclamó Manda. Se le aceleró el corazón y se llenó de furia. Quería gritar y salir corriendo. No se sentía preparada para pasar por lo mismo de nuevo—. Te va a matar. Puede que nuestro compromiso sea una farsa, pero sus amenazas son reales. Si tienes alguna duda, cancelaremos el compromiso.

—No tengo ninguna duda. Vamos a llegar hasta el final.

—No quiero que sea el final de tu vida.

Hunter se dirigió hacia Manda. Una parte de ella quería escapar, pero otra parte quería echarse a sus brazos y encontrar un poco de cariño y consuelo. Hunter la agarró de los hombros y ella se vio

obligada a mirarlo fijamente.

—Las cosas van a empeorar —dijo él—. Cuando se dé cuenta de que vamos a seguir adelante con la boda, tendrá que hacer otro movimiento. Va a venir a por mí y quizá a por ti también. A partir de ahora, estaremos juntos las veinticuatro horas del día. Voy a estar a tu lado de noche y de día, y cuando él haga su movimiento, yo estaré preparado para ello. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí. Te vas a quedar aquí conmigo, me llevarás al trabajo todos los días, vendrás a la clínica a comer conmigo y me irás a buscar por la tarde.

—Bueno, en realidad, te voy a llevar al trabajo y me quedaré allí todo el día. Le contaremos a todo el mundo lo de la carta y dejaremos claro que vamos a seguir adelante con la boda.

—Lo que me estás diciendo es que a partir de ahora no sólo serás mi novio, sino mi guardaespaldas.

—Exacto. Siempre me tendrás a tu lado.

—Menos por la noche, cuando tú te vayas a mi habitación de invitados.

—Te equivocas.

—¡No querrás decir que vamos a dormir juntos!

—No estoy diciendo nada. Te lo estoy ordenando.

Capítulo 7

—**S**I estás pensando que vamos a... —dijo Manda con los ojos llenos de furia.

—Sólo vamos a compartir la misma cama. Eso es todo. Tú en tu lado y yo en el mío.

Manda no se lo podía creer. ¿Se habría vuelto loco? ¿De verdad creía que iba a permitirle que se durmieran en la misma cama? Ella era perfectamente consciente de la atracción que sentían el uno por el otro. Quizá no tuviera demasiada experiencia, pero tampoco era tan ingenua. Cada vez que sus cuerpos se tocaban, Hunter se excitaba, y estaba segura de que él siempre conseguía lo que quería. Pero ella no quería mantener una relación emocional con él. Si hiciera el amor con Hunter, para ella sería mucho más que un simple acto sexual.

—Tengo dos dormitorios. El mío y el tuyo. Puedes ir del uno al otro en un minuto si pasa algo.

—Puede entrar alguien en tu dormitorio y matarte sin que yo me entere.

—Tengo un sistema de seguridad. Oirías la alarma antes de que alguien llegara a mi dormitorio.

—¿Está el sistema de seguridad conectado a las ventanas?

—No, sólo a las puertas.

—¿Qué pasaría si alguien entrara por la ventana?

—¡Maldita sea, Hunter! Si entrara por la ventana, lo oiríamos.

—No, si se tratara de un profesional.

—¿Qué quieres decir?

—Quizá nuestro maníaco esté pensando en contratar a un asesino profesional para que le haga el trabajo. Es una posibilidad que tenemos que considerar —explicó Hunter. Manda estaba desolada. Esa idea nunca se le había pasado por la cabeza—. Yo no voy a ser una presa fácil —añadió, mirándola fijamente— y él lo sabe, por eso quizá haya pensado que necesita un profesional para matar a otro profesional.

—Eso tiene sentido —afirmó Manda.

—Las cosas serán más fáciles si no cuestionas mis órdenes. Sé lo que estoy haciendo. Por eso Perry me contrató.

—Ya lo sé. Pero, de todas formas, no voy a dormir contigo. Mañana llamaré a la empresa de seguridad y les diré que conecten la alarma a todas las ventanas.

—Lo podrías hacer, pero tardarían varios días en hacer su trabajo y además te costaría una fortuna. Si tienes miedo de tenerme en la cama, entonces dormiré a tu lado, en el suelo.

—No, no te puedo pedir que hagas eso —dijo Manda con sentimiento de culpabilidad—. Tengo una cama muy grande. Pero te advierto que será mejor que no te muevas de tu lado.

—Yo me quedaré en mi lado siempre que tú te quedes en el tuyo —concluyó Hunter riéndose.

Después de cenar y de haber visto la televisión juntos durante un rato, Hunter había subido al cuarto de baño a lavarse los dientes y ponerse el pijama. Cuando salió, Manda se precipitó hacia dentro y cerró la puerta.

La cama era muy grande y Hunter la observaba mientras ponía su revólver sobre la mesilla de noche. Debería de estar loco para haberse involucrado en una situación como ésta. No habría hecho lo mismo con otro cliente, pero Manda no era un cliente cualquiera. Era la hermana de su mejor amigo y además su imagen lo había perseguido durante años. Incluso se había casado con una mujer que se parecía a Manda. Ella había representado todo lo que en algún momento había querido en la vida. Incluso en ese momento, cuando ya no le daba tanta importancia a la posición social, pensaba que Manda era la mujer ideal. Era bella, inteligente, elegante y adorable.

—Soy un idiota —murmuró, enfadado consigo mismo y pensando de repente que no se debería dejar cautivar por el perfecto aspecto de Manda.

Se metió en la cama. Quizá podría dormir algo esa noche, si tenía suerte. Pero era muy difícil dormir estando excitado y sabía que, en cuanto Manda se metiera en la cama, no iba a poder evitar lo inevitable. De repente, oyó el ruido del agua de la ducha y le vino a la mente la imagen de Manda desnuda. Sintió su sexo endurecerse. Se dio la vuelta e intentó pensar en otra cosa, en cualquier cosa menos en Manda.

Manda permaneció en la ducha hasta que se acabó el agua caliente. No se podía quedar ahí toda la noche, pero la idea de estar con Hunter en la cama le llenaba la mente de todo tipo de imágenes sexuales. Sintió cómo su cuerpo se estremecía al pensar en el cuerpo desnudo de Hunter.

Pero él llevaba pijama y, como ella había estado en el baño tanto tiempo, quizá ya estuviera dormido. Y la cama era muy grande, no tenían por qué rozarse en toda la noche. En realidad, no tenía ninguna razón por la que preocuparse. Ya tenía bastantes problemas serios en la vida real... Hunter estaba allí para salvarla.

Manda se obligó a salir de la ducha. Se miró en el espejo y se dio cuenta de que su cuerpo reflejaba su estado de excitación. Pensar en Hunter siempre le había producido un hormigueo en lo más profundo de su femineidad.

Intentó dejar de pensar en Hunter, al menos del modo en el que lo estaba haciendo. Se puso el camisón y las zapatillas y se dejó el pelo suelto. Respiró profundamente, apagó la luz y salió del cuarto de baño con decisión. Al salir de su refugio, se encontró a Hunter luchando con la almohada. La sábana le cubría hasta la cintura, pero no su pecho desnudo. Manda se detuvo y lo miró con atención mientras él parecía no advertir su presencia. De repente, dejó de moverse y se tumbó boca arriba, con la mirada fija en el techo.

Era un hombre enorme. Tenía unos brazos y unos hombros gigantescos, un pecho ancho y un abdomen duro y musculoso. Su piel era de un moreno natural, como si siempre estuviera bronceada.

Manda sintió cómo todos sus instintos femeninos la incitaban a unirse al hombre que tenía ante ella. Su parte primitiva lo reconocía como alguien capaz de cuidarla a ella y a los hijos que le pudiera dar.

—¿Vas a venir a la cama o te vas a quedar mirándome toda la noche? —le preguntó finalmente Hunter.

—Perdona —dijo ella dirigiéndose a la cama—. No estoy acostumbrada a tener un hombre en mi cama. ¿Vas a leer?

—¿Qué?

—Te has dejado tu luz encendida.

Hunter apagó la luz. Manda se tapó con las sábanas hasta la barbilla y permaneció lo más cerca que podía del borde de la cama. Intentó dormir y apartar a Hunter de su pensamiento. Pero ¿cómo? Él había invadido todos los aspectos de su vida y siempre estaba con ella, en el trabajo, en casa, con su familia... Pasaba el tiempo, pero, cuanto más intentaba quedarse dormida, más tensa se sentía. Ya le dolía el cuerpo de estar en la misma posición durante tanto tiempo. Se tendría que mover más tarde o más temprano. Lo haría más tarde, cuando estuviera segura de que Hunter estaba dormido.

De repente, él se movió y Manda se preguntó si se habría girado hacia ella o si se habría acercado más. Abrió los ojos. Toda la habitación estaba oscura, tan sólo entraba ligeramente la luz de la luna a través de una de las ventanas. Percibió el perfil del cuerpo de Hunter y vio que él yacía dándole la espalda. Se sintió aliviada y volvió a intentar dormir, pero el tiempo pasaba y ella seguía despierta. Miró el reloj y vio que llevaba más de una hora en la cama.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Hunter—. ¿No te puedes dormir?

—Pensaba que estabas dormido. Me has asustado.

—Me parece que tenemos un problema, ¿no? —dijo Hunter—. Ninguno de los dos está acostumbrado a dormir con otra persona.

—Nunca he compartido mi cama con nadie —admitió ella.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Y qué pasó con Rodney y con Mike?

—Mike y yo no tuvimos ese tipo de relación. Desde luego, si nos hubiéramos casado habríamos dormido juntos.

—¿Y Rodney?

—Yo vivía todavía con mi abuela y ya sabes que ella nunca me habría permitido que un hombre pasara la noche en casa.

—¿Y en la casa de él?

—Rodney vivía con Claire y Chris y Claire también es bastante conservadora —le respondió Manda sin ninguna intención de contarle que todavía era virgen.

—Pues seguro que acabasteis un poco cansados del asiento de atrás de su coche —dijo Hunter provocando un silencio en Manda.

Rodney y ella sí habían estado en el asiento de atrás del coche de Rodney. Se habían besado, se habían acariciado y habían liberado el deseo sexual de cualquier modo imaginable, pero nunca habían llegado a hacer el amor. Después de la muerte de Rodney, ella se había arrepentido de haber esperado hasta el matrimonio para consumir su amor.

A partir de entonces, Manda casi no había salido con nadie. Siempre la había invadido la culpa cuando empezaba a interesarse por algún hombre. Se sentía infiel a Rodney. Por eso se había sentido cómoda con Mike desde el principio. Nunca se había sentido atraída sexualmente hacia él. Se habrían casado, pero los dos habrían seguido amando a sus anteriores parejas.

Ella era una mujer que quería un hombre. Lo necesitaba, en su vida y en su cama. Añoraba el matrimonio y tener hijos, un tipo de vida que los demás daban por hecho. Pero esta química que existía entre Hunter y ella no era lo que quería. Nunca podría amarlo. No quería volver a sufrir.

De repente, Hunter la agarró de un brazo y ella se sobresaltó.

—Tranquila, no te voy atacar.

—Ya lo sé.

—Te voy a decir lo que creo que debemos hacer.

—¿Qué?

—Creo que nos deberíamos relajar. Estás muy tensa —dijo dándole un pequeño masaje en el hombro—. Te prometo que no te voy a hacer nada que tú no quieras...

—¿Qué sugieres que hagamos? —preguntó Manda sin poder

negarse a sí misma la tentación que Hunter suponía para ella.

—Creo que debería acercarme un poco más a ti para que tú te puedas acurrucar. Así está mejor, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Estás en mis brazos, estamos juntos en la cama y no va a pasar nada entre nosotros esta noche. Así que nos podremos relajar y dormir un poco. Cierra los ojos, muñeca, y ya verás como te duermes.

Hunter permanecía medio dormido y algo excitado, pero bastante contento de tener a Manda entre sus brazos. Ella se había quedado dormida finalmente. ¿Habría querido ella que pasara algo? Él pensaba que entendía bien a las mujeres y que sabía cuándo una mujer lo deseaba. Y estaba seguro de que Manda lo deseaba, pero tenía la sensación de que ella le tenía miedo al sexo. ¿Estaría todavía enamorada de Rodney? Deseaba que alguien lo hubiera querido de esa manera.

Manda era una mujer a la que había que amar y cuidar, pero el destino le había jugado una mala pasada. Cuando todo se solucionara, ella podría ser libre de nuevo y casarse y tener hijos. Merecía ser feliz y él iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para darle esa oportunidad.

Finalmente se durmió, pensando en Manda.

La despertó el teléfono. Se dio cuenta de que el pecho de Hunter le había servido de almohada. Se apartó para contestar el teléfono y él gruñó.

—¿Dígame?

—Manda, estás siendo una chica mala —le murmuró una voz lentamente—. Tendré que castigarte. Si no rompes tu compromiso, me veré obligado a matar a Hunter. ¿Es eso lo que quieres, ser responsable de la muerte de otro hombre?

—¿Quién demonios es usted? —gritó Manda llena de terror, pero la otra persona ya había colgado el teléfono.

Hunter se incorporó y la agarró suavemente de los hombros. Ella lo miró fijamente.

—¿Era él? —preguntó Hunter. Manda asintió—. ¿Le has reconocido la voz? ¿Era una voz deformada? —ella volvió a asentir y

empezó a temblar y a llorar. Se abrazó a Hunter llevada por la urgente necesidad de fuerza y comprensión. Él la abrazó—. No te preocupes, Manda. Yo estoy aquí y no tienes nada que temer. Él no nos puede hacer nada. Sólo estaba intentando asustarte para que te sometieras a su voluntad. Pero esta vez no vas a dejarlo ganar.

—Me dijo que si no rompía mi compromiso contigo, te mataría.

—No me va a matar nadie —dijo Hunter mientras la acariciaba con suavidad—. Vamos a atrapar a ese tipo, ¿me has oído? —Manda asintió, pero no dijo nada. Hunter alcanzó el teléfono—. Voy a llamar a la policía para que identifiquen esta llamada.

Cuando acabó su conversación con la policía, Hunter se dispuso a acariciar a Manda en la cara, pero ella se alejó de él bruscamente y salió de la cama.

—No quiero ser responsable de la muerte de otro hombre que quiero —dijo ella furiosa, saliendo de la habitación y percibiendo que Hunter la seguía.

No tenía ni idea de adónde se dirigía, casi no sabía lo que estaba haciendo. Lo único que sabía era que quería escapar y alejarse de la culpa, de la furia, del dolor y de la pérdida.

Hunter intentó alcanzarla, pero ella siguió corriendo. Finalmente la alcanzó y los dos cayeron al suelo. Él la abrazó con fuerza y ella, sin apenas poder respirar y con su cara apoyada en el cuello de Hunter, lloraba y lloraba. No podía parar los sollozos que procedían de lo más hondo de su alma. Él no dijo nada, simplemente dejó que se liberara de ese terrible tormento.

Cuando los sollozos cesaron, Hunter la levantó en sus brazos y la llevó hacia el cuarto de estar. Se sentó en un sillón y la mantuvo en su regazo. Manda sintió que él era el único en el mundo que podía hacer que ella no se volviera loca esa noche. De repente, se sintió exhausta. Se relajó en los brazos de Hunter. Bostezó y él la tapó con una manta. Ella suspiró y experimentó una sensación de seguridad que no había vuelto a tener desde su infancia. Estaba a salvo. A salvo en los brazos de Hunter Whitelaw.

Capítulo 8

MANDA había pasado la mañana haciendo su trabajo e intentando no pensar en la extraña llamada de teléfono que había recibido ni en el hecho de haber pasado toda la noche en los brazos de Hunter. Se había portado como un caballero.

Lisa entró en el despacho de Manda con una taza de café.

—Es un hombre increíble —dijo Lisa mientras le daba el café a Manda—. Lleva toda la mañana al teléfono. No es que yo estuviera escuchando, pero...

—¿Me estás intentando decir algo?

—¿A qué mujer no le gustaría un hombre como ése? Yo no tendría miedo de nadie si tuviera a alguien como Hunter Whitelaw. Ha llamado a su oficina y ha pedido refuerzos. Le dijo al jefe de policía que habías recibido una de esas llamadas de amenaza.

—Hunter es un agente de seguridad profesional. Él está llevando esta situación como si fuera una parte de su trabajo y, además, la policía debe saber lo que está pasando.

—¿No puedes identificar la llamada con tu teléfono?

—Sí. Llamaron desde una cabina del centro de Dearborn. Hunter informó a la policía esta mañana y enseguida identificaron el número.

—Es tan eficiente, ¿verdad? —dijo Lisa suspirando.

—¿Te apetece ir a almorzar? —preguntó Hunter de repente, asomándose por la puerta.

Manda lo miró y sintió un cosquilleo en el estómago. Parecía incapaz de controlar su reacción puramente instintiva hacia Hunter.

—Prefiero comer algo aquí —contestó—. No tengo mucho tiempo. ¿Te importa que pidamos unos sándwiches?

—En absoluto. Haremos lo que quieras.

—Señor Whitelaw —dijo Lisa—, usted es demasiado bueno para ser verdad. ¿No tendrá un hermano que quisiera salir conmigo?

—Lo siento, soy hijo único —dijo Hunter sonriendo mientras Lisa salía del despacho y él cerraba la puerta.

—¿Tienes unos minutos? —le preguntó a Manda.

—Claro. ¿Pasa algo? ¿Ha ocurrido algo que yo no sepa? Por favor, no quiero que me ocultes nada. Te prometo que no me pasará lo de anoche. Normalmente soy más fuerte.

—No te preocupes, todo el mundo se desmorona alguna vez. No ha pasado nada nuevo, pero el jefe de policía me ha dado una información que puede que tenga que ver con nuestra misteriosa llamada.

—¿Qué tipo de información?

—Parece que un policía que estaba patrullando la zona anoche recuerda con claridad haber visto a dos de nuestros sospechosos en el centro entre las dos y las tres de la madrugada. Una extraña coincidencia, ¿no crees?

—¿A quién vio el policía?

—Grady Alder era uno de ellos. El oficial lo paró por saltarse un semáforo.

—¿Grady? ¿Qué estaba haciendo Grady a esas horas de la madrugada?

—Le dijo al policía que venía de casa de una amiga, que estaba un poco distraído y que por eso se había saltado el semáforo. Su historia es creíble, pero el hecho de estar en el centro a esas horas hace pensar que podría estar en la zona de la cabina a la hora en que tú recibiste la llamada.

—¿Quién era la otra persona? —preguntó Manda, con cierta repugnancia.

—Bueno, en realidad el policía no vio a la otra persona, pero sí su coche.

—¿El coche de quién?

—De Chris Austin.

—¿Le han preguntado a él?

—Sí, pero él niega que fuera su coche. Claire y él dicen que estuvo en casa toda la noche. El policía no comprobó la matrícula, pero no hay muchos Ferraris como el de Chris en Dearborn.

—Probablemente Claire creía que Chris estaba en casa. Ella no mentiría por él. Así que ahora Grady y Chris están al principio de tu lista de sospechosos.

—Ya estaban al principio, pero esto confirma mis sospechas. Cualquiera de los dos podría ser nuestro lunático.

—No puedo creer que ninguno de los dos haya sido capaz de convertir mi vida en un infierno. Los dos parecen tenerme bastante afecto y los conozco desde hace años.

De repente, Lisa entró bruscamente en el despacho con una expresión de terror en su cara.

—¿Qué sucede, Lisa? —le preguntó Manda temblando.

—Lisa —dijo Hunter levantándose—, dinos lo que pasa.

—Una llamada de teléfono —informó finalmente Lisa, con un nudo en la garganta—. Dijo...dijo que moriríamos todos.

—¿Quién llamó, Lisa? —preguntó Hunter agarrando a Lisa de los hombros—. ¿Fue eso todo lo que dijo?

—No sé quién era, pero era una voz rara. Y dijo... dijo que moriríamos todos porque tenía que hacer algo para que Manda lo escuchara. Hay una bomba...

—¿Dónde hay una bomba? ¿Aquí, en la clínica? —preguntó Hunter y Lisa asintió—. Tenemos que evacuar la clínica enseguida, sin alarmar al personal o a los pacientes. ¿Nos puedes ayudar, Lisa? Te necesitamos.

—¿Qué quieres que haga? —dijo Lisa con decisión.

—Manda, llama a la policía y diles que vamos a hacer saltar la alarma de incendios, pero que no hay ningún fuego, que hemos tenido una amenaza de bomba y que tenemos que evacuar la clínica lo más rápidamente posible. Lisa, ¿sabes cómo activar la alarma de incendios?

—Sí.

—Pues ve a hacerlo. Y si alguien te pregunta, les dices que es un simulacro de incendio.

Manda llamó a la policía y les explicó la situación. Cuando sonó la alarma de incendios, Hunter la agarró del brazo y salieron del despacho. Ella no se podía creer lo que estaba sucediendo. ¿Cómo podía ese lunático poner en peligro las vidas de tantas personas? Eso no podía seguir así. No podía consentir que se arriesgaran las vidas de otras personas.

Cuando pasaron por delante del despacho de Boyd, él se dirigió corriendo hacia ellos, con una expresión de terror en la cara.

—¿Qué pasa? ¿Hay fuego?

—Es un simulacro de incendio —respondió Hunter.

—¿Y quién lo ha autorizado? —preguntó Boyd mientras corría detrás de ellos.

—Yo —dijo Manda.

—¿Por qué lo has hecho?

Finalmente salieron a la calle y cruzaron al otro lado. Hunter se giró hacia Boyd, que los había seguido.

—Ha habido una amenaza de bomba —explicó Hunter—. Tenemos que hacer que todo el mundo se aleje de la clínica. La bomba podría hacer volar todo el edificio.

—¿Una bomba? —dijo Boyd palideciendo—. ¿Por qué? ¿Quién...? Manda, seguro que esto tiene que ver contigo y con la persona que mató a Mike Farrar y... ¿Te das cuenta de que has puesto en peligro la vida de todo el mundo en la clínica?

—Cállate, Gipson —le ordenó Hunter—. Tienes cosas más importantes que hacer que culpar a alguien de lo que está sucediendo.

—Sí, tienes razón —Boyd recapacitó—. Lo siento, Manda...

—No te preocupes —dijo ella—. Hunter tiene razón. Tenemos que alejar a la gente lo más posible.

Cuando llegaron los bomberos y la policía, el personal y los pacientes de la clínica ya habían sido evacuados. Boyd se quedó con el jefe de policía mientras esperaban a que el equipo de explosivos inspeccionara todo el edificio. Hunter se quedó con Manda.

—Ya han pasado más de veinte minutos desde que Lisa recibió la llamada —calculó Hunter—. Quizá nos llamó con mucho tiempo para que nos diera tiempo a evacuar a la gente. O algo le ha salido mal.

—No creo que Chris, Grady o Boyd sepan cómo fabricar una bomba —dijo Manda.

—Hoy en día lo podría hacer hasta un niño de diez años. Cualquiera que tenga acceso a un ordenador puede obtener las instrucciones detalladas minuciosamente. Pero puede ser que nuestro hombre haya contratado a un profesional.

—De una cosa estoy segura —dijo Manda—. No es Boyd. Él nunca haría nada que pudiera destruir la clínica. La clínica es su vida.

—Quizá. Pero será mejor que esperemos al equipo de explosivos antes de tomar una decisión.

—Tú no confías en nadie, ¿verdad? —le preguntó Manda mientras observaban trabajar a los servicios de urgencia.

—Eso no es verdad. Confío en la gente que se ha ganado mi confianza, personas como mis compañeros en la agencia de Dundee. Y siempre he confiado en Perry. Él nunca me ha decepcionado —dijo Hunter provocando en Manda un sentimiento de culpa por la mentira que le contó a su abuela hacía años. Hunter no parecía ser el tipo de hombre que podía llegar a perdonar.

—¿Por qué tardan tanto? —preguntó ella nerviosamente. No podía ni imaginar cómo se habría sentido si esa bomba hubiera explotado y hubiera matado a alguien de la clínica. ¿Habría podido soportar el sentimiento de culpa? De repente, oyó que alguien la llamaba. Vio que Perry y Grady se dirigían hacia ella.

—¡Dios mío, Manda! Cuando me he enterado, he venido inmediatamente a ver si estabas bien —dijo Perry.

—Yo me he saltado todos los límites de velocidad —dijo Grady—. No me puedo creer lo que está pasando. ¿Estáis seguros de que hay una bomba en la clínica?

—Lo único que sabemos es que ese tipo llamó a mi despacho y le dijo a mi ayudante, Lisa, que había puesto una bomba en la clínica y que íbamos a morir todos porque tenía que hacer algo para que yo lo

escuchara.

—¡Oh, Manda! No empieces a culparte a ti misma. No es culpa tuya.

—Desde luego que no es culpa suya —añadió Grady—. Espero que la policía haga algo para atrapar a ese tipo. Debe de estar loco.

—No necesariamente —dijo Hunter—, puede ser un tipo muy inteligente, aunque ligeramente desequilibrado.

—¿Estás diciendo que una persona en su sano juicio puede hacer algo así? —lo increpó Grady.

—Sólo estoy diciendo que no tiene porqué ser un enfermo mental.

—Creo que deberíamos llevar a Manda a casa —dijo Grady—. Manda, ¿quieres que Perry y yo te saquemos de aquí?

—Manda no va a ninguna parte sin mí —aseveró Hunter, provocando un enorme sentimiento de rabia en Grady.

—No me puedo ir hasta que encuentren la bomba —decidió Manda—. Perry, deberías ir a casa a decir a la abuela y a Gwen que estoy bien. Grady, tú te podrías pasar por casa de Claire y Chris...

—Chris fue el que nos llamó y nos contó lo que estaba pasando. Claire y él van a venir ahora —dijo Perry—. Y seguro que la abuela y Gwen vendrán también.

Una hora más tarde, el jefe de policía se acercó a Hunter y a Manda para informarlos de la situación.

—Hemos buscado por todas partes y no hemos encontrado nada. Me temo que ha sido una falsa amenaza de bomba, señorita Munroe. Yo diría que alguien está haciendo todo lo posible por asustarla.

—Y yo diría que lo están consiguiendo —dijo Manda.

—¿Nos necesita para algo más? —preguntó Hunter.

—Creo que tengo toda la información que necesito. Váyanse a casa. Ya me pondré en contacto con ustedes. Señor Whitelaw, si yo fuera usted, no la perdería de vista.

—No se preocupe, no tengo ninguna intención de hacerlo —dijo Hunter sujetando a Manda de la cintura.

Manda sentía el viento acariciar su cara. Mantenía los ojos cerrados mientras Hunter conducía el viejo descapotable de su abuelo y se dirigía a lugares desconocidos.

—¿Adónde vamos? —le había preguntado ella.

—Lo más lejos posible de Dearborn —le había contestado Hunter.

Llevaban viajando al menos cuatro horas y sólo habían parado una vez. Ninguno de los dos había hablado mucho; la nostálgica música de la radio los había capturado y les había silenciado las palabras. Manda no podía creer que Hunter la hubiera alejado de todo el mundo. Le había dicho a todos que él cuidaría de Manda y que ella los llamaría por la mañana. Entonces él le había ofrecido su mano y se había ido con él. En ese preciso momento se habría ido con Hunter a cualquier parte. En un espacio muy corto de tiempo había empezado a confiar en él y a pensar que era su protector y su salvación.

Mientras comían en un bar de carretera, le había preguntado a Hunter por qué no la había llevado a casa después de irse de la clínica.

—Quiero que por una noche te olvides de lo que te está pasando —le había dicho

él.

—Antes de que las cosas empeoren.

—Podrás pensar en eso mañana. Esta noche tienes que intentar pensar que no tienes ninguna preocupación en el mundo.

Le había costado dejar de lado todas sus preocupaciones, pero finalmente aceptó esas horas robadas de libertad como un regalo de Hunter.

Llegaron a la costa al atardecer. Hunter paró el coche, salió y abrió unas impresionantes puertas de hierro. Volvió a subir al coche y atravesó la puerta hacia el camino que había al otro lado.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Manda.

—Es una antigua mansión, pero ahora está en ruinas. La propiedad pertenece a uno de los agentes de Dundee. La heredó de una tía suya. Nos dio la llave para que pudiéramos venir cuando quisiéramos. Creo que hay una playa cerca de la casa —dijo Hunter. Condujo el coche por el camino de grava hasta que llegaron a las ruinas de la vieja mansión. Después, desde lo alto, vieron la playa—. ¿Quieres dar un paseo por la playa?

—¡Claro! —respondió Manda.

Se quitaron los zapatos y se subieron los pantalones. Manda no podía creer que estuviera haciendo una cosa así. Hacía años que no había hecho algo de manera espontánea.

Se dirigieron a la playa de la mano. La arena mantenía el calor del sol del día, pero el agua que les salpicaba los pies estaba helada. Mientras caminaban por la playa, Manda se sentía feliz y libre. Se soltó de la mano de Hunter y empezó a correr, retando a Hunter a que la persiguiera. Él la alcanzó y la levantó en sus brazos y empezó a darle vueltas hasta que ella le rogó que la bajara. Cuando por fin la dejó en la arena, Manda se giró hacia él y le rodeó el cuello con sus brazos.

—¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó Hunter.

—Sí —contestó ella mientras él le rozaba los labios con los suyos —. Sí —repitió, sabiendo que Hunter entendía que le estaba dando permiso.

Capítulo 9

LO miró con ojos llenos de deseo. Manda necesitaba algo más que cariño de un amigo. Hunter sabía que hacía mucho tiempo que ella había estado con un hombre y también sabía que Manda era una mujer que se tomaba las relaciones en serio. No como su ex mujer. Cuanto más tiempo pasaba con Manda, más se daba cuenta de lo diferente que era de Selina.

Él le podía ofrecer a Manda una breve relación sexual y podía hacer que los dos la disfrutaran. El peligro y las situaciones extremas añadían intimidad y estrechaban los lazos entre la clienta y el guardaespaldas. En otras ocasiones se había sentido atraído por algunas de sus clientas, pero nunca había permitido que las relaciones profesionales se convirtieran en relaciones personales. Pero con Manda era diferente. Ella era algo más que una clienta. No sólo era la hermana de su mejor amigo, sino la chica que para él siempre había sido la mujer ideal. Si hacía el amor con Manda se cumpliría una vieja fantasía sexual, y sospechaba que ella le pasaría lo mismo.

¿Cómo se podía resistir a lo que Manda le estaba ofreciendo? Tendría que ir despacio y con delicadeza. Quería dedicarle esa noche a ella. De repente se dio cuenta de que no tenía preservativos. Los hubiera llevado si hubiera sabido lo que iba a pasar.

La rodeó con sus brazos, bajó la cabeza y la sumergió en un beso lánguido, tierno, suave y seductor. Ella le acariciaba el pelo suavemente con una mano y acercó más su cuerpo al de Hunter. Él deslizó sus manos hacia las caderas de Manda y la presionó contra él

haciendo que su sexo se encontrara con su miembro excitado.

El beso se tornó violento y apasionado. Él no parecía saciarse de ella y Manda sentía un deseo igualmente salvaje. Hunter sumergió la mano en su falda y deslizó sus curiosos dedos hacia el interior de las medias al mismo tiempo que buscaba su lengua con una excitación fiera que le resultaba difícil contener.

Quería poseerla. Allí. En ese preciso instante. Y ella también lo deseaba. Hunter se arrodilló y la atrajo hacia él. Manda le desabrochó la camisa mientras él le besaba el cuello, cautivado por el perfume que desprendía su piel.

Hunter deseaba fervientemente explorar todo su cuerpo, conocer cada rincón de esa mujer. A pesar de su estado de excitación, se dio cuenta de que una cama de arena no era el lugar ideal para hacer el amor. Lo había intentado en otras ocasiones, cuando era más joven, y le había parecido todo menos ideal. Levantó a Manda en sus brazos y se dirigió hacia la vieja casa de la playa.

—Hunter —murmuró Manda.

—Vamos a ver si este lugar tiene una cama.

—No estoy segura... Yo... —dijo ella agarrándose fuertemente a su cuello.

—No te preocupes. Todo saldrá bien —la tranquilizó Hunter—. Y, con lo que he pensado, estarás protegida, si eso es lo que te preocupa.

Ella respiró profundamente y Hunter silenció cualquier intento de protesta con un beso que hizo que se abandonara a él completamente. Sin dejar de besarla, abrió la puerta y cruzaron el umbral. En medio de la oscuridad, pudo percibir lo que parecía ser el único mueble de la casa, una mesa grande llena de polvo. El sitio era una pocilga. No era precisamente el lugar ideal para pasar una noche de amor inolvidable.

Con Manda en sus brazos, miró en todas las habitaciones, pero estaban vacías, ni siquiera había un colchón. Cuando bajó a Manda al suelo, ella lo miró fijamente.

—No te preocupes. Lo único que necesito es estar contigo.

—Deberías tener velas y música y sábanas de raso. Lo siento,

Manda, esto no ha sido una buena idea. He perdido la cabeza —dijo muriéndose de deseo.

—Quiero estar contigo —admitió ella mientras recorría el pecho de Hunter con sus dedos—. He querido pertenecer a ti desde que tenía dieciséis años. Si hubieras venido a mí, yo no habría dudado en entregarme a ti y no me habría arrepentido de que tú fueras mi primer amante.

—Yo te deseaba —le confesó, excitado por sus palabras—, pero tuve el sentido común para no arrebatarte tu inocencia. Ya no eres una adolescente, pero esta noche sigues siendo igual de vulnerable y yo he estado a punto de aprovecharme de ti. Lo siento, Manda.

—No lo sientas. No has hecho nada que yo no quisiera —dijo llevando una de las manos de él hacia sus labios con una seguridad que hizo pensar a Hunter que Manda no era tan inocente y que tendría mucha experiencia con los hombres.

—Sigues siendo una bruja tentadora... Y tú lo sabes, ¿verdad? Hay algo que me duele muchísimo —añadió Hunter dirigiendo la mano de Manda hacia su cremallera para que sintiera su erección—. Me estás haciendo señales. Si la respuesta es «no», será mejor que mantengamos una distancia antes de que explote.

—Oh, lo siento..., yo no quería... hace mucho tiempo que... —dijo Manda, pero de repente abrió la mano y la extendió sobre los pantalones de Hunter.

Él estaba tan sorprendido que no dijo nada cuando ella le bajó la cremallera e introdujo su mano por la abertura de sus calzoncillos. Cuando sintió los dedos de Manda sobre su miembro, gruñó de deseo y ella empezó a mover la mano con un ritmo regular. Eran unos movimientos algo torpes, impropios de una mujer que hubiera hecho eso hacía poco tiempo. Pero a Hunter no le importaba y aleccionó a Manda poniendo una mano sobre la de ella. Con la otra mano le acariciaba el pecho. La dureza de su pezón le indicaba lo excitaba que estaba.

—¿Estás segura de que quieres...?

—Estoy segura —dijo ella inclinándose hacia él.

Manda continuó acariciándolo mientras lo besaba y, cuando

introdujo su lengua en la boca de Hunter, él alcanzó el clímax. Gimió de placer y poco después, cuando desapareció el efecto del orgasmo, sacó un pañuelo y limpió la mano de Manda y su propio sexo. Después, abrazó a Manda y la besó mientras la llevaba hacia la mesa del centro de la habitación. Cuando le desabrochó la blusa, Manda lo detuvo.

—¿No te has quedado satisfecho? —dijo ella.

—Desde luego que sí, ¿cómo puedes dudarlo? Ahora me toca a mí darte placer.

—Pero... no lo entiendo. ¿Cómo puedes estar preparado para hacerlo otra vez?

—Créeme, no estoy preparado. Manda, cariño, tengo casi cuarenta años y no tengo la capacidad de volver a hacerlo tan rápido, pero eso no significa que no te pueda dar el tipo de placer que tú me has dado a mí.

—¡Ah! ¿Quieres decir que vas a...?

A Hunter le dio la impresión de que Manda nunca había llegado al orgasmo de esa manera. ¿No le habría devuelto Rodney o alguno de los otros tipos el placer que ella les hubiera dado? Desde luego, no se atrevía a preguntarle. Con otras mujeres no le habría importado, pero tenía la sensación de que Manda siempre se sentía incómoda cuando hablaban de sexo. Parecía más reprimida que cuando tenía dieciséis años. ¿Cómo podía reaccionar así una mujer de treinta y tres años? Sería mejor no pensarlo. Manda era una mujer que tenía necesidades, aunque ella no lo supiera.

Le abrió la blusa, se la quitó y se dispuso a desabrocharle el sujetador. Hunter respiró profundamente al ver los grandes pechos que aparecían al soltarse los tirantes. Volvió a excitarse y el deseo creciente en su interior lo incitó a actuar de nuevo.

—Eres una belleza, Manda Munroe —dijo él.

—Tócame los pechos, Hunter, me duelen de deseo.

Él inclinó la cabeza hacia uno de los pechos y lo chupó, al principio con suavidad; después, cuando dirigió su boca hacia el otro pezón, sus labios se agarraron intensamente. Manda gimió de placer. Mientras los labios de Hunter mantenían su atención en los pechos,

empezó a subirle la falda hasta la cadera. Entonces la tumbó completamente sobre la mesa y la atrajo hacia él hasta que sus caderas estaban casi en el borde. Le quitó las medias. Ante él había una mujer magnífica con necesidad de ser amada.

Le abrió las piernas y acarició el punto más sensible de sus partes íntimas. Ella gimió, y cerró las piernas para atrapar la mano de Hunter, moviéndose como si quisiera algo más.

—Tranquila, cariño. Te voy a dar justo lo que necesitas.

Manda dejó de pensar racionalmente. Bajo las habilidosas manos de Hunter, ella se había convertido en un cuerpo tembloroso lleno de añoranza sexual, una mujer desesperada porque su deseo fuera satisfecho.

¿Cómo podía haber perdido el control tan rápidamente? Cuando había estado con Rodney, se había acostumbrado a utilizar la mano para darle un orgasmo y él había hecho lo posible por hacer lo mismo con ella. Había ocurrido en algunas ocasiones. Él había sido el único hombre que la había tocado tan íntimamente, pero en ese momento Manda quería eso de Hunter.

Si era sincera consigo misma, tenía que admitir que quería más, mucho más.

No quería que Hunter parara. Se moriría si él no le diera el placer que ella necesitaba.

Hunter detuvo el movimiento de sus dedos y sacó la mano del interior de las piernas de Manda.

—Por favor, Hunter. Por favor —suplicó Manda agarrándole la mano.

Él no hizo caso a sus súplicas. De repente, levantó las piernas de Manda y las colocó por encima de sus hombros. Ella puso sus manos extendidas sobre la mesa a ambos lados de las caderas mientras él besaba sin cesar cada parte de su cuerpo, encendiendo de manera salvaje lo más profundo de su sexualidad. Esa sensación se duplicó cuando Hunter le acarició los pechos. Finalmente, invadida por el deseo, Manda perdió sus fuerzas y se abandonó completamente a sus sentidos.

—Cuando pensé traerte aquí, no imaginé que ocurriría esto —dijo

Hunter—. No estoy preparado. Quizá deberíamos volver al coche y buscar un motel.

—No, Hunter, por favor, no quiero que mi primera vez sea en un motel de carretera.

—¿Tu primera vez? —dijo Hunter sorprendido—. ¿Estás intentado decirme que nunca...? ¿Cómo puede ser posible? ¡Tienes treinta y tres años!

—Pensaba que lo sabías. Ya te expliqué que Mike y yo no hicimos nada y que con Rodney... Bueno, Rodney y yo hicimos algunas cosas, pero... teníamos pensado esperar hasta nuestra noche de bodas.

—¿Y todos los tipos con los que estuviste antes de Rodney? Tuviste más novios que muchas otras chicas. ¿Me estás diciendo que nunca permitiste...?

—Nunca —confesó Manda, provocando una risa en Hunter—. ¿Qué te parece tan gracioso?

—Si supieras la cantidad de veces que he pensado en todos esos tipos con los que te podías haber acostado —dijo Hunter mientras Manda se bajaba de la mesa y empezaba a vestirse—. No tenía ni idea de que te estuvieras reservando para mí durante todos estos años.

—No tengo ninguna intención de hacer el amor con alguien que no sea mi marido —afirmó ella reaccionado al tono de burla de Hunter.

—Muy bien. Podré esperar hasta el sábado. No será fácil, pero...

—¿De qué estás hablando?

—Nos vamos a casar el sábado a las seis. ¿No te acuerdas? El sábado por la noche seré tu marido y ya no habrá razón por la que no podamos terminar lo que hemos empezado hoy.

A la mañana siguiente, Manda y Hunter llegaron quince minutos tarde a la clínica. Habían estado conduciendo durante la noche y habían llegado a casa al amanecer. Se habían ido a dormir nada más llegar y Manda casi no se había podido levantar para ir a trabajar.

Durante todo el día, había visto cómo Hunter la observaba y, cuando sus miradas se encontraban, él le sonreía con complicidad. Cada vez que pensaba en que el siguiente sábado Hunter se

convertiría en su marido, no podía controlar la tremenda excitación de sus sentidos. Era un matrimonio de conveniencia, simplemente pensado para atrapar a un asesino, pero si su matrimonio fuera verdadero, ella sería la mujer más feliz del mundo. Se dio cuenta de que se había vuelto a enamorarse de Hunter. Quizá la chispa de esa vieja atracción nunca se había apagado y ella nunca había dejado de amarlo.

¡No podía ser que estuviera enamorada de Hunter Whitelaw! Lo que sentía no podía ser más que una fuerte atracción sexual. Hunter era atractivo y viril y poseía algo que hacía que una mujer se sintiera realmente mujer. Cuando él la había besado, lo había hecho como un hombre que realmente la deseaba y cuando la había acariciado ella se había excitado inmediatamente. Con él, había experimentado un placer que nunca había experimentado antes. Sólo el hecho de pensar cómo sería hacer el amor con él le disparaba todos sus sentidos. No estaba segura de que pudiera resistir la tentación de la noche de bodas.

—¿Nos vamos? —le preguntó Hunter, acercándose a ella cuando llegó la hora de salir del trabajo.

—Sí. Voy a ordenar estas carpetas y nos vamos.

A la salida de la consulta, Lisa los detuvo unos instantes.

—Manda, ¿te importaría pasarte por la sala de empleados? El doctor Pierce te ha dejado un regalo y se ha olvidado traerlo.

—No te preocupes, pasamos por la sala al salir.

Cuando llegaron a la sala de empleados, Hunter se detuvo y, en lugar de abrirle la puerta, como era su costumbre, se apoyó en la pared y se cruzó de brazos.

—Te espero aquí —dijo él.

—¿Me vas a dejar que entre ahí yo sola? —dijo ella con tono burlón.

—Grita si me necesitas.

Manda abrió la puerta y vio cómo unas cuantas mujeres se dirigían hacia ella. Se dio cuenta de que habían adornado la sala con lazos y con globos y que la mesa estaba llena de cosas de comer.

Justo en el momento en que Gwen se acercaba a abrazar a Manda,

Lisa entró en la habitación.

—¿Te has sorprendido? —dijo Lisa.

—Mucho —respondió Manda.

—No podíamos dejar pasar esta ocasión sin una pequeña despedida de soltera —explicó Claire besando a Manda en la mejilla —, así que Gwen y yo decidimos llamar a todo el mundo y aquí estamos.

—Sois muy amables —dijo Manda con los humedecidos por las lágrimas. Se sintió culpable al ver a todos sus seres queridos, incluso a su abuela, que iba a darle su apoyo a pesar de su disconformidad con el matrimonio—. Abuela, te quiero. Gracias por haber venido.

—Y yo te quiero a ti, mi pequeña.

—Ven, Manda —le pidió Gwen agarrándola del brazo—. Tienes que abrir un montón de regalos.

Manda abrió todos los regalos. Muchos de ellos eran ropa interior sexy y lujuriosa para su noche de bodas. Finalmente, Gwen le dio el último regalo a Manda. Abrió la caja y vio que en su interior había otra pequeña caja rectangular envuelta en papel negro.

—Lisa, por favor, ve a llamar a Hunter.

—¿Qué pasa? —preguntó Lisa.

—No estoy segura, pero no creo que ninguna de vosotras me daría un regalo envuelto en papel negro.

Capítulo 10

—¿QUÉ pasa? —dijo Hunter abriéndose paso entre el grupo de mujeres que rodeaban a Manda.

—Esto es lo que pasa—contestó ella mostrándole la caja rectangular—. No creo que ninguna de las personas que están aquí me haría un regalo envuelto en papel negro.

—Déjame que lo lleve fuera y le eche un vistazo.

—Por favor, ten cuidado —le pidió Manda agarrándolo del brazo. Él se inclinó hacia ella y la besó.

—No te preocupes. Tú quédate aquí y no te muevas hasta que yo vuelva.

—Tranquilo —dijo Claire moviéndose hacia Manda—. Nosotras cuidaremos de ella.

Hunter salió y se alejó del edificio. Abrió el paquete y vio que dentro había una hoja de papel doblada. ¿Sería otra carta? Se metió la caja en el bolsillo antes de disponerse a desdoblar el papel.

El mensaje era breve, pero directo. ¡Maldición! Si ese lunático había hecho algo para herir a... Hunter deseaba que simplemente se tratara de otra falsa alarma. Volvió a la sala y se dirigió hacia Manda.

—¿Qué hay en la caja? —preguntó ella.

—Otra carta de amenaza —respondió él.

—¿Eso es todo?

—Ésta es diferente de las otras. Es una amenaza específica.

—Déjame leerla —Hunter le dio la carta y Manda leyó con rapidez y en voz alta el breve mensaje—. «¿Por qué no me escuchas? No quiero que muera nadie más, pero si te niegas a hacer lo que yo te digo, no me dejas otra elección. Éste es el último aviso. Esta vez,

Oxford. La siguiente, Hunter Whitelaw». ¡Oh no! Tenemos que ir a casa ahora mismo.

—¿Qué pasa, Manda? —le preguntó su abuela.

—Creo que ese maníaco le ha hecho algo a Oxford.

—¿Quién podría hacer una cosa así? Ve, querida, y comprueba que ese precioso perro está bien —le aconsejó Barbara.

—Yo me encargaré de los regalos —le dijo Gwen—. Todo el mundo entiende que te tengas que ir. No te preocupes.

Manda y Hunter corrieron hacia el coche y se dirigieron rápidamente a casa de Manda. Cuando llegaron, Manda saltó del coche y se dirigió corriendo hacia la parte de atrás de la casa gritando el nombre del perro. Cuando Hunter fue hacia donde ella estaba, vio a Oxford agonizando en el porche. Manda se arrodilló para examinar al perro.

—Todavía respira —anunció ella.

—Déjame ver —dijo Hunter, arrodillándose también—. No parece que tenga ninguna herida. Probablemente lo hayan envenenado. Lo tenemos que llevar al veterinario lo antes posible —levantó al perro del suelo y le dio las llaves del coche a Manda—. Abre la puerta, después entra en el coche y yo te doy al perro.

Unos minutos más tarde, estaban de nuevo en el coche, dirigiéndose hacia el pueblo.

—No te preocupes, todo va a salir bien —le dijo el veterinario a Manda—. Por cierto, no fue un envenenamiento.

—¿Ah no?

—No. Le dieron pastillas para dormir. ¿Quién le haría una cosa así a nuestro Oxford? Ha vomitado todas las pastillas, pero todavía seguirá durmiendo unas horas.

—¿Lo podrían haber matado?

—Desde luego. Alguien quería que Oxford no volviera a despertar.

—¿Nos lo podemos llevar a casa?

—Si no os importa espera un poco más, os lo podréis llevar cuando se despierte.

Dos horas más tarde, Manda, Hunter y Oxford llegaron a la granja

de los Whitelaw. Oxford ya estaba completamente despierto, aunque sus patas todavía estaban algo inestables. Hunter pensó que Manda necesitaba distraerse y sugirió que fueran a cenar a la granja para que Oxford pudiera estar al aire libre hasta que oscureciera. Manda accedió inmediatamente.

Después de todo lo que había pasado, Hunter sabía que lo próximo sería un ataque contra su propia vida. Esa noche, o la noche siguiente. Su lunático iba a atacar antes del día de la boda y el tiempo se les estaba acabando. Hunter quería saber si el maníaco habría contratado a un profesional o si habría hecho el trabajo él mismo. Dejándose guiar por su experiencia, Hunter apostaba por un profesional. Se imaginaba que el ataque sería al día siguiente por la noche.

En la consulta del veterinario había llamado a la agencia de Dundee para solicitar un agente de refuerzo. Ellen le había dicho que Wolfe estaría a su disposición tanto tiempo como lo necesitara. Hunter confiaba en Wolfe, aunque él nunca hablaba de su vida privada. Se imaginaba que era tan enigmático porque le habría pasado algo horrible, si no, ¿por qué tanto misterio?

Ellen también le había dicho que podría mandar a Matt y a Jack al día siguiente por la tarde. Él había aceptado su oferta, sabiendo que ellos lo podrían ayudar a asegurar el éxito de la misión. Y al día siguiente, la prioridad sería mantener a Hunter con vida.

—Estás haciendo un buen trabajo, Hunter —dijo Manda—. Siempre estás ahí para salvarme.

—Ése es mi trabajo —Hunter sabía en el fondo que el caso de Manda no era simplemente una cuestión de trabajo. Esos días se había dado cuenta de que Manda era algo más que una niña rica y mimada.

—Si tratas a todos tus clientes así, la demanda de tus servicios debe de ser muy alta.

—Este caso es algo más que trabajo para mí —dijo Hunter sentándose a su lado en uno de los escalones del porche—. Y tú lo sabes.

—Sí, ya sé que estás haciendo esto por Perry.

—Acepté el caso porque Perry me lo pidió —admitió Hunter—, pero también te tengo cariño a ti. Y no por ser la hermana de Perry.

—Parece que te enfada admitir que me tienes cariño.

—¡Maldita sea, Manda! ¿Tenemos que discutir? Simplemente créeme cuando te digo que te tengo cariño y que haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte...

—Te creo —dijo ella.

—¿Pero?

—No hay «peros» —ella se levantó—. ¿Dónde cenamos?

—¿Qué te parece que cenemos en el jardín? —sugirió él—. Hace una buena noche de primavera y podemos sacar una manta y hacer un picnic.

—Me parece estupendo, pero ¿es seguro?

—Sí, deberíamos estar seguros aquí. Nadie sabe dónde estamos. Y si por una casualidad remota aparece alguien, estoy preparado.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? Lo creas o no, tengo hambre.

Extendieron la manta en una parte del jardín rodeada de árboles frutales. El sol se estaba poniendo y el sol estaba cubierto de colores anaranjados. Hunter abrió una botella de vino y Manda sacó toda la deliciosa comida que habían comprado. Se sentaron uno enfrente del otro, rodeados por el canto nocturno de algunos insectos.

Oxford ya parecía totalmente recuperado, pero a Manda no parecía desaparecerle la tensión que sentía en el estómago. Ya había perdido mucho a lo largo de los años y no podría soportar ninguna otra pérdida. Ni siquiera Oxford era inmune a la maldición de Manda Munroe.

Se preguntaba qué iba a hacer con sus sentimientos hacia Hunter. No podía hacerle saber que se estaba enamorando de él. Eso la haría mucho más vulnerable de lo que ya era. Si Hunter supiera que lo amaba, no dudaría en dar el siguiente paso. No podía negar lo mucho que deseaba ese acto final de intimidad física. Cuando tenía dieciséis años había soñado que Hunter era su amante. En ese momento podía hacer realidad ese sueño.

—¿Vino? —le ofreció Hunter. Ella aceptó, pero no bebió hasta que

él no llenó su propio vaso y pudieron brindar—. Por una noche pacífica.

—Sin duda brindo por eso —dijo Manda. Oxford se dirigió a ella alegremente—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres un sándwich?

—Tienes muy mimado al perro —dijo Hunter sonriendo—. Piensas que es un bebé en vez de un perro.

—Me gusta mimarlo. En cierto modo, él es mi bebé.

—Lo siento, Manda. Comprendo que si alguno de tus matrimonios hubiera salido como tú lo habías planeado, ahora tendrías hijos. Tienes todo el derecho a colmar a Oxford de atenciones.

—¿Y tú? —preguntó Manda—. ¿Has querido alguna vez tener una familia? ¿Quieres tener hijos algún día?

—Cuando me casé con Selina, pensé que tendríamos un niño muy pronto, pero ella no estaba preparada, así que decidimos esperar. Menos mal. Selina habría sido una madre terrible. Era demasiado egoísta y mimada y no habría permitido anteponer las necesidades de un niño a las tuyas.

—¿Crees que yo soy así?

—Yo pensaba que eras una niña mimada cuando tenías dieciséis años, pero has crecido desde entonces. Por supuesto que no pienso que seas como Selina.

—Pero antes sí lo pensabas, ¿verdad? Me has estado comparando con tu ex mujer desde que llegaste a Dearborn.

—Tienes razón. Pero me equivoqué. Salvo algunas pequeñas similitudes, Selina y tú no os parecéis en nada.

—Me lo tomaré como un cumplido. Bueno, ¿y cuáles son esas pequeñas similitudes?

—¿De verdad lo quieres saber?

—Sí, de verdad.

—Bueno, la conociste en la boda de Gwen y Perry, así que ya sabes que era rubia y muy bella. Y además procedía de una familia muy rica de Virginia y siempre estaba rodeada de hombres. Todas esas similitudes fueron suficientes para sentir curiosidad por ella cuando la conocí.

—¿Me estás diciendo que te sentiste atraído por Selina porque te recordaba a mí? —preguntó Manda con el corazón acelerado.

—No me di cuenta al principio, y quise negarlo cuando Perry me lo mencionó. Pero supongo que si soy sincero conmigo mismo y también contigo, tendré que admitir que me sentí atraído por Selina porque pensé que había encontrado a alguien como tú, pero más cercana a mi edad.

—Entonces, te sentías atraído por mí cuando yo me comportaba como una estúpida para llamar tu atención. Y durante todo ese tiempo yo pensaba que me tolerabas porque era la hermana pequeña de Perry.

—Bueno —dijo Hunter con una sonrisa—, de alguna manera eso era verdad. Lo único que me impedía comerte a besos era que eras la hermana de Perry, pero me estabas volviendo loco.

—Entonces, ¿me deseabas?

—Ya sabes que sí. Pero, Manda, no podía tomarte en serio, sólo tenías dieciséis años.

—Gracias, Hunter.

—¿Por qué?

—Por ser sincero conmigo —dijo Manda con seriedad. De repente se oyó el ruido de un trueno y les deslumbró la luz de un relámpago.

—Tendremos que cenar dentro si la tormenta se acerca más —dijo Hunter.

—Me encanta estar aquí fuera. Quizá la lluvia nos deje disfrutar un par de horas más.

Comieron y bebieron, hablaron y se rieron, dejando de lado sus preocupaciones durante unas cuantas horas. Hunter poseía la habilidad de saber lo que ella necesitaba y de alguna manera siempre se lo daba. Después de cada incidente traumático, se la había llevado y le había proporcionado paz, tranquilidad y seguridad. Pero los dos sabían que el peligro estaba ahí, esperándolos.

Limpiaron los restos de la comida y pusieron todo en los escalones del porche. Las oscuras nubes se habían alejado, llevándose la tormenta más hacia el Este, pasando Dearborn de largo.

—¿Quieres que demos un paseo antes de volver a tu casa?

—Sí, me apetece mucho —dijo Manda. Caminaron en silencio de la mano, rodeados de naturaleza y paz—. Hemos hecho un buen trabajo esta noche al no hablar de dos temas muy importantes.

—¿Y cuáles son esos temas? —preguntó Hunter.

—Lo que pasó entre nosotros anoche y lo que probablemente va a ocurrir antes de nuestra boda.

—Lo que pasó anoche tenía que pasar —dijo Hunter mientras saltaba una valla y ofrecía su ayuda a Manda—. Los dos nos deseamos mutuamente. Siempre que ninguno de nosotros espere algo más que sexo, no veo ninguna razón por la que nuestra amistad no pueda incluir ser amantes. Tú decides, Manda.

—Entiendo —dijo ella, decepcionada por las palabras de Hunter.

—¿Estás de acuerdo? —dijo él agarrándola de la mano.

—Estoy de acuerdo en que los dos nos deseamos, pero tendré que pensar en tus condiciones para una relación íntima.

—Muy bien. Piénsalo.

—¿Ya no vamos a hablar más de este tema?

—¿Qué más hay que decir?

—Entonces, de acuerdo, pasemos al siguiente tema. Nuestra boda será el sábado, dentro de dos días. Si él va a atentar contra tu vida, va a ser pronto, quizá hoy, quizá mañana.

—Ya lo sé —Hunter se detuvo y miró fijamente a Manda. Los dos sabían que lo peor estaba por llegar—. Creo que atacará mañana por la tarde, durante la cena de despedida. Entre toda la gente que habrá, a un profesional le será muy fácil mezclarse con la multitud.

—Me voy a poner muy nerviosa. ¿Cómo te puedes proteger a ti mismo si no tienes ni idea de que quién es, ni de cómo o cuándo atacará?

—Lo creas o no, he estado en circunstancias peores y he sobrevivido.

—¿Cuándo eras un miembro de Delta Force?

—Sí. Y también un par de veces desde que estoy en la agencia de Dundee.

—¿Disfrutas arriesgando tu vida?

—No, no lo disfruto, pero en cada uno de esos casos, había un

trabajo que hacer y yo estaba entrenado para hacerlo —dijo Hunter mirando con seguridad a Manda a los ojos—. Van a venir unos agentes de refuerzo de la agencia de Dundee, uno esta noche y dos mañana por la tarde.

—Eso me hace sentir un poco mejor —suspiró Manda.

Él la atrajo hacia sus brazos y ella lo abrazó inclinando su cabeza sobre el fuerte pecho de Hunter. De repente, Oxford ladró. Manda se sobresaltó y Oxford siguió ladrando mientras veían que algo o alguien se movía detrás de un arbusto. Manda sintió cómo el pánico le invadía todo el cuerpo y se preguntó si el asesino los habría seguido hasta la granja de los Whitelaw. ¿Qué pasaría? ¿Habría un tiroteo?

—¿Hunter?

—Shh. Quédate detrás de mí y si hay un tiroteo tírate al suelo.

—De acuerdo.

—Si hay alguien ahí, que salga ahora mismo —gritó Hunter mientras sacaba su pistola.

Una figura alta y delgada salió entre las sombras. Manda se quedó sin respiración. En la luz del crepúsculo, vio los ojos verdes más peligrosos que había visto nunca.

Capítulo 7

—¡MMALDITA sea, Wolfe! Casi me matas de miedo.

—Perdonad que os haya asustado —respondió el hombre—, pensaba que me estabais esperando.

—Yo pensaba que irías directamente a casa de Manda cuando llegaras a las diez y media, pero has llegado pronto y al lugar equivocado.

—Sí, he llegado pronto —dijo Wolfe—, pero ya era casi de noche cuando llegué y pensé que os habríais ido de la granja. Sin embargo, cuando pasé por la casa de la señorita Munroe no estabais allí, así que vine aquí directamente. Siento haberla asustado —se dirigió a Manda—. Llamé varias veces antes de entrar en la granja y pensaba hacerlo otra vez, cuando el perro empezó a ladrar.

—No se preocupe —dijo Manda mirando a Wolfe con una extraña fascinación.

—¿Nos vamos a casa? —le preguntó Hunter a Manda con un tono más áspero de lo normal que le hizo pensar a ésta que quizá estuviera celoso.

—Sí —dijo Manda—. Ya casi es de noche. ¿Se quedará con nosotros, señor Wolfe?

—Llámeme Wolfe simplemente. Sí, me quedaré en su casa hasta...

—Hasta que nos vayamos de luna de miel el sábado por la noche —dijo Hunter.

—Si es que hay una luna de miel —le recordó Manda.

—Podríamos atrapar a nuestro hombre mañana, señorita Munroe —dijo Wolfe—. En ese caso, no habría necesidad de seguir adelante

con la boda.

—No, no habría ninguna razón —dijo Hunter rodeando fuertemente a Manda por la cintura.

Media hora más tarde, Hunter le mostraba a Wolfe la habitación de invitados de la casa de Manda. A pesar de sus breves momentos de celos, se alegraba mucho de que Wolfe estuviera allí.

—No me gusta nada echarte de tu cama —dijo Wolfe—. Podría haber dormido en el sofá.

—No hay necesidad de eso —lo tranquilizó Hunter—. En realidad, no he estado utilizando esta habitación. Estoy durmiendo con Manda. Nuestra relación es complicada —añadió, ante el silencio de Wolfe—. Viene de muy lejos. Somos amigos y yo... yo le tengo mucho cariño. El bienestar de Manda es importante para mí por varias razones.

—No me debes ninguna explicación —dijo Wolfe—. Ellen te envía una recopilación de toda la información que tenemos sobre todas las personas clave en la vida de Manda. Hemos estudiado los hechos varias veces y hay algunas cosas que no cuadran.

—¿Como qué?

—Como el hecho de que la muerte del primer del novio no parezca ser nada más que un accidente. La policía local realizó una investigación del accidente y no había pruebas de nada más. Y antes de la muerte de Rodney Austin, Manda no recibió ninguna carta de amenaza. Aparte del hecho de que tanto Austin como Farrar estuvieran prometidos a Manda Munroe, ni sus vidas ni sus muertes tenían ningún otro parecido.

—Perry ha intentado convencer a Manda de que Rodney no fue asesinado, pero ella no se puede sacar de la cabeza que quien mató a Mike también mató a Rodney.

—Estamos bastante seguros de que la persona que mató a Mike Farrar fue un hombre. O eso o una mujer lo suficientemente fuerte como para poder levantar su cuerpo. El informe de la policía dice con claridad que el cuerpo de Farrar no recibió el disparo al lado del río. Lo mataron en otro sitio y luego se lo llevaron al río.

—Lo cual no excluye necesariamente a mis sospechosas —dijo

Hunter—. Puede ser que contrataran a un asesino.

—Entonces, no hay revelaciones muy importantes en estos informes. De todos modos, quizá tú los quieras leer. Como conoces a la gente que está involucrada, puede que veas algo que nosotros no hemos visto.

—Gracias. Duerme con un ojo abierto, ¿de acuerdo? Existe la posibilidad de que nuestro hombre aparezca esta noche, para echar un último vistazo antes de decidirse a matar.

—No me gusta que hables así —dijo Manda, que aparecía por la puerta—. Parece como si no tuvieras miedo, como si no te importara que alguien intente matarte.

—Manda, cariño, lo siento. No sabía que estabas escuchando. Hasta mañana, Wolfe —se despidió Hunter, agarrando a Manda del hombro y dirigiéndola hacia su habitación. Cuando llegaron, él cerró la puerta.

—Hunter, no vamos a... con él aquí no.

—He cerrado la puerta para que tengas intimidad, no porque tenga la intención de atacarte.

—¡Ah! Entiendo.

—Pareces decepcionada.

—No estoy en absoluto decepcionada —dijo quitándose su albornoz y metiéndose en la cama.

—No me importaría que lo hiciéramos esta noche —susurró Hunter con tono de broma—. Quizá hayas cambiado de opinión sobre la noche de bodas —añadió mientras se dirigía al baño.

—No he cambiado de opinión, Hunter —dijo Manda. Se levantó de repente de la cama y golpeó con fuerza la puerta del cuarto de baño.

—¿Qué quieres? —preguntó Hunter—. ¿No puede un hombre ducharse tranquilo?

—Cuando dije que no había cambiado de opinión, no quería decir que hubiera accedido a... a que fuéramos amantes la noche de bodas.

—Métete en la cama y descansa —le aconsejó Hunter, asomándose por la puerta—. Mañana nos espera un día duro.

—Hunter, recuerda que yo no he accedido a nada.

—Deja de preocuparte. Puede que las cosas se solucionen mañana y no haya necesidad de seguir adelante con la boda.

—Espero que tengas razón.

—Sí, yo también.

Manda se abrazó a la almohada y apagó todas las luces de la habitación salvo la lámpara de Hunter. Permaneció despierta escuchando el sonido de la ducha. No podía evitar pensar en el cuerpo desnudo de Hunter. Si fuera tan atrevida como lo había sido durante su adolescencia, se quitaría el camisón y se metería con él en la ducha. Su cuerpo se estremeció. Si ella se lo pidiera, él le haría el amor esa misma noche.

Ya había esperado a la noche de bodas en dos ocasiones. Deseaba que Rodney y ella no hubieran esperado o que hubiera tenido una relación más íntima con Mike. Su vida estaba llena de arrepentimientos. ¿También tendría que arrepentirse de no haber hecho el amor con Hunter cuando él volviera a Atlanta?

Pero tenía que recordar algo muy importante: si el plan funcionaba, sería libre para amar y ser amada y para encontrar a un hombre maravilloso que quisiera compartir su vida con ella. Hunter Whitelaw no era ese hombre. Sólo estaba en su vida de manera temporal y cuando acabara su trabajo se iría. Él no le había hecho creer otra cosa y ella había sido una estúpida al querer algo más.

Manda no conseguía dormir. Podría fingir estar dormida cuando Hunter fuera a la cama. Si las predicciones se hacían realidad, sólo tendría que sobrevivir una noche más compartiendo la cama con Hunter. Si atraparan al asesino al día siguiente, la historia de horror que había estado viviendo durante tantos años por fin terminaría.

Sonó el teléfono y Manda se sobresaltó. Encendió la luz, miró el identificador de llamadas de su teléfono y vio que era Perry.

—Hola, Perry.

—¿Cómo estás, Manda? —dijo una voz extraña—. ¿Preparada para el gran día? Es una pena que una vez más no vayas a tener novio. Cancela la boda o Hunter morirá.

Hunter salió del cuarto de baño, envuelto en una toalla.

—¿Era él?

—Sí. Ha utilizado el teléfono móvil de Perry. ¿Cómo lo habrá conseguido? ¿Le habrá hecho algo a Perry? —dijo Manda mientras marcaba nerviosamente el número de su hermano.

—Déjame hablar con Perry —pidió Hunter sentándose en la cama.

—Pregúntale si sabe que le han robado el teléfono móvil —dijo Manda acercándose más a Hunter—. Quiero oír todo lo que dice.

—Residencia Munroe —contestó la voz al otro lado del teléfono.

—¿Perry?

—¿Hunter? ¿Eres tú?

—Sí. Escucha, Manda acaba de recibir una llamada desde tu teléfono móvil.

—¡Maldita sea! No sé dónde perdí el teléfono, ni siquiera sé si lo perdí —dijo Perry—. Al volver de la oficina, fui a sacarlo de mi maletín para llamar a Gwen y el teléfono no estaba.

—¿Cuándo fue la última vez que lo utilizaste? —preguntó Hunter.

—Ayer —respondió Perry—. Pero sé que todavía estaba en mi maletín anoche, porque lo vi cuando fue a sacar un documento.

—¿Quién ha tenido acceso a ese maletín desde anoche?

—No lo sé... Bueno, aquí en casa, la abuela, Gwen y el mayordomo; pero no creo que lo tenga ninguno de ellos. Y en el trabajo está Grady y las secretarias.

—¿Alguien más? ¿Hubo alguien en tu casa anoche además de la familia?

—Sólo Boyd Gipson. Pasó anoche para ver si Manda estaba aquí.

—¿Tuvo acceso a tu maletín en algún momento?

—No sé. Bueno, espera un momento. Lo dejé solo unos minutos mientras iba a por hielo a la cocina.

—Entonces, eso significa que él podría haber robado tu teléfono —dijo Hunter—. ¿Y hoy en la oficina? ¿Has estado con alguien que no sea la gente con la que trabajas habitualmente?

—Chris y Claire se pasaron por la oficina. Chris parecía estar muy enfadado porque la policía lo había interrogado sobre la noche en la que Manda había recibido la llamada de amenaza. Él asegura que estuvo en casa, en la cama. Y Claire jura que él estaba allí. Sólo

querían asegurarse de que Chris no tendría problemas legales.

—¿Estuvo Chris en algún momento solo en tu despacho? ¿Pudo haber robado él tu teléfono?

—Creo que no.

—¿Y Claire?

—Claire nunca haría una cosa así —dijo Manda, acercándose aún más al teléfono.

—Estoy de acuerdo —opinó Perry—, pero ahora que lo dices, sí hubo un momento en que Claire estuvo sola en mi despacho. Yo salí unos minutos a buscar un documento y Chris fue al cuarto de baño.

—Gracias, Perry —dijo Hunter—. No te preocupes mucho por esto. Manda está a salvo. Ha venido un compañero de la agencia de Dundee.

—Si hay algo que pueda hacer, avísame —le rogó Perry—. Y, Manda, si quieres que vaya a tu casa esta noche...

—No, Perry, no hace falta. Tengo dos guardaespaldas profesionales. Estaré bien. Hasta mañana —dijo Manda y Hunter colgó el teléfono—. ¿Crees que volverá a llamar?

—Quizá —respondió Hunter.

—A lo mejor aparece sin avisar y hace alguna locura, como volar toda la casa o destrozar todas las ventanas.

—Eso es bastante improbable —dijo Hunter—. Me parece que en este momento nuestro maníaco no te quiere hacer daño a ti. Todavía no te has casado ni has... ni has tenido una noche de bodas.

—¿Cómo podría él saber que yo...? Yo ni siquiera le he contado a Perry que soy...

—¿Hay alguien a quien le hayas confiado que todavía eres virgen?

—A mi abuela y a Claire —confesó Manda ruborizándose.

—¿A nadie más?

—Sólo a ti.

—Si suena el teléfono, espera y deja que yo lo conteste —dijo Hunter volviendo al cuarto de baño.

—De acuerdo.

Unos minutos más tarde, él volvió al dormitorio con el pijama puesto. Manda apagó su lámpara y se tumbó boca arriba. Permaneció

quieta, respirando con profundidad y esperando a que Hunter dijera algo, pero no lo hizo. Miró hacia donde él estaba y se dio cuenta de que estaba tumbado de lado, contemplándola.

—¿Me estás mirando? —le preguntó.

—Sí.

—Me dijo que si no cancelaba la boda, morirías.

—Él va a intentar matarme, pero yo no voy a morir.

—Si te pasa algo...

Sonó el teléfono. Manda se quedó sin respiración, pero lo descolgó.

—Manda...Manda...Manda...

Agarrando el teléfono fuertemente, escuchó esa voz que repetía su nombre sin parar. Sin mensaje. Sin amenaza. Inmediatamente después de que colgara, Hunter llamó al jefe de policía para que localizara la llamada.

No pudieron dormir. Después de una tercera llamada, alrededor de la una y media de la madrugada, Hunter y Manda decidieron levantarse. De camino a la cocina se encontraron con Wolfe. Todavía estaba vestido. Era obvio que no se había ido a la cama.

—Voy a hacer café —informó Manda—. ¿Tenéis hambre? Podría cocinar algo.

—Sólo café, gracias —dijo Hunter.

—¿Crees que la compañía telefónica podrá localizar el teléfono de Perry? —preguntó Manda.

—Probablemente.

Wolfe entró en la cocina silenciosamente. Hunter había notado en más de una ocasión que David Wolfe poseía las habilidades de un guerrero y el misterio de una persona entrenada para matar.

—¿Quieres algo de comer, Wolfe? —le preguntó Manda.

—No, gracias —dijo Wolfe mirando con intensidad hacia el exterior—. Creo que voy a salir a dar un paseo. Estaré fuera un rato, así que me tomaré el café cuando vuelva —se dirigió al porche y desapareció en mitad de la noche.

—Es un hombre extraño —dijo Manda—. ¿Qué sabes de él? Parece muy triste.

—¿Triste?

—Seguro que ha sufrido mucho. Se le puede ver en los ojos. Están llenos de dolor. ¿Ha perdido a algún ser muy querido?

—No tengo ni idea. No es un tipo demasiado hablador, por si no te has dado cuenta.

—Pensaba que los hombres como vosotros compartíais las historias de vuestras aventuras y de las mujeres que pasan por vuestras vidas.

—Wolfe no comparte nada con nadie —dijo Hunter—. Además, un hombre no habla de las mujeres que le importan de verdad. Por cierto, pareces estar muy interesada en Wolfe. ¿Tendré competencia tan sólo a menos de cuarenta y ocho horas de nuestra boda? —le preguntó en tono burlón, provocando una mirada de desaprobación en Manda—. Lo siento, sólo quería ponerle un poco de humor a la situación. Pareces muy nerviosa. No te preocupes, Wolfe está ahí fuera asegurándose de que todo anda bien, y yo estoy aquí, a salvo.

—Ya lo sé, pero yo voy a estar nerviosa hasta que esto se acabe —dijo Manda poniendo el café en las tazas y llevándolas hacia la mesa—. ¿Por qué tardan tanto en localizar esa llamada?

—No ha pasado tanto tiempo —Hunter se acercó a Manda y la rodeó desde atrás con sus brazos.

—Tengo miedo hasta de descubrir quién es —dijo ella cerrando los ojos y sintiéndose segura en los brazos de Hunter—. ¿Qué pasará si se trata de alguien que conozco de verdad?

—Ya trataremos con ellos cuando suceda —dijo Hunter, sabiendo que seguramente el asesino sería una persona conocida. El teléfono volvió a sonar—. Yo contesto —se ofreció—. Aquí Whitelaw, dígame.

—Señor Whitelaw, soy el jefe de la policía. Hemos encontrado el teléfono. Alguien lo ha dejado encendido deliberadamente, quizá para que lo encontráramos. Nuestro hombre está jugando con nosotros.

—¿Y dónde lo dejó?

—En el buzón de Perry Munroe.

—¡Hijo de perra! Ha tenido el detalle de devolver el teléfono.

—Estamos buscando huellas, pero creo que no habrá ninguna.

Mañana enviaré a alguien a casa de los Munroe para que les haga algunas preguntas. Supongo que usted sospecha lo mismo que yo, ¿verdad, señor Whitelaw?

—Que se trata de alguien que ha hecho este tipo de cosa antes.
Un asesino a sueldo.

Capítulo 12

MANDA había sonreído tanto que le dolían las mandíbulas. Se suponía que el ensayo iba a durar quince minutos, pero después de media hora, Gwen no estaba satisfecha e insistió en que volvieran a hacerlo todo de nuevo. Los invitados a la fiesta ya estaban llegando. Lo último que quería Manda en ese momento era celebrar una cena de despedida, pero Hunter y Perry le habían dicho que si no lo hacía podría ser sospechoso.

Gwen parecía estar realmente preocupada por que todo saliera bien.

—Aprecio mucho todo lo que has hecho, Gwen —le dijo Manda—. Sé que mañana todo será perfecto en gran parte gracias a ti.

—Todos queremos que seas feliz Manda, después de todo lo que has sufrido. A pocas mujeres se le muere su prometido días antes de la boda. Y en dos ocasiones —Gwen tenía una furia en la mirada que Manda nunca había visto en ella—. No te tomes a mal mis palabras, Manda, querida, sólo quiero lo mejor para ti.

Manda no supo qué decir. Afortunadamente vino su abuela a pedir ayuda para recibir a los invitados, impidiendo que Gwen siguiera hablando y le dijera verdaderamente lo que pensaba de ella.

—Querida, vamos a saludar a los invitados —Perry se acercó a Gwen y la agarró fuertemente del brazo—. Y recuerda que quieres mucho a Manda y que estás muy emocionada por ella.

Cuando Perry se llevó a su mujer hacia la puerta por la que entraban los invitados, Hunter se acercó a Manda.

—Gwen te odia —le dijo.

—Sí. Creo que no me ha perdonado nunca que Rodney me prefiriera a mí —contestó Manda. Miró a Hunter con atención y se dio cuenta de que estaba más atractivo que nunca. Se había comportado con ella como un verdadero novio durante todo el día. ¿No se daba cuenta de que una simple caricia suya la mantenía en un estado de permanente excitación?

—Realmente Gwen no quiere verte feliz.

—¿Crees que podría ser ella?

—Es posible. Quizá piense que no tienes derecho a ser feliz porque ella es muy desgraciada. No sé cómo Perry puede soportar estar casado con una mujer que obviamente no lo ama. Tu hermano merece algo mejor.

—Parecen contentos. Gwen es la mujer perfecta para un hombre con aspiraciones políticas, y debes saber que Perry tiene planes para entrar en el Congreso.

—Creo que Perry se ha conformado con menos de lo que quiere —dijo Hunter—. Y, dejando de lado sus aspiraciones políticas, apuesto a que lo dejaría todo si encontrara a la mujer adecuada.

—Vaya, vaya, Hunter, no sabía que fueras tan romántico.

—Es la luna —contestó Hunter algo avergonzado—. Y los preparativos para la boda. Me estoy poniendo sentimental y... —acarició el sedoso vestido de Manda— me estás excitando.

—Pórtate bien, Hunter —le pidió Manda riéndose—. No estamos solos. Siempre estás pensando en lo mismo.

—Simplemente estoy deleitándome al pensar en nuestra noche de bodas.

—Deberías estar pensando en mantenerte vivo. Estás ignorando la realidad.

—No estoy ignorando nada. Mira a ese camarero de ahí. Es Matt O'Brien, un agente de Dundee. Y ¿ves a ese fotógrafo que está en el pasillo? ¿No lo reconoces?

—¡Es Wolfe!

—Exacto. Y fuera hay otro agente de Dundee, Jack Parker. Los tres van armados y están preparados para cualquier cosa que pueda pasar esta tarde.

—Lo dices con demasiada calma, cuando los dos sabemos que lo que puede ocurrir esta tarde es un atentado contra tu vida.

—Pon un gesto más alegre —dijo Hunter—. Nuestros invitados ya están llegando y se preguntarán por qué no está sonriendo la novia.

—Es que estoy harta de sonreír como una idiota.

—Prepárate, cariño, aquí vienen tus admiradores.

—¿Qué? —dijo ella mientras veía cómo se acercaban hacia ella Grady, Boyd y Chris—. Supongo que tendré que ser amable y bailar con cada uno de ellos esta noche...

—Sí, un baile como premio de consolación. Desde luego, a mí no me gustaría que me ofrecieras sólo eso...

—¡Cállate! —exclamó Manda mientras se daba la vuelta hacia sus admiradores—. Gracias por venir esta noche.

—Te deseo mucha felicidad —dijo Boyd—. Enhorabuena, Hunter, eres un hombre muy afortunado.

—Sí, ya lo sé —replicó Hunter. Boyd se alejó para hablar con Gwen y Perry.

—Manda, estás guapísima, como siempre —dijo Chris.

—Verdaderamente, estás radiante, Manda —le dijo Grady.

—Gracias —respondió Manda.

—Whitelaw, eres un hombre valiente —exclamó Chris—, ¿no tienes miedo a la maldición de Manda Munroe?

—No le hagas caso —dijo Grady—. Es un idiota.

—Soy un hombre enamorado —dijo Hunter a Chris intentando aplacar su furia—. Yo lo arriesgaría todo por casarme con Manda. ¿Tú no, Chris?

—Sí, yo también, pero ella nunca me ha querido, así que nunca he estado realmente en peligro.

—Todo esto de la maldición es ridículo —comentó Grady—. Manda no tiene la culpa de que un hombre no pueda soportar la idea de que se case con otro. Si yo fuera la policía, te estaría investigando a ti, Chris. Tú parece ser el que tiene más motivos que nadie.

—Caballeros, si nos perdonan —dijo Hunter—, Manda tiene otros invitados con mejores modales que no sacarán temas tan desagradables.

—Lo siento mucho —se disculpó Grady.

—Yo también lo siento —dijo Chris—. Te pido que me perdones... Ya sabes que soy un mal perdedor.

Manda y Hunter se dirigieron hacia el patio y en el trayecto saludaron a otros invitados que los felicitaban y les deseaban lo mejor. Manda cada vez se sentía más nerviosa. Había estado esperando que pasara algo en cualquier momento y un simple ruido más alto de lo normal la sobresaltaba. Bailó con varios invitados, pero Hunter nunca estaba demasiado lejos de ella.

En un momento en el que Manda estaba intentando comer algo, Claire se acercó a ella.

—¿Tienes unos minutos, querida? Me gustaría hablar contigo a solas.

—Claro —dijo Manda, sabiendo que a Hunter no le iba a gustar la idea—. ¿Por qué no vamos al estudio? Voy a decirle a Hunter dónde voy a estar.

—No vas a ninguna parte sin mí —le ordenó él cuando Manda le contó adónde iba.

—Baja la voz, Claire te puede oír y puede pensar que no confías en ella. Además, el objetivo esta noche eres tú, no yo.

—Dile a Claire lo que quieras, pero yo voy a ir a donde vayas tú.

—Muy bien —concedió Manda, y se acercó de nuevo a Claire—. ¿Te importa mucho que Hunter venga con nosotras? Me temo que me quiere proteger demasiado y no me deja que esté fuera de su vista.

—No me importa en absoluto. Me alegro de que hayas encontrado a alguien que te quiera tanto. Estoy segura de que Rodney estaría muy contento.

Un sentimiento de tristeza invadió a Manda al recordar por un instante sus otras fiestas de compromiso. Había intentado no pensar en ello, pero a veces era inevitable.

—Es usted muy amable, señora Austin —dijo Hunter.

—Perdonad que os aleje de la fiesta unos minutos. Tengo un regalo para ti, Manda —cuando llegaron al estudio, Hunter se quedó esperando en la puerta y las dos mujeres entraron solas—. Manda, te quiero como si fueras mi propia hija y me hubiera encantado que

hubieras podido ser mi nuera —dijo Claire con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo también lo hubiera querido, Claire.

—Te compré un regalo cuando anunciaste tu compromiso con Rodney. Tenía pensado dártelo en la cena de despedida el día anterior a la boda. Éste es el regalo, querida —dijo Claire abriendo una pequeña caja de terciopelo y revelando unos pendientes de diamantes—. ¿Podrías aceptarlos y llevarlos puestos mañana? Significaría mucho para mí.

—Desde luego que sí, Claire. Me los pondré mañana —dijo Manda envolviendo a Claire en un fuerte abrazo—. Los guardaré siempre.

—Tengo que admitir que no me va a resultar nada muy fácil ver cómo te casas con otro hombre, pero...

—Tú siempre serás parte de mi vida. En mi corazón siempre has sido mi suegra y eso no cambiará nunca.

Claire abrazó de nuevo a Manda, la besó y salió del estudio.

—¿Estás bien? —le preguntó Hunter al ver llorar a Manda—. No ha tenido que ser muy fácil para ti.

—Ha sido mucho más difícil para Claire. Aunque ella desea que sea feliz, sé que se siente triste al saber que me voy a casar mañana.

—Cuando todo esto acabe, ¿crees que podrás amar a otro hombre, o te pasarás el resto de tu vida acordándote de Rodney?

—No tienes derecho a... —le espetó Manda, furiosa.

—Si nuestro compromiso fuera real, tendría todo el derecho del mundo a hacerte esa pregunta. Y algún día, algún hombre va a tener ese derecho. ¿Qué le vas a decir?

—Ese hombre tendrá que aceptar el hecho de que una parte de mí siempre amaré a Rodney. Mike y yo podríamos haber sido un buen matrimonio. Nos entendíamos perfectamente y aceptábamos el hecho de que los dos siempre amaríamos a otras personas.

—A mí no me importaría que siempre quisieras a Rodney, porque forma parte de tu pasado. Pero sí me importaría que nunca sintieras conmigo la misma pasión que sentiste con él.

—Entonces no tendríamos ningún problema —contestó ella con

sinceridad—. Siento más pasión por ti de la que nunca en mi vida he sentido por nadie. En eso consiste nuestra relación, ¿no? Atracción física y una pasión fuerte que supera incluso al sentido común.

—Si te puedes sentir así conmigo, te puede pasar lo mismo con el hombre al que ames. Y créeme, muñeca, ese tipo no me da pena. Me da envidia —dijo Hunter atrayéndola hacia él.

Las palabras de Hunter produjeron una felicidad inmensa en Manda. Hunter le acababa de hacer un gran regalo. Cuando la besó, ella se abandonó al placer del momento. Sintió el beso en cada parte de su ser y experimentó una explosión de sensaciones dentro de su cuerpo. Se moría de deseo por Hunter. Sólo por Hunter.

Se apretó contra él y pudo sentir su miembro excitado. Durante unos instantes gloriosos se olvidó de dónde estaba y de lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Pero, justo cuando el beso de Hunter se hacía más intenso, oyó una exclamación y se dio cuenta de que la puerta del estudio estaba completamente abierta.

—Estáis dando un espectáculo grotesco para cualquiera que pase por aquí —dijo Gwen—. Me alegro de que la abuela no haya visto esta escena tan vulgar.

—Cierra la puerta, Gwen, a no ser que quieras ver cómo me como a besos a mi prometida —contestó Hunter con tono burlón. Gwen cerró la puerta de un portazo.

—Tienes razón —dijo Manda sin poder contener la risa—. Me odia. Y ahora me tiene más envidia que nunca. Piensa que lo voy a tener todo: amor, pasión y una vida feliz.

—Tiene razón. Algún día tendrás todas esas cosas.

—No deberíamos quedarnos aquí mucho más —comentó Manda con tristeza, pensando que esas cosas nunca las tendría con Hunter. Tenemos invitados y la fiesta es en nuestro honor.

Varias horas después, la mayoría de los invitados se habían ido y Manda y Hunter se estaban despidiendo de su familia.

—Mañana tenéis que estar aquí a las tres —les dijo su abuela—, así el fotógrafo podrá hacer las fotos antes de la recepción.

—Te prometo que seremos puntuales —dijo Manda.

A pesar de la tensión que se podía respirar en el ambiente, de la hostilidad de Gwen y de la grosería de Chris, se lo habían pasado bastante bien en la fiesta. Manda casi había olvidado que podían haber sido atacados en cualquier momento.

Cuando se dirigían al coche, se dio cuenta de que todos los agentes de Dundee estaban fuera. Se le aceleró el corazón. Un sexto sentido le decía que estaban en peligro. Se agarró con fuerza al brazo de Hunter. Él se detuvo y se giró hacia ella.

—¿Qué pasa?

—No lo sé, pero estoy asustada.

—Intenta calmarte, ¿de acuerdo? Si pasa algo, recuerda que estamos haciendo lo posible por tener la situación bajo control.

Había mucho tráfico en la carretera y Manda estaba aturdida por el ruido de los coches. De repente, sintió sus pies más pesados de lo normal y sus movimientos se volvieron lentos. Miró hacia atrás y vio que su abuela y Perry estaban en la puerta. Era una escena irreal.

Como a cámara lenta, miró a Hunter y oyó el sonido horrible de un disparo. Notó que había movimiento. Los agentes de Dundee se dispersaron y saltaron a la acción. Hunter la empujó hacia el suelo, pero antes de poder cubrirla con su propio cuerpo, el primer disparo lo alcanzó y cayó hacia atrás.

Manda gritó desesperadamente. Se arrastró hacia Hunter, pero antes de que lo alcanzara, Jack Parker, con la pistola en la mano, fue hacia ella y la escudó con su propio cuerpo.

Manda luchó con todas sus fuerzas. Sólo quería estar con Hunter.

—¡Hunter! —gritó—. Por favor, dejadme ir con Hunter.

Si Hunter estaba muerto, ella también moriría.

Capítulo 13

HUNTER sintió como si hubiera recibido un fuerte golpe en el pecho. El que disparó debió de haber utilizado un rifle de precisión, lo que confirmaba su sospecha de que el loco admirador de Manda habría contratado a un profesional. Hunter permanecía en el suelo, agradecido a la eficacia de su chaleco antibalas.

Los gritos de Manda lo hicieron levantarse. Jack la soltó y ella se dirigió corriendo hacia Hunter. Él la agarró del brazo y la llevó con él hacia el interior de la casa.

—¿Estás bien? —le preguntó Manda—. ¿La bala no ha atravesado el chaleco? Cuando te vi caer, no estaba segura.

¡Dios mío, Hunter! Si te hubiera pasado algo... Por favor, dime que estás bien. Dime algo. Me estoy volviendo loca... —exclamó. Hunter la silenció con sus propios labios.

—Estoy bien. Puede que tenga un cardenal enorme en el pecho, pero no creo que tenga nada más.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gwen, que en ese momento bajaba por las escaleras—. Me ha parecido oír... —su frase se interrumpió al ver que el hombre que antes estaba aparcando los coches la apuntaba desde la puerta con una pistola.

—No te preocupes, Gwen —le dijo Perry—. No te asustes. Ese hombre es un agente de Dundee. Hay dos más que fingían trabajar en la fiesta.

Hunter sugirió a Manda que fuera con él al cuarto de estar. Cuando pasaron por delante de las escaleras, Gwen lo miró como si se sorprendiera de que siguiera vivo. ¿Esperaba Gwen que estuviera

muerto?

—¿Qué pasa? —preguntó Hunter.

—Cuando oí el disparo, pensé que quizá alguno de vosotros... que Manda o tú habíais muerto. Menos mal que estáis los dos bien.

—¿Me podría explicar alguien qué está ocurriendo? —exigió Barbara Munroe, que entraba en el vestíbulo—. Ha habido mucha excitación aquí esta noche.

—Alguien ha intentado matar a Hunter —explicó Manda—. Le han disparado.

—Así que ha vuelto a suceder —dijo Barbara mirando directamente a Hunter—. ¿Cómo es que a ti no te han matado? —preguntó. De repente, sonó el teléfono, sobresaltando a todo el mundo—. ¿Es ése nuestro teléfono? ¿Por qué no lo contesta Bobbie Rue?

—Bobbie Rue se ha ido a su casa —dijo Perry—. Y ése no es nuestro teléfono.

Jack hablaba tan bajo que Hunter no podía entender lo que estaba diciendo. Cuando Jack volvió a meter el teléfono en su bolsillo, entró en el cuarto de estar y se dirigió a Hunter.

—Era Matt —le explicó Jack—. La policía que estaba vigilando al otro lado de la calle vio a un tipo con un rifle. Antes de que pudieran atraparlo, salió huyendo en un coche. Pero lo están persiguiendo en estos momentos. Matt volverá a llamar.

—Cuando lo capturen nos podrá decir quién lo contrató, ¿verdad? —preguntó Manda—. Y después la policía podrá detener al que esté detrás de los asesinatos.

—Habla más alto, querida —dijo su abuela—. No podemos oír lo que estáis diciendo y es de muy mala educación hablar así.

—Perdona, abuela.

—Señora Munroe —dijo Hunter—, puede que la policía arreste pronto al hombre que me disparó. Cuando lo detengan, Manda y yo iremos a la comisaría.

—¿Es necesario? —preguntó Barbara—. Manda no debería exponerse a cosas tan desagradables.

—No lo entiendes, abuela. Este asesino profesional nos podrá

decir quién lo contrató.

—Es increíble —exclamó Gwen—. ¿Significa esto que la boda será pospuesta? En ese caso, tengo muchísimas cosas que hacer. Tendré que llamar a...

—No te preocupes —dijo Perry—. Todo saldrá bien. Te ayudaré a hacer todo lo que haya que hacer.

—No vamos a posponer la boda —informó Hunter.

—¿Ah, no? —exclamó Manda—. Pero si...

—Si la policía captura a ese hombre tendremos tiempo mañana por la mañana de cancelar la boda —murmuró Hunter.

—¿Piensas que podría escapar? —dijo Manda.

—Esperemos que no.

—Ya estáis murmurando otra vez —dijo Barbara—. Yo no te enseñé esos modales, Manda.

—Voy a hacer café para todos mientras esperamos las noticias —anunció Perry—. No creo que podamos dormir esta noche.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, después de que Perry sirviera el café en el cuarto de estar, el teléfono de Jack volvió a sonar y él lo contestó inmediatamente.

—Aquí Parker —dijo—. ¡Maldita sea! —hizo una pausa—. De acuerdo, se lo diré. Gracias, Matt. Volved Wolfe y tú a la casa de los Munroe y planearemos otra estrategia con Hunter.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hunter—. ¿Lo han atrapado?

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Manda.

—Lo estaba persiguiendo la policía, pero el tipo estaba conduciendo muy deprisa, perdió el control y chocó contra un árbol. Nuestro hombre está muerto. Matt dice que parece que se ha roto el cuello.

—Entonces, no sabremos quién lo contrató, no sabremos quién está detrás de las amenazas —dijo Manda desanimada.

—Eso significa que el maníaco deberá actuar solo si quiere evitar la boda de mañana.

Manda se miraba en el espejo de su antigua habitación en el hogar de los Munroe. A pesar de que sólo había dormido unas

cuantas horas, su hermano y su abuela no dejaban de decirle que estaba preciosa. El vestido de novia le quedaba perfecto. Había decidido dejarse el pelo suelto porque era como le gustaba a Hunter.

Se miró una vez más en el espejo. Estaba preparada. Preparada para entrar en un matrimonio que estaba condenado a un rápido divorcio. Se preguntaba si Hunter estaba tan nervioso como ella. Lo más seguro sería que no. Él no estaba tan involucrado emocionalmente como ella. Para Hunter, esa farsa era simplemente parte de su trabajo. Y si seguían adelante con la ceremonia y con la recepción y se iban de luna de miel, el sexo para él sería simplemente un nuevo triunfo.

De repente, llamaron a la puerta.

—¿Sí?

—¿Puedo pasar? —preguntó su abuela—. Tengo algo que quiero que te pongas hoy.

—Por favor, abuela, pasa —dijo Manda reconociendo el velo de la boda de su madre en las manos de su abuela.

—Ya sé que no querías un velo, pero pensé que quizá quisieras llevar éste para la ceremonia. Es el velo de tu madre —dijo Barbara a punto de llorar—. Te pareces tanto... Ella era una mujer preciosa. Sé que le encantaría que hoy llevaras el velo. ¿Te ayudo a ponértelo?

—Sí, por supuesto —dijo Manda. ¿Qué otra cosa podía decir? En el fondo de su corazón deseaba que su abuela no se lo hubiera ofrecido. Todo era una farsa y ella no quería herir a nadie. Mientras su abuela la ayudaba, Gwen entró corriendo en la habitación con el ramo de flores en la mano.

—Manda, te has dejado el ramo abajo —comentó Gwen.

—Gracias por traérmelo —dijo Manda.

—Hay que bajar dentro de cinco minutos. Abuela, ¿no crees que deberías ir bajando ya? —sugirió Gwen.

—Gwen, puede que tenga setenta y cinco años, pero soy perfectamente capaz de bajar las escaleras en menos de cinco minutos. Manda, eres una novia preciosa. Que seas feliz, querida —dijo Barbara antes de marcharse de la habitación.

—Eres una mujer muy valiente —le dijo Gwen a Manda cuando se

quedaron solas—. Yo no sé si habría podido seguir adelante con la boda, no si hubieran intentado matar a mi prometido la noche anterior.

—Hunter se niega a permitir que un maniaco nos impida casarnos. Le debo a él mi coraje.

—Al final has conseguido lo que querías, ¿no? —Gwen la miraba fijamente—. Quizá esta vez consigas casarte, pero me pregunto cuánto tardarás en convertirte en una viuda.

Manda se quedó sin respiración, pero ¿por qué se sorprendía de la sinceridad brutal de su cuñada? La amistad que habían llegado a tener se había acabado cuando Rodney Austin se había enamorado de Manda. A lo largo de los años, Gwen había fingido su afecto por Manda ante los demás, pero había mantenido una actitud fría en privado.

—Gwen, eres una víbora y espero que algún día mi hermano se dé cuenta de que puede encontrar a alguien mejor que tú.

—A lo mejor soy yo la que encuentra a alguien mejor.

—Nunca encontrarás a un hombre mejor que Perry, pero sí a alguien que te convenga más —dijo Manda mientras se oía la música que les indicaba que tenían que bajar.

—Ya ha llegado el momento —anunció Gwen—. Cuenta hasta veinte y después baja detrás de mí. Y cuando vayas caminando hacia el novio, recuerda que alguien le puede disparar en medio de la ceremonia.

Mientras bajaba las escaleras, Manda intentaba no pensar en lo que le había dicho Gwen, pero no podía borrar de la cabeza ese pensamiento que la aterrorizaba. Estaba rodeada de amigos y de su familia, pero ¿y si una de esas personas en las que ella confiaba estaba decidida a destruir su felicidad?

Cuando llegó a donde estaba Hunter, el reverendo empezó la ceremonia. Hunter llevaba un chaleco antibalas, pero eso no lo protegería de un tiro en la cabeza. Mientras Manda contestaba a todas las preguntas que le hacía el reverendo, rezaba para que a Hunter no le ocurriera nada.

—Yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia —dijo

finalmente el reverendo.

Hunter levantó el velo de Manda y la miró a los ojos fijamente. En ese momento, ella creyó ver amor en la expresión de Hunter, pero pensó que la imaginación le estaría jugando una mala pasada. Él la rodeó con el brazo y se dieron la vuelta hacia los invitados.

Caminaron por el pasillo con la música nupcial de fondo y salieron al patio donde iban a celebrar el convite. Se sentaron a la mesa que les correspondía y Wolfe apareció de repente y se puso a hacer fotos de los novios. Manda también vio a Matt O'Brien, que fingía ser uno de los camareros. Y sabía que Jack estaba fuera ayudando a aparcar los coches.

Todo el mundo se acercó a felicitarlos. Los primeros fueron Perry, Gwen y Barbara, después Claire y Chris. Grady se acercó acompañado de una atractiva mujer que se llamaba Constance y Boyd había ido con Lisa, aunque ésta le dijo al oído a Manda que no estaba saliendo con él.

La siguiente persona que se acercó era una mujer rubia, voluptuosa y extremadamente sexy, a la que Manda no conocía.

—Mis mejores deseos —dijo la mujer a Manda—. Felicidades, Hunter —añadió, dándole un beso en la mejilla.

—¿Quién es? —preguntó Manda cuando la mujer ya se había alejado.

—Mi jefa, Ellen Denby —explicó Hunter.

Manda se sintió aliviada al saber que no era una de sus ex novias.

Cuando la fiesta ya estaba acabando y se puso su ropa de viaje, Manda estaba muerta de miedo. El ataque que había estado esperando durante más de dos horas y media no se había producido. Pero todavía no estaban fuera de peligro.

—Dentro de unos minutos, ya estaremos en la limusina que nos llevará al aeropuerto —le dijo Hunter. Cuando estemos en el helicóptero, ya no habrá manera de que nos sigan.

—Creo que por lo menos me podrías decir adónde vamos.

—Vamos a un lugar tranquilo en el que estaremos seguros.

—No entiendo cómo seguir adelante con la luna de miel nos ayudará a atrapar a la persona que contrató a ese hombre para que te

matará.

—Si no ataca antes de que nos vayamos hoy, pasará la semana que estemos fuera pensando una estrategia —dijo Hunter.

—¡Qué bien! Así estaremos deseando llegar a casa.

—Me alegro de ver que no has perdido tu sentido del humor —observó Hunter, y besó a Manda en la frente.

Los invitados los esperaban al pie de la escalera. Ella bajaba con el ramo de flores y, cuando llegó a la mitad de las escaleras, se detuvo para lanzarlo al grupo de solteras que se agrupó delante de ella.

Manda se dio la vuelta, levantó el ramo de flores y lo lanzó hacia atrás. Se giró y vio cómo Lisa atrapaba el ramo, perdía el equilibrio y se caía justo encima de Perry. Él la sostuvo en sus brazos y ella lo miró y sonrió.

Manda y Hunter se despidieron de todo el mundo. Cuando llegaron a la limusina blanca, Jack Parker les abrió la puerta. Manda se dio cuenta de que llevaba un uniforme de chófer y no se sorprendió al ver que se sentaba en el asiento del conductor y Wolfe en el de al lado.

—Vamos bien protegidos, ¿no?

—Mira detrás.

—¿Más agentes de Dundee?

—Matt y Ellen. Los cuatro nos acompañarán hasta el aeropuerto, y luego Matt pilotará el helicóptero que nos lleve a nuestro destino.

—¿Ya me puedes decir adónde vamos?

—¿No lo adivinas?

—¿Al Caribe?

—No, no es tan exótico, pero es mucho más seguro. Un lugar en el que podremos estar solos.

Manda deseaba que aquélla fuera una luna de miel de verdad. Pero, aunque no fuera real, el hecho era que iba a pasar una semana a solas con Hunter, sin peligro alguno. Iba a pasar unos días a solas con Hunter Whitelaw. Su marido.

¿Sería posible que durante esa semana ella pudiera hacer que la amara y que permanecieran casados para el resto de sus vidas? No sabía si ese sueño podía hacerse realidad, pero tenía siete días para

seducir y convencer a Hunter.

Capítulo 14

CUANDO el helicóptero aterrizó, Hunter se bajó y fue a ayudar a Manda. Matt le lanzó el equipaje a Hunter, que lo iba dejando en la sucia pista.

Manda no tenía ni idea de dónde estaba. Había un aire frío que le hacía sospechar que estaban en las montañas. Cuando Matt despegó, de pronto apareció un Jeep.

—Ahí está nuestro coche —dijo Hunter.

—¿Hacia dónde vamos?

—Hacia nuestro escondite de recién casados. Cuando se subieron en el coche, el conductor se giró hacia ellos.

—Hola, soy Elizabeth Landry. Reece ha ido a la casa a preparar la chimenea para vosotros. Hace un poco de frío esta noche.

—Yo soy Manda Munroe —se presentó Manda, impresionada por la belleza de la conductora.

—Manda Munroe Whitelaw —la corrigió Hunter.

—Ya te acostumbrarás al cambio de nombre —dijo Elizabeth riendo—. Por cierto, supongo que saben que la única manera de acceder a la casa es a pie. Y que no hay electricidad.

—¡No hay electricidad! —exclamó Manda—. ¿Dónde estamos?

—¿No te ha contado tu marido cuáles son sus planes para la luna de miel?

—No, no se lo he contado —respondió Hunter—. Quería que fuera una sorpresa.

—Ya entiendo. Entonces, Manda, ¿no tienes alguna idea de dónde estás y de quién soy yo?

—Me temo que no —respondió Manda.

—Bueno, pues estás en las montañas de Georgia y mi tío ha organizado esta luna de miel para vosotros. Y antes de que me preguntes, mi tío es Sam Dundee, el dueño de la agencia de seguridad.

—El jefe de Hunter —dijo Manda.

—Esta casa está en un lugar totalmente apartado. Mi bisabuelo lo construyó como regalo de bodas para su prometida. Pasaron ahí la noche de bodas y cada aniversario durante el resto de sus vidas. Reece y yo hacemos lo mismo.

—Entonces, vosotros no vivís aquí, sólo venís para vuestro aniversario...

—Oh, no. Nosotros vivimos aquí. Nuestra cabaña está ahí arriba. La casa de la luna de miel está en medio del bosque, a diez minutos de la nuestra. Os hemos llevado cosas de comer, pero avisadnos si necesitáis algo.

Cuando llegaron a la enorme e iluminada cabaña de Elizabeth, había un hombre que los estaba esperando. Manda asumió que sería Reece, el marido de Elizabeth.

—Hola —saludó él—. ¿Queréis pasar o preferís ir directamente a vuestra cabaña?

—Ésta es su noche de bodas —le recordó Elizabeth—. Seguro que quieren ir directamente a la cabaña. ¿Por qué no ayudas a Hunter con el equipaje?

—Yo llevaré esta maleta —le dijo Reece a Hunter—. Como es de noche, os tendré que guiar. No queremos que nuestros invitados se pierdan.

—Gracias —dijo Hunter.

—Lo que tenéis que hacer es disfrutar de todo y no preocuparos de nada —dijo Reece.

—Éste es nuestro perro —comentó Elizabeth mientras acariciaba a un pastor alemán que se pegaba a su pierna—. Cumplirá diez años dentro de poco.

—Yo también tengo un perro —dijo Manda—. Mi hermano se encargará de él mientras yo no esté en casa.

De repente, sin avisar y sin preludio, Elizabeth se acercó a Manda y le envolvió las manos con las suyas.

—No tengas miedo, Manda —le dijo Elizabeth—. Ya sé que has perdido a gente a la que amabas. Y que crees que no vas a poder ser feliz. Pero estás equivocada. Tú serás feliz. Y Hunter también. No debes abandonar la esperanza.

—¿Te ha contado tu tío por qué Hunter y yo nos hemos casado...?

—Yo sé que Hunter te ha traído a nuestra casa por más de una razón. Encontrarás lo que tu corazón ha estado añorando y lo que tu alma necesita desesperadamente.

—No lo entiendo —dijo Manda mirando fijamente a Elizabeth.

—Encontrarás la felicidad, Manda, ya lo verás. Algún día tendrás hijos sanos y fuertes, pero antes te tienes que liberar. No debes confiar en las personas más cercanas a ti, porque entre ellos está tu enemigo.

—¿Quién eres en realidad? —preguntó Manda asustada.

—Veo las cosas con claridad. Tengo habilidades psicológicas que son una bendición, pero también una maldición. Por eso vivimos aquí.

—¿Nos vamos, Manda? —dijo Hunter acercándose a ellas.

—Sí —contestó, con un nudo en la garganta.

—Seguidme —dijo Reece.

—Si tenéis algún problema, decídmelo —dijo Elizabeth—. Y no os preocupéis, los niños no irán a molestaros.

—¿Tienes hijos? —le preguntó Manda.

—Sí, tenemos tres. Dos niños y una niña.

—Es maravilloso —dijo Manda.

Diez minutos más tarde, Reece dejaba a Hunter y a Manda en el porche de la casa, que estaba rodeada de árboles. Hunter levantó a Manda en sus brazos, abrió la puerta y la llevó a través del umbral. Ella seguía rodeándole el cuello con sus brazos después de entrar en la casa. Había unas lámparas de queroseno que servían de iluminación. Era un lugar muy cálido y acogedor. El fuego de la chimenea calentaba la habitación.

Hunter se dirigió al dormitorio. Abrió la puerta y vio que la

habitación que les habían preparado estaba decorada con un gusto exquisito y que era perfecta para una luna de miel.

—¿Qué te parece esto? —le preguntó a Manda.

—Es preciosa —dijo ella.

—La cama parece resistente —observó Hunter.

—Ya.

Hunter percibió la tensión que surgía de Manda y sintió el deseo de calmar todos sus miedos y de darle unos cuantos días de paz antes de llevar a cabo su plan. No le contaría nada hasta que no fuera absolutamente necesario. Cuando los agentes de Dundee y él habían diseñado el plan de la luna de miel para atrapar al maníaco, Perry había accedido con recelo y sólo cuando Hunter le había asegurado que Manda estaría totalmente protegida. La mantendría a salvo aunque tuviera que sacrificar su propia vida. Pero en ese momento y durante unos cuantos días, estarían completamente seguros porque sólo los agentes de Dundee sabían dónde estaban.

Quería darle a Manda una luna de miel inolvidable. Pero ¿tenía derecho? Su matrimonio estaba destinado a acabar y, cuando ella fuera libre, encontraría un marido real con el que pudiera construir un futuro y tener hijos. De todas formas, lo que sí era cierto era que Manda lo deseaba en ese momento. Y también sabía que, si compartían una luna de miel real, las cosas no volverían a ser lo mismo.

Puso a Manda en el suelo lentamente. Estaba excitado y el cuerpo le dolía de deseo. Deseaba a esa mujer como nunca había deseado a nadie. Por mucho que intentara mentirse sobre su relación con Manda, no podía ignorar que ella siempre había sido su fantasía. A todas las mujeres a las que había conocido las había comparado con Manda.

—¿Hunter? ¿Te pasa algo?

—No, no te preocupes —dijo Hunter, que estaba totalmente ensimismado en la idea de ser el amante de Manda. Su primer amante—. Voy al porche a por el equipaje.

—Buena idea. Me gustaría quitarme este traje y darme un baño.

—¿Por qué no vas a darte el baño? Yo te puedo traer tus cosas, si

quieres.

—Puedo esperar, pero mientras traes el equipaje voy a llenar la bañera de agua.

Cuando Hunter se fue, Manda se dirigió al cuarto de baño. Era precioso y acogedor, pero la bañera era antigua y no tenía grifos. Tendría que pasar el agua del lavabo a la bañera. Entonces recordó que no había electricidad. Abrió los grifos y vio que el agua estaba fría. ¿Cómo se iba a dar un baño así?

—Aquí está su equipaje, señora —gritó Hunter desde el dormitorio.

—No hay agua caliente —dijo Manda.

—Este lugar es bastante rústico, ¿verdad? —comentó Hunter, entrando en el cuarto de baño. Podemos calentar el agua en la cocina y llenar el baño.

—¿Has mirado en la cocina? Quizá tampoco podamos calentar el agua.

—No lo sé. Quizá haya una estufa de leña de algo así.

—Bueno, creo que me voy a saltar el baño. Sólo me voy a lavar un poco.

—Me voy a la cocina para darte un poco de intimidad.

—Gracias.

Cuando Manda fue secarse con una de las toallas, vio que un papel caía al suelo. Era una nota que decía que se podía calentar agua en la cocina, pero que también, si seguían un camino que había delante de la casa, llegarían a un manantial de agua caliente.

Manda se dirigió con rapidez al dormitorio y vio que ni Hunter ni su equipaje estaban en la habitación. ¿Habría decidido Hunter dormir en otro dormitorio? Fue al cuarto de estar, donde encontró a Hunter.

—La estufa es de leña —dijo él—, pero hay muchísimos troncos en la cocina y...

—Hay un manantial de agua caliente cerca de aquí —dijo Manda—. He encontrado una nota de Elizabeth.

—Cariño, ya es de noche. Quizá lo podamos encontrar por la mañana.

—Esta noche sería mejor —insistió Manda—. Estoy cansadísima y me encantaría darme un baño para relajarme. ¿Es mucho pedir?

—No, no te preocupes.

—Eres tan bueno conmigo... —dijo ella rodeándole el cuello con sus brazos.

—Espero que no se te olvide.

Hunter fue a comprobar primero dónde estaba el manantial. Cuando volvió a la casa, Manda ya estaba preparada para ir.

Era una noche muy oscura. Llevaban una linterna que iluminaba parte del camino que los llevó a un claro dentro del bosque. Manda soltó una exclamación al ver el manantial. Estaba iluminado por faroles y sobre una enorme roca había una bandeja con una botella de vino y dos copas.

—¿Cómo...? ¿Cuándo...?

—Cuando hablé con Elizabeth por teléfono hace unos días, me habló del manantial, así que le pedí que te dejara una nota en el cuarto de baño y preparara el sitio para esta noche.

—Esto es maravilloso —dijo Manda con los ojos llenos de lágrimas.

—Espero que esas lágrimas sean de felicidad.

—Lo son. Las últimas veinticuatro horas han sido un infierno y no sabía lo que podía esperar de esta luna de miel.

—Tendrás todo lo que desees —dijo Hunter con una expresión en los ojos que a Manda le volvió a parecer amor—. ¿Quién va primero?

—Tú.

—De acuerdo —dijo Hunter quitándose la ropa y mostrando su cuerpo perfecto y desnudo delante de ella. Se sumergió casi por completo en el manantial—. ¿Vienes? —Manda se quitó su albornoz y lo dejó caer, agarró la mano de Hunter y descendió hacia el agua y hacia los brazos de él—. ¿Te gusta?

—Me gusta todo —contestó, mientras se abrazaba a Hunter y le acariciaba el cuello con suavidad—. El manantial, las luces, el vino... pero, sobre todo, me gusta estar aquí contigo.

—Perfecto. Mi objetivo es complacerte esta noche, mañana, mañana por la noche...

—No pensemos en lo que nos espera. Vivamos el momento.

Hunter la besó y ella lo abrazó con las piernas. Manda notaba el latido de su miembro contra su cuerpo y sintió un escalofrío de deseo en todo su ser.

Se abandonó al beso desenfrenado e íntimo de Hunter. Cada vez se sentía más excitada y quería más. Mucho más.

Capítulo 15

MANDA se rindió a sus deseos y a las necesidades de su cuerpo. No le importaba nada. No quería pensar en lo que iba a pasar la semana siguiente, el mes siguiente o el año siguiente. Siempre recordaría esos días. Y aunque algún día se casara con otra persona, nunca olvidaría a Hunter.

Él siempre sería una parte de ella.

Y ella lo amaría hasta la muerte.

Se besaron y se rieron y jugaron en el manantial con una mezcla de diversión y deseo. Pero, según iba pasando el tiempo, el deseo sexual iba aumentando y los besos cada vez eran más apasionados. Sus miradas se entrecruzaban y no cesaban las continuas caricias con las que exploraban el cuerpo del otro.

Hunter salió del manantial. Las gotas se deslizaban por su cuerpo produciendo reflejos de luz sobre su fuerte pecho. Se puso su albornoz ayudó a Manda a salir. Cuando ella subió, él le puso el albornoz y la envolvió con él rápidamente. La levantó en sus brazos y ella se agarró a él con fuerza mientras Hunter iluminaba el camino de vuelta con una de las lámparas. Después de unos minutos, estaban de vuelta en la casa. Hunter llevó a Manda a la calidez del cuarto de estar.

—Tu primera vez debería ser en una cama cubierta de pétalos de rosa —murmuró Hunter—. Te prometo que disfrutarás tu primera vez. Y las siguientes serán todavía mejores.

El placer de su promesa llenó a Manda de calor, por dentro y por fuera. Cuando él le quitó el albornoz, ella no hizo nada por

impedírselo. Entonces, él sacó un preservativo del bolsillo antes de quitarse él mismo su albornoz. Permaneció ante ella, mirándola y acariciándola con los ojos de una manera tan poderosa que Manda podía sentir esas caricias. Sus pechos se endurecieron y sintió cómo su sexo se contraía intermitentemente. Un escalofrío le produjo una sensación de humedad por todo el cuerpo. Observaba a Hunter mientras sacaba el preservativo de su envoltorio y se lo colocaba en su miembro erecto.

Hunter se colocó de rodillas en la cama, frente a ella. Le recorrió cada parte de su rostro con los dedos como para intentar memorizar sus rasgos. La miró con adoración y deseo. Después inclinó la cabeza y la besó suavemente, tan sólo rozándole los labios. Manda abrió la boca en medio de un profundo gemido, esperando que él la llenara con su lengua, pero Hunter la invadió con una lluvia de besos sobre el cuello, la cara, los hombros, hasta llegar a los pechos. Cuando Manda intentó acariciarlo, él le agarró las manos y las puso por encima de la cabeza.

—Me podrás acariciar más tarde —dijo él con la voz llena de deseo—. Ahora sólo quiero que te concentres en las sensaciones y que disfrutes del placer que voy a darte.

Ella sonrió y cerró los ojos, deleitándose en la idea de ser complacida por Hunter. Él besó y acarició todo su cuerpo, excitándola hasta un punto de dolor. Sus pechos le dolían de deseo, pero él evitaba acariciarlos y la espera la desesperaba cada vez más. Se acercó a él, incapaz de mantener las manos alejadas ni un segundo más.

—Por favor, Hunter, por favor.

—Por favor, ¿qué?

—Por favor, hazme el amor.

—Eso es lo que he estado haciendo —murmuró él.

—Te quiero dentro de mí.

—Ya sabes que te va a doler.

—Ahora sí siento dolor, y sólo tú puedes calmarme.

Hunter levantó el cuerpo de Manda y lo atrajo hacia él. Su miembro excitado encontró lo que buscaba y se introdujo con

lentitud.

Manda tembló y sintió que perdía el control de sí misma. Después, él la penetró completamente y ella gritó de dolor al tiempo que estiraba y arqueaba su cuerpo para acomodarse al miembro viril de Hunter.

Él la besó salvaje y ardorosamente. Devoraba su boca al mismo tiempo que empezaba a moverse en su interior, avanzando y retrocediendo y repitiendo el proceso hasta que finalmente desapareció el dolor. Mientras él le hacía el amor, Manda sentía que pertenecía totalmente a él. Era como si, con cada movimiento, Hunter la estuviera haciendo cada vez más suya. Su cuerpo la reclamaba con fuerza, y Manda supo que estaba a punto de llegar a la satisfacción plena.

De repente, Hunter se detuvo y respiró profundamente varias veces. Manda abrió los ojos y lo miró.

—¿Hunter?

—Voy demasiado rápido. Tengo que parar un minuto.

—Yo no necesito un minuto —dijo ella y se movió hacia él mostrándole que ya le iba a llegar el momento.

—¡Oh, Manda!

Se volvió a introducir en ella con un deseo enloquecedor. Manda tardó tan sólo unos segundos en llegar al clímax. Sintió como si algo en su interior se rompiera en mil pedazos. Mientras ella temblaba sin control, Hunter gruñía salvajemente.

Después de que se le pasaran los efectos del acto sexual, Manda suspiró con satisfacción y se acurrucó junto al cuerpo de Hunter, que se había tumbado boca arriba. Él permaneció así durante varios minutos, el corazón latiéndole con fuerza.

Manda le acarició el pecho y él le agarró la mano y se la llevó a la boca. Ella quería confesarle su amor, decirle que él era el amor de su vida, pero permaneció en silencio, para no estropear la magia del momento. Se sentía más feliz que nunca y deseaba que esa felicidad durara todo lo posible.

—Sabía que iba a estar bien, pero nunca pensé que fuera tan maravilloso.

—Para es mí ha sido tal y como lo había soñado.

—No siempre es tan fuerte, ¿sabes? —observó Hunter—. A veces es suave y dulce. Pero en ocasiones es tan salvaje y apasionado que crees que vas a morir.

—Quiero experimentarlo todo —dijo ella—. Contigo.

—Dame un poco de tiempo para recuperarme y ya veremos lo que pasa la segunda vez. Ahora descansa, lo necesitarás para después.

—Estoy deseando que vuelva a pasar.

Su último pensamiento fue lo contenta y protegida que se sentía en los brazos de Hunter.

Los segundos se convirtieron en minutos y los minutos en horas y el tiempo se empezó a confundir en un largo y continuo placer. Hacían el amor y dormían. Hacían el amor y se bañaban en el manantial. Hacían el amor y comían frutas deliciosas. Y a medida que pasaba el tiempo, Manda tenía la sensación cada vez más fuerte de que Hunter era su marido, el compañero de su vida. Y sospechaba que él estaba empezando a pensar de la misma manera. Pasaron los días. El martes dejó tormentas y pasaron todo el día en el interior de la casa, sólo dejando la cama cuando era absolutamente necesario. Al atardecer, se sentaban en las escaleras del porche, observando la puesta de sol. Al amanecer, comenzaba un nuevo día de pasión renovada.

Hablaban de su infancia. Hunter habló de su madre, a la que apenas había conocido, y de sus abuelos. Ella habló de todos sus seres queridos. Se rieron recordando la locura que Manda sentía por Hunter cuando era adolescente y la fuerza de voluntad que éste había tenido para no caer en la tentación. Ella habló de su amor por Rodney y él de su matrimonio frustrado con Selina y de su incapacidad para confiar en otra mujer. Hasta Manda.

Hablaron de ellos mismos, de lo bien que se lo pasaban juntos y de lo mucho que disfrutaban haciendo el amor. Pero nunca hablaron de amor y Manda se preguntaba si Hunter se daría cuenta de cómo lo miraba ella cada vez que sus ojos se encontraban.

Ella no pidió nada más. Pronto la realidad destrozaría aquél mundo de ilusión. El demonio que la acechaba todavía no había

sucumbido.

El miércoles por la noche, después de cenar, Manda y Hunter se sentaron en las mecedoras del porche, respirando la brisa fresca que la lluvia del día anterior había llevado.

Hunter habría preferido que nunca llegara ese momento. No podía soportar tener que destrozar la paz de Manda. Pero ella ya sabía que esa luna de miel no podía durar mucho y que tenían una misión que cumplir. Debían enfrentarse a la realidad. La persona que había intentado manipular la vida de Manda estaba preparada para matar.

Mientras Manda dormía la siesta esa tarde, él había ido a la cabaña de Elizabeth a hacer un par de llamadas. Perry filtraría la información a Gwen, a Claire y a Chris esa misma noche y a Boyd y Grady al día siguiente. Matt O'Brien llevaría a los agentes de Dundee en helicóptero y la familia de Elizabeth se trasladaría a otro sitio. Los agentes se esconderían y esperarían al huésped. Si Hunter no había calculado mal, el maníaco ya estaría un poco nervioso y no estaría pensando con claridad.

—¿Manda?

—¿Qué?

—Tengo que hablar contigo —anunció Hunter, esperando que Manda entendiera por qué no se lo había contado antes—. Me temo que no te va a gustar.

—¿Qué pasa?

—Nada. Sólo quería decirte que... va a pasar algo... probablemente... y tienes que estar preparada para ello. Supongo que tenía que haberte informado antes, pero no quería...

—Cuéntamelo. Sea lo que sea.

—De acuerdo —decidió Hunter, levantándose de la mecedora—. La noche anterior a la boda, después de que te fueras a dormir, los agentes de Dundee y yo hicimos un plan para capturar a ese maníaco.

—¿Qué clase de plan? —preguntó Manda poniéndose al lado de Hunter.

—Esta noche Perry les va a decir a Gwen, a Claire y a Chris dónde

estamos. Y por la mañana se lo va a contar a Boyd y a Grady. Si no me equivoco, nuestro lunático debe de estar desesperado, sabiendo que no sólo nos hemos casado, sino que además hemos hecho el amor. No va a esperar a que volvamos a Dearborn para vengarse.

—Has sabido este plan durante todo este tiempo... Sabías que nuestra luna de miel iba a acabar de repente —dijo Manda provocando un tremendo arrepentimiento en Hunter—. No te preocupes, en realidad me alegro de que no me lo dijeras. Me alegro de que esperaras hasta esta noche.

—Gracias a Dios que no me odias —la miró aliviado—. Temía que no me comprendieras.

—Hunter, haces bien tu trabajo. Eres una persona que de manera instintiva protege a los que quiere, deseen éstos ser protegidos o no.

—Estás intentando que en un futuro no te oculte ningún secreto, ¿verdad? —le preguntó Hunter atrayéndola hacia él.

—Eso es una buena idea, pero en realidad estoy diciendo que soy una mujer anticuada a la que le gusta tener un hombre fuerte que la proteja.

—Manda, definitivamente eres mi tipo.

—Me alegro, porque tú también eres el mío —le murmuró al oído.

A Hunter le encantaba la dulce suavidad de su boca, el deseo con que lo respondía. Manda se entregaba completamente en cualquier momento, como si fuera a ser el último. El sólo pensamiento de perderla, de alejarse de ella cuando todo se acabara, le hacía quererla todavía más. El poder que ella ejercía sobre él era cada vez más fuerte.

Hunter la besó suavemente, pero pronto el beso se convirtió en una espiral fuera de control. Sintió el latido del cuerpo de Manda contra el suyo y le desabrochó los botones de la blusa para poder acariciarle la sedosa piel. Cubrió el pecho de Manda con la mano. Mientras le acariciaba el endurecido pezón, ella recorría su espalda con los dedos.

Sin dejar de besarla, la levantó del suelo y la sentó sobre la barandilla. Incluyó la cabeza hacia el pecho de Manda y ella le desabrochó los vaqueros, liberando su erección.

Hunter aceptó la invitación que ella le ofrecía, le levantó la falda hasta las caderas y le abrió las piernas. Manda gimió cuando él entró en la humedad de las profundidades más íntimas de su ser. Se agarró a Hunter mientras él movía sus caderas hacia adelante y hacia atrás en un ritmo regular que se iba acelerando. Ella gimió, él gruñó y llegaron al clímax simultáneamente.

—No he utilizado ninguna protección —la informó él después de calmarse—. Lo siento, Manda, he perdido el control.

—No te preocupes, lo he disfrutado todavía más. Me encanta sentir esa parte de ti dentro de mí —dijo Manda mientras lo dirigía hacia el interior de la casa y luego hacia el dormitorio—. Si ésta es nuestra última noche, tenemos que aprovecharla al máximo. Quiero quedarme dormida en tus brazos y despertarme abrazada a ti por la mañana.

Se quitaron la ropa. Manda se sentó en el borde de la cama y abrió sus brazos. Hunter se acercó, deseando lo que ella deseaba y rezando para que esa noche no acabara nunca.

Capítulo 16

LA mañana llegó demasiado pronto. Manda y Hunter hicieron el amor una última vez. Cuando acabaron, permanecieron abrazados fuertemente, como si estuvieran intentando detener el tiempo. Pero el día pasaba inevitablemente. Hunter intentaba mantener a Manda ocupada y hablaba con ella sobre sus planes.

—¿Sabes? Me gustaría volver a Dearborn, vivir en la vieja granja, criar ganado y convertirme en un granjero.

Manda no pudo evitar los pensamientos de vivir con él en una granja, de ser su mujer y de darle hijos. Si sus sueños se convirtieran en realidad, compartirían una vida juntos, año tras año.

Manda intentaba permanecer tranquila. La presión crecía a medida que pasaba el día y no aparecía nadie. Si el maníaco no era ninguno de los sospechosos de Hunter, no iría nadie a la casa ese día y toda esa preocupación habría sido para nada. Y tendrían que enfrentarse al momento de la verdad cuando volvieran a Dearborn.

Aunque no había visto ni oído a los agentes de Dundee, sabía que estaban allí, posicionados para proteger la casa. Jack Parker, Matt O'Brien, Wolfe y otro agente que ella no conocía que se llamaba Domingo O'Shea, esperaban en silencio.

La tarde transcurrió sin novedad. Manda ni siquiera pudo probar bocado y cualquier ruido la sobresaltaba.

—Siento mucho que tengas que pasar por esto —dijo Hunter acercándose—. Si pudiera te evitaría cada minuto de esta espera.

—Ya lo sé —Manda estaba a punto de llorar, pero decidida a permanecer fuerte.

—Esto se acabará pronto —dijo Hunter abrazándola.

—Si no ocurre algo pronto, me voy a volver loca.

—Aguanta, muñeca —Hunter la besó en la frente.

—Estaré bien. No te voy a fallar.

—Ya lo sé. Eres más fuerte de lo que crees. Lo que tú has tenido que sufrir habría destrozado a otra mujer.

Ella grabó esas palabras en el corazón, para poder consolarse en el futuro.

El reloj tocó las cinco y media. Si no pasaba algo pronto, caería la noche y la tensión aumentaría. De repente, Hunter oyó la señal, el silbido de un pájaro, emitido por Wolfe. Alguien se dirigía hacia la casa.

—¿Manda?

—¿Sí?

—Viene alguien.

—¿Cómo lo sabes?

—Escucha. ¿Oyes eso?

—¿Estás hablando del silbido de un pájaro?

—Sí. Pues no es un pájaro. Es Wolfe avisándonos del peligro —le explicó Hunter. Manda palideció—. Voy a ponerme en la línea de fuego. Quiero que te vayas a la habitación y que se te pueda ver, pero no te pongas justo delante de la ventana. Tenemos que actuar de la manera más natural posible.

—¿Y qué pasa si los agentes no le pueden disparar antes de que...?

—Le darán antes de que él me dé a mí. En cuanto saque una pistola y apunte, le dispararán. Intentarán no matarlo, pero si no tienen elección, lo harán.

El ruido del reloj de la chimenea marcaba cada minuto. Manda empezó a hablar de cualquier cosa y Hunter contestaba, intentando mantener la conversación.

De repente, oyeron pasos en el porche y llamaron a la puerta con fuertes golpes.

—Manda, por favor, si estás ahí, sal —rogó una voz masculina, que Manda conocía—. Estás en peligro, maldita sea, déjame entrar —

exigió Chris Austin mientras seguía golpeando la puerta.

—Manda, quédate donde estás —le ordenó Hunter—. Voy a abrir la puerta.

—¡No! —exclamó Manda

—No te preocupes. Si saca una pistola, Wolfe disparará.

Cuando Hunter fue hacia la puerta, Manda contuvo la respiración. Él abrió la puerta y, aunque Manda no veía lo que pasaba, sí podía oír.

—¿La has visto? ¿Está ahí? Por favor, la vida de Manda está en peligro. Y también la tuya —dijo Chris. Hunter lo agarró del brazo y lo dirigió al cuarto de estar—. Me tenéis que escuchar. He venido a advertiros.

—¿De qué? —le preguntó Manda—. ¿De que mataste a tu propio hermano y después a Mike? ¿De que has hecho de mi vida un infierno?

—Maldita sea, Manda, no fui yo. Tienes que creerme. Ahora sé la verdad. Lo he sospechado durante algún tiempo, pero no quería creerlo.

—¿De qué demonios estás hablando? —quiso saber Hunter.

—Está hablando de mí —dijo una voz femenina que venía del porche.

Hunter se dio la vuelta rápidamente y vio a Claire Austin con una pistola en la mano y una tremenda expresión de odio en la cara.

—¿Claire? —exclamó Manda sin poder creer lo que estaba sucediendo.

—Sí, querida, soy yo.

—No te muevas, Manda —dijo Hunter—, tiene una pistola.

—Madre, por favor, no lo hagas —imploró Chris—. Estás enferma. No sabes lo que estás haciendo. Tú no deseas hacerle daño a Manda, la quieres. Recuerda lo mucho que ella significa para ti.

—Señora Austin —dijo Hunter—, ¿por qué no deja de apuntar con la pistola? Chris tiene razón, usted no quiere hacerle daño a Manda.

—Yo no quería herirla —dijo Claire—. No hasta que me desafió casándose contigo. Se lo advertí. Sabía el riesgo que corría si le era

infidel a Rodney. Ella era la prometida de mi hijo, no podía permitir que estuviera con otro hombre.

—Claire... por favor —Manda dio un paso hacia ella—. No lo entiendo. Yo sé que tú no mataste a Rodney...

—La muerte de Rodney fue un accidente —dijo Chris—. Ella tuvo algunas crisis después de aquello, ¿te acuerdas?

—¿Por qué no te callas, Chris? —gritó Claire—. Por supuesto que yo no maté a Rodney, pero yo quería que creyeráis que la persona que mató a Mike también lo mató a él.

—¿Mató usted a Mike? —le preguntó Hunter.

—Pagué a alguien para que lo hiciera, del mismo modo que pagué a alguien para que te matara a ti.

—Madre, no puedes hacer esto. Somos tres. No nos puedes matar a los tres.

—Apártate de mi camino o también te mataré a ti.

Todo pasó al mismo tiempo. Claire Austin apuntaba con su pistola mientras Manda le rogaba que no lo hiciera. Chris se soltó de Hunter y Hunter estaba más atento a la seguridad de Manda. La pistola de Claire se disparó y se oyó otro disparo a la vez, que provenía del bosque. Chris cayó hacia atrás mientras su madre abría los ojos con terror. Claire cayó al suelo mientras la sangre le manaba de una herida en el pecho.

Manda no podía parar de gritar. Vio a Chris herido en el suelo y a Claire tirada en el porche. Vio que todos los agentes se aproximaban corriendo hacia la casa. Hunter se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—Se acabó —le dijo—. Estás a salvo y yo también.

—¿Cómo está Chris, por favor? —quiso saber Manda.

—¿Cómo está? —le preguntó Hunter a uno de los agentes.

—Está herido en el hombro —respondió Jack—. Pero, tranquila, no parece grave.

—¿Y Claire? —preguntó Manda, estremecida.

—Está muerta —respondió Hunter.

—Dios mío, nunca pensé que ella fuera capaz de asesinar a nadie. Pensaba que la conocía y creía que ella me quería.

Manda rompió a llorar, llena de dolor. Hunter le rodeó la cintura

con su brazo y la alejó de aquel horrible escenario. Sus dulces palabras la consolaban.

Hunter había acompañado a Manda al funeral de Claire Austin. Chris también había asistido. Extrañamente, Hunter sentía pena por Chris, aunque nunca le había caído bien. Pero Chris se había preocupado por Manda y le había advertido contra su propia madre.

—Mi madre estaba muy nerviosa después de la boda de Manda — les había contado Chris—. Cuando Perry nos dijo dónde habíais ido de luna de miel, estuvo toda la noche dando vueltas por la casa como una loca. Intenté hablar con ella, pero no lo conseguí. Cuando salí de casa al día siguiente, decidí seguirla.

Manda había insistido en visitar a Chris mientras estaba en el hospital y Hunter tuvo que admitir que cuando lo había besado en la mejilla, se había sentido celoso. Con Manda se sentía muy posesivo. Era su mujer, aunque no por mucho tiempo. Era una cuestión de tiempo. Pronto empezaría Perry a preparar los trámites de la separación.

Se habían quedado en la casa de los Munroe desde que habían vuelto de la luna de miel y habían compartido la habitación la primera noche. Pero cuando la abuela se enteró de que el matrimonio había sido una farsa, se empeñó en que Manda y Hunter durmieran en habitaciones separadas.

Ése era el último día de Hunter en Dearborn. Tenía pensado regresar a Atlanta a primera hora de la mañana. Se había quedado solo en la casa de los Munroe. Todo el mundo había tenido que salir. Vio la televisión durante un rato, pero enseguida se dio cuenta de que estaba muy inquieto y no se podía relajar. Quizá debería darse un baño en la piscina. Salió y se puso un bañador de Perry que había en la caseta de la piscina. Estuvo nadando durante bastante tiempo, hasta que consiguió que la tensión desapareciera.

Después se tumbó en una de las hamacas al lado de la piscina. Cerró los ojos e intentó no pensar en la última vez que había estado en ese mismo lugar. Hacía diecisiete años. Pero no podía evitar recordar la imagen de Manda desfilando delante de él, con un pequeño biquini rojo.

Oyó ruido y abrió los ojos.

Allí estaba Manda. Llevaba un biquini. Un biquini rojo. Hunter creía que estaba soñando.

Manda se sentó a su lado.

—¿Te importa darme crema en la espalda?

—Claro, date la vuelta —dijo Hunter todavía creyendo que estaba soñando. Pero enseguida se dio cuenta de que era la pura realidad.

—Así será más fácil —dijo Manda quitándose la parte de arriba del biquini.

—¿Más fácil para qué? —preguntó él con un nudo en la garganta.

—Para que me puedas poner la crema —respondió ella, dándose la vuelta para que él viera sus pechos desnudos.

—Creía que querías que te la pusiera en la espalda.

—¿No quieres proteger también mis pechos?

—Muñeca, yo quiero proteger cada parte de tu cuerpo —dijo Hunter. Manda se inclinó sobre él y se echó a reír.

—Has conseguido que tantas fantasías se hicieran realidad que me preguntaba si se cumpliría una más.

—¿La última, antes de la despedida?

—¿Es que vas a algún sitio?

—Me voy a Atlanta mañana, ya lo sabes.

—De ningún modo te puedes ir —dijo ella.

—¿Por qué?

—¿Qué pasa si estoy embarazada?

—Si estás embarazada... —comenzó a decir él, nervioso.

—Probablemente no lo esté. Todavía no. Pero si seguimos practicando, pasará tarde o temprano.

—¿Si seguimos practicando?

—Podríamos practicar aquí mismo y ahora —frotó su cuerpo contra el de Hunter—. Y así cuando cumplamos el primer aniversario, quizá seas papá.

—¿Cómo vamos a cumplir un primer aniversario si nos vamos a divorciar?

—No nos vamos a divorciar.

—¿No?

—He perdido a demasiados seres queridos y no tengo ninguna intención de perderte a ti. Así que será mejor que te acostumbres a la idea de estar casado, porque yo nunca te voy a abandonar.

—¿Ah no?

—¿No crees que ya va siendo hora de que seamos sinceros el uno con el otro? Yo primero. Te quiero, Hunter. Te he querido desde que era una niña y te querré toda mi vida.

Sus palabras lo llenaron de una felicidad hasta entonces desconocida para él. Manda era todo lo que quería, todo lo que había soñado tener en una mujer. Y más. Y era suya, su esposa, su amiga, su amante. Y algún día sería la madre de sus hijos.

—Yo nunca he querido a nadie como te quiero a ti, Manda. Lo eres todo para mí.

—Eso es lo que quería oír. ¿Bueno, y qué me dices de hacer realidad esa fantasía?

—¿Tiene algo que ver con hacer el amor aquí al lado de la piscina?

—Exacto. Será mejor que nos demos prisa. Mi abuela volverá dentro de una hora.

—¿Sabes la cantidad de cosas que te puedo hacer en una hora?

Epílogo

MANDA trabajaba en su enorme cocina, la primera habitación que Hunter y ella habían reformado en la antigua granja de los Whitelaw. En los trece años que llevaban viviendo allí, habían reformado la casa por completo. Tenían árboles frutales y Hunter criaba ganado. Ella seguía trabajando en la clínica y desde que su hijo pequeño iba al jardín de infancia, había vuelto a trabajar a tiempo completo. Su vida era todo lo que ella había soñado. Ser la mujer de Hunter y tener hijos con él le proporcionaba una felicidad completa.

—Ya vienen —gritó Dalton. Era su primer hijo y ya tenía doce años—. Papá dice que ha visto el coche del tío Perry.

—Llévate a tus hermanas —le pidió Manda—. Yo tengo que tapar la tarta y esconderla y mirar el asado del horno.

—De acuerdo —dijo Dalton con una sonrisa muy parecida a la de su padre.

Manda hizo todo lo que tenía pensado. Sólo faltaba su invitado de honor. Quería que ese día todo estuviera perfecto.

Salió al porche y vio que el congresista Perry Munroe aparcaba su coche. Hunter fue hacia ella y le rodeó la cintura con su brazo. En unos minutos, las niñas se colocaron a ambos lados de sus padres. Barbara tenía nueve años y Rebba, que era el vivo retrato de su padre, tenía siete.

Perry salió de su coche y fue al lado del pasajero para ayudar a su abuela. Mientras tanto, Lisa y los niños salieron del coche y sus primos corrieron hacia ellos. Sus hijos eran la alegría de Perry, pero Lisa era su corazón. El día que por fin se divorció de Gwen, llamó a

Manda y le pidió que le organizara una cita con Lisa. Después de un año estaban preparando la boda.

—Bueno, espero que me hayáis preparado una buena celebración hoy —dijo Barbara Munroe—. No se cumplen noventa años todos los días.

—Tenemos muchos regalos —anunció Rebba—. Y mamá te ha hecho una tarta.

—Rebba, se supone que no debías decir nada —dijo Barbara—. Es una sorpresa.

—Abuela —Dalton se acercó a la anciana—. ¿Quieres ver el trofeo que gané por ser el jugador mejor valorado del equipo de béisbol?

—¿Sabes que tu padre y tu tío Perry eran muy buenos deportistas? —comentó Barbara—. ¿No me va a dar un beso de cumpleaños mi nieto político favorito? —dijo dirigiéndose a Hunter.

—Feliz cumpleaños, abuela.

La anciana entró en la casa.

—Es increíble —dijo Lisa a Perry—. Nadie diría que tiene noventa años. Sigue teniendo el mismo carácter de siempre.

—Sí, aún nos mantiene a todos firmes —observó Perry, provocando la risa de todos.

—La abuela dice que todo el mundo pase a casa —dijo la pequeña Barbara, que abrió repentinamente la puerta principal.

Los adultos obedecieron de inmediato. Se encontraron a la anciana sentada en el sofá del cuarto de estar, rodeada de sus nietos.

Mientras Perry y Lisa estaban en el cuarto de estar, Hunter y Manda fueron al vestíbulo, donde los demás no los pudieran ver.

—¿Eres feliz, señora Whitelaw?

—Increíblemente feliz.

—No creo que te haya dicho últimamente cuánto te quiero.

—Desde esta mañana al despertar.

—Entonces, deja que rectifique ese error —dijo Hunter—. Te quiero. Más que nada.

—Y yo también te quiero.

Se besaron convirtiéndose una vez más en las únicas personas del mundo, abandonados a un amor apasionado que con el paso de

tiempo se hacía más profundo.